



CRISTINA COUSSEMENT.
ASESINADA



RUBÉN BAUER.
DESAPARECIDO



CARLOS BRUGGI
DESAPARECIDO



MARTA BLANCO
DESAPARECIDA



JOSÉ MARTÍNEZ
DESAPARECIDO



RICARDO GARRALDA
ASESINADO



SERGIO PASCUAL SIMONETTI.
DESAPARECIDO

DETRÁS DE LAS VÍAS

El lugar que parió militantes



CARLOS ALFREDO FERNÁNDEZ.
DESAPARECIDO



MARÍA ESTHER VÁZQUEZ
Y NESTOR GARCÍA.
DESAPARECIDOS



JOSÉ LUIS "PEPE" NIZZOLI
DESAPARECIDO

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	PAG.7
CAP. 1 "LA EVITA DE VILLA AURORA".....	PAG.11
CAP. 2 "LUCHANDO EN PRIMERA FILA".....	PAG.19
CAP. 3 "JUNTOS".....	PAG.29
CAP. 4 "COMO UN TREN".....	PAG.39
CAP. 5 "ESE ES JOSÉ".....	PAG.45
CAP. 6 "ÉL NO DEJÓ A SUS COMPAÑEROS".....	PAG.53
CAP. 7 "UNO DE LOS DIEZ".....	PAG.61
CAP. 8 "ELLA SIEMPRE VUELVE".....	PAG.67
CAP. 9 "EL APARECIDO".....	PAG.75
"UNA MADRE NO PUEDE OLVIDAR".....	PAG.83
CRÓNICAS DE MILITANCIA EN AYACUCHO.....	PAG.91
FINAL> AYACUCHO, "RINCÓN DE LAS ALMAS".....	PAG.101

AGRADECIMIENTOS

A los diez compañeros/as que dieron la vida por una sociedad más justa.
En su memoria.

A los que me dieron alas para hacer este libro:

Pelo Pilatti, Raúl Pilatti.

A Daniela Pilatti, por su sensibilidad y arte para acompañar mis palabras.

A mis directores y colaboradores Karina Comas, Pablo Torello, Luis Rivera, Roberto Baschetti, Pablo Laborde, Diego Zunda, Santiago Rodríguez, Cristian Arriagada, Carlos Olagaray, Gustavo Padín, Iván Di Sábato, Carlos Bozzi, Carlos Fanjul, Familiares de Detenidos, Comisión Provincial por la Memoria.

A familiares y amigos de los protagonistas de esta historia: Hugo Bauer, Rafael Pérez, Marta Souza, Juan Martínez, Luis Ilarregui, Roque Frayderena, Teresa Tiani, Julio Ilarregui, Laura Vázquez, Luis Rojas, Beatriz Videla, Sandra Patalagoyti, Daniel Pérez, Zulma Fernández Bastarrica, Graciela Goroso, Ana Castiñeira, Julián David, Esteban Amarfil, Alberto y Veva Insua.

INTRODUCCIÓN

Un pueblo de 20 mil personas es cuna de un grupo de jóvenes militantes que terminarán engrosando las filas de Montoneros, resistiendo a la peor dictadura de la historia argentina, aquella que secuestró, torturó y desapareció. Pero ellos todavía son solo vecinos. Una pareja de rubios, un joven de lentes y su compañera, un morocho y otro con rostro de nene al que le dicen “Pascualito”. Cada uno de ellos, por ahora, son tan solo “alguien más” en el pueblo. Pronto abandonarán la ciudad para meterse de lleno en la causa revolucionaria y comenzarán a tener apellidos que que man, que no se pueden olvidar fácilmente.

En Ayacucho hay silencio. La gente deja que pasen los rumores agrios, los “viste que se llevaron al alemán”, los “me enteré lo de la chica de Coussement”, y se guarda a esperar a que todo se olvide. Pero nada se olvida.

Aunque juzgar el silencio de aquellos vecinos desde la actualidad pareciera ser algo simplista, es el silencio de ahora el que raspa, el que pide llenarse de testimonios, reflexiones y memoria.

Cristina Coussement aparece muerta en un falso enfrentamiento. Nada se olvida. Angélica Chimeno de Bauer es secuestrada en su propia casa y es llevada a Mar del Plata, los vecinos no la saludan cuando la liberan. Nada se olvida. Carlitos Bruggi y su mujer, Marta Blanco, desaparecen el mismo día. Nada se olvida. Sergio Pascual Simonetti y José Martínez son detenidos cuando iban en moto y nunca más lo vuelven a ver. Nada se olvida. Rubén Bauer es el último en caer, su compañera de entonces, Susana Pegoraro, es quien le avisa a la familia y posteriormente también ella es raptada y llevada a la ESMA¹. Nada se olvida, nada de esto es posible olvidar.

Pero no son seis los desaparecidos de la ciudad, son diez. Durante esta investigación se pudieron encontrar cuatro casos más, todos de personas que nacieron en Ayacucho pero que se fueron en los primeros años de su vida para otras ciudades. María Esther Vázquez, secuestrada en la “Noche de las corbatas” en Mar del Plata, Ricardo Alberto Garralda secuestrado y fusilado en Bahía Blanca, habiendo pasado por el mismo Centro Clandestino en el que estuvo Cristina Coussement; Carlos Alfredo Fernández Bastarrica, nacido en Ayacucho y desaparecido en Buenos Aires y José Luis “Pepe” Nizzoli, desaparecido en julio de 1977 y visto por última vez en el Centro Clandestino, “Club Atlético”.

Una ciudad de solo 20 mil habitantes y con diez desaparecidos. Demasiados.

¹ La Escuela Mecánica de la Armada (ESMA) fue uno de los Centro Clandestinos de tortura y exterminio más grandes del país. Por este lugar pasaron alrededor de 5 mil personas, de las cuales la mayoría se encuentra desaparecida.

Hay otras cosas que contar, hay otros hechos que también son parte de nuestra historia. La ciudad de la Fiesta del Ternero, la de Gato y Mancha², la del primer carrusel argentino, la ciudad de las rosas, pero también el lugar de origen de militantes revolucionarios, el lugar de origen de desaparecidos. Ciudad que acobijó al gobernador de la Provincia de Buenos Aires durante la dictadura, Alfredo Saint Jean, aquel gobernador que sugirió matar a todos los que pudieran ser enemigos del régimen, quien seguro sabía sobre el plan de exterminio que estaba desatando el ejército argentino en ese momento, y quien a pesar de eso pudo pasearse por las calles del pueblo con el respeto de varios vecinos, luego de la dictadura. Todo esto también le pertenece a la memoria colectiva, esto pasó, esto se queda. Esto también es Ayacucho.

Huele a revolución

Todavía no se había dado un estallido social, cacerolazos en las calles, un Presidente que huía en helicóptero de la Casa Rosada, tampoco que el Partido Justicialista fuese el responsable de implantar el neoliberalismo en los años noventa, ni se conocía la frase “*con la democracia se come, se cura y se educa*”³, porque todavía no había democracia, como tampoco se conocía la expresión “*Guerra de Malvinas*”, porque todavía estamos en los setenta, más acá, ni siquiera se había dado el mundial del 78’, ni un Perón distinto echando a Montoneros de la Plaza de Mayo y también del Movimiento, condenándolos a la clandestinidad y su persecución. Tampoco se había dado el 24 de marzo de 1976. Estamos en los primeros años de una década que terminó derramada en sangre, pero que había comenzado con el fervor de una palabra que ahora está gastada y manoseada, pero que para ese entonces constituía una idea de cambio real, que se podía oler, se podía tocar: La palabra Revolución.

Los setenta son Revolución, *¿Cómo se explica si no que en Ayacucho germinaran hombres y mujeres capaces de dar la vida por la tan ansiada Patria Socialista? ¿Cómo se comprenden entonces las marchas de antorchas por la avenida Solanet, donde cientos de vecinos de los barrios más excluidos y pobres de la ciudad salían a la calle para visibilizarse?*

El mundo estaba cambiando, había dos caminos: El capitalismo o el socialismo. Nada más. América Latina se prendía fuego en medio de una “guerra fría” y los movimientos guerrilleros inspirados en la Revolución Cubana de 1959 aparecían como la única manera de deponer gobiernos anti populares y asesinos. Eran los años en los que la clase trabajadora y la juventud tenían plena conciencia social, años en los que por primera y única vez, el sistema tembló de miedo con la posibilidad de que triunfaran las revoluciones en el continente.

Argentina por supuesto no fue la excepción. Con un peronismo pros-

2 Fueron dos caballos criollos que utilizó el profesor Félix Tschiffely para recorrer un viaje que partió desde Argentina y llegó hasta Nueva York, Estados Unidos.

3 Frase que Raúl Alfonsín dijo cuando se transformó en el primer Presidente de la vuelta a la democracia, en 1983, luego de siete años de terrorismo de Estado.

cripto y perseguido, y con más de 18 años de dictaduras y gobiernos frágiles, la idea de avanzar hacia el socialismo se fortaleció con la vuelta definitiva de Perón y su triunfo electoral. Una época en la cual hasta un sector de la Iglesia cuestionaba las desigualdades e injusticias y también justificaba la lucha armada. Prueba de esto fue la participación del Padre Juan Marcelo Soler-Guinard en Ayacucho, aquel denominado “cura piola”, que a mediados de los 70’ se mostraba cercano a la juventud local, tocando la guitarra y corriendo carreras de moto. Por comprometerse con la causa, el padre Soler sería secuestrado y desaparecido en abril de 1977, junto a su mujer.

Una época en donde un pueblo semi rural y con una cultura política conservadora, parió militantes que estuvieron entre el barro y la miseria, que compartieron con los más humildes, que no se quedaron tan solo con la solidaridad y apostaron por un proyecto político revolucionario, un proyecto que pudiera cambiar de raíz las desigualdades sociales.

¿Estaban realmente convencidos? ¿Tenían cierta ingenuidad y fueron arrastrados por el clima de época y por dirigentes traidores?

Todos y todas ellas sabían por lo que se luchaba, todos y todas soñaban con un mundo mejor. Pero la ferocidad de los militares, la posibilidad de un Plan sistemático de exterminio que terminó en el más grande genocidio de nuestra historia, nada de eso podía esperarse.

Eso son los 70’, y así impactó en una generación de nuestra ciudad.

CRISTINA COUSSEMENT. ASESINADA

MEMORIA
VERDAD
JUSTICIA

EN ESTE PREDIO DEL EJERCITO ARGENTINO FUNCIONÓ EL
CENTRO CLANDESTINO DE DETENCIÓN
"LA ESCUELITA" DE BAHÍA BLANCA
DURANTE LA DICTADURA CÍVICO-MILITAR DE 1976 A 1983

A 36 AÑOS DEL GOLPE DE ESTADO:
LOS CRIMENES DE LESA HUMANIDAD SON IMPRESCRIPTIBLES
POR ESO ESTAN SIENDO JUZGADOS.
NUNCA MÁS TERRORISMO DE ESTADO.

Bahía Blanca, Julio de 2012.



LA EVITA DE VILLA AURORA

Cristina está en blanco y negro, su mano le alcanza a tapar un poco la cara. Aunque no se vea todo su rostro, uno lo advierte, está sonriendo. El desteñido color de la imagen opaca el rubio intenso de su cabello. Esta es una de las fotos que muestra Marta Souza, su amiga íntima de la infancia y la adolescencia.

—Ella era muy feliz, muy de la familia. Ella sabía lo que quería, tanto en la casa como en la escuela —comienza Marta, quien ha desplegado un montón de fotos viejas arriba de la mesa.

Con su amiga Cristina fueron juntas a la escuela de Hermanas, de enseñanza católica, ambas conservaron la fe hasta entrados los 70', cuando por entonces el contexto político nacional y la efervescencia de la juventud las atravesaron completamente, al punto tal de enfrentarse a las monjas y sus duros mandamientos. Ya en el secundario, Cristina junto a sus otros futuros compañeros de lucha discutían con los profesores, eran una cierta pesadilla para las mentes conservadoras de aquellos días.

La “Pichi” o la “Cou”, como algunos la llamaban en su círculo íntimo, nació en un hogar de clase media acomodada y se acercó a la militancia de la mano de Rubén Bauer, primero su gran amigo, después su primer amor. Los últimos años de la secundaria la marcaron, dejó de ser aquella mujer simplemente dulce para pasar a ser una dulce decidida, y se incorporó a la Juventud Peronista. Lo que acontecía era mucho: Corría el año 1973, Perón regresaba al país después de 18 años de proscripción política, millones de personas acudían a recibirlo en Ezeiza, el país se dividía ya no entre peronistas y anti peronistas, sino entre izquierdas y derechas, y los tiros comenzaban a sonar en aquel ambiente cada vez más caldeado.

En esos años Cristina entró a la organización y se dedicó de lleno al trabajo de base en el barrio más humilde de Ayacucho, “Villa Aurora”. Ella y Rubén eran dos rubios en medio de tantos rostros morochos y marginados. Solo su entrega en el barrio logró que los vecinos dejaran los prejuicios de lado. En esos años decidió entregar su vida a una causa revolucionaria, aunque por supuesto, ella todavía no lo sabía.

Luego de terminar la secundaria en la Escuela Normal junto a sus otros compañeros de militancia -Rubén Bauer, Carlitos Bruggi y Susana Blanco-Cristina trabajó en el frigorífico de la liebre y también un corto período en la empresa de Seguros, a cargo de la familia Giangioibe. En esos días se discutía política todo el tiempo, música y política. Uno de los lugares más comunes de encuentro era en el local que tenía Carlos Quiroga, ubicado en la esquina de Irigoyen y 25 de mayo. Allí los cuatro se reunían a escuchar discos de Daniel Viglietti, Víctor Jara, León Gieco, Mercedes Sosa, Quilapayún, música que encendía los deseos de cambiarlo todo.

Carlos, su futura mujer Marta Souza, Cristina y Rubén, eran el cuarteto inseparable antes de que los últimos dos pasaran a la clandestinidad. Andaban abrazados por la calle, así no fueran pareja, una imagen extraña para la época, y salían de aventuras por las afueras de Ayacucho. Robaban choclos de los campos y se las ingeniaban para cocinar algo en un fuego improvisa-

do, donde la completa soledad de las pampas bonaerenses les acobijaba los sueños de libertad, que por esos años no eran solo una aspiración, sino que se trataba de algo palpable.

Enamorarse en tiempos de plomo

Cristina tuvo fuertes diferencias con su familia, como era de esperarse. Según Marta Souza, su padre –un alemán muy inteligente y de gran carácter- desaprobaba su militancia. Su madre, pasaba un poco más desapercibida, pero tampoco era ajena a ese rechazo. A pesar de esto Cristina decidió casarse con Rubén, y los roces familiares se hicieron aún más grandes. Aquel joven flaco y rubio, ya se mostraba como la expresión más convencida de la JP local.

Además de eso, las contradicciones propias de una época en donde la sociedad estaba completamente dividida, llevaron a que Cristina tuviera a su propio cuñado dentro de los sucesivos gobiernos municipales de facto. Carlos Miramont fue primero secretario de gobierno desde 1966 hasta 1972 y luego Intendente de Ayacucho. Experiencia que solo duró unos días, antes de la llegada de una efímera democracia de la mano de Héctor Cámpora, en 1973.

—*Con Cristina pasábamos horas charlando. Nos contábamos todo, la cuestión de los novios... Como cuando ella se puso de novio con Rubén, porque él era hasta entonces su amigo* —recuerda Marta.

Ambos tuvieron una vida veloz en todo sentido. Se enamoraron rápido, tuvieron un noviazgo intenso -en medio de la militancia clandestina y la posibilidad de la muerte- y también se perdieron mutuamente demasiado pronto.

Cristina y Rubén se casaron casi en secreto, sin mucho revuelo y a espaldas de lo que podían pensar algunos en su familia. El hermano de Rubén, Hugo Bauer, cuenta que en el día del casamiento ellos no hicieron fiesta para pasarla con sus parientes, pero en cambio sí fueron a festejar con la gente de “Villa Aurora”. La pareja de rubios se sentía más cómoda y feliz entre los pobres. Querían compartir más que nada ese importante momento con las personas que vivían ocultas en aquel Ayacucho marginal, con sus compañeros y compañeras. Como el Che Guevara pasando su cumpleaños entre los leprosos de Perú. Como Cristo comiendo con los pobres.

Teresa Tiani, otra de las amigas inseparables de Cristina, incluso llegó a sospechar que su casamiento se habría tratado de una salida para que ella y Rubén pudieran vivir juntos y así tener mayor libertad para poder irse de la ciudad, en caso de que la organización lo pidiera. Argumentos improbables, pero perfectamente posibles, teniendo en cuenta el nivel de convicción que se respiraba en esos luminosos y peligrosos años.

En efecto, el reciente matrimonio se instala en una casa ubicada en calle España y Rivadavia, la misma que Angélica Chimeno de Bauer –la madre de Rubén- visitaba algunas noches mientras ellos no estaban, cuando Montoneros ya era una organización clandestina y los allanamientos habían comenzado en la ciudad. Angélica hacía eso para que la casa no se viera vacía y así nadie sospechara.

De todas formas al poco tiempo se tienen que ir de la ciudad. Ayacucho ya no era un lugar al que la militancia revolucionaria apostaba, y “desde arriba” se ordenó reubicar los compañeros y compañeras en los grandes centros urbanos. A ellos les tocó Mar del Plata, se supone que por su cercanía.

—*A mí Cristina me contaba de las torturas. “Está desapareciendo gente”, me había dicho* —confiesa Marta.

Así desaparecen

¿Montoneros ya estaba al tanto del plan de exterminio que había diseñado la dictadura? ¿Se podía dimensionar en aquellos días el peso de un genocidio posible? Cualquiera sea la información que tenían las organizaciones revolucionarias, lo cierto es que nunca abandonaron la lucha. Cristina y Rubén comenzaron su militancia activa en Mar del Plata, donde el ritmo y vértigo de una ciudad como esta abría la posibilidad de tener que combatir con las armas en la mano, de ser secuestrado, de desaparecer.

Cristina Coussement era la encargada de la documentación en aquella regional de Montoneros ubicada en Mar del Plata. Se cree que en el lugar en donde ella trabajaba, una librería en la zona céntrica, se trataba en realidad de un depósito de armas o de falsificación de DNIs para los militantes de la organización.

El día previo a su secuestro, detienen a una pareja de militantes y le arrancan bajo tortura el único dato que llevó al paradero de “Pichi”: La librería quedaba en una calle hacia el mar. Es lo único que Laura Susana Martinelli y Carlos Alberto Oliva saben sobre aquel depósito del que estaba a cargo Cristina.

Pero tras una férrea búsqueda, el 8 de agosto de 1976, un grupo de tareas perteneciente a Prefectura de Mar del Plata la encuentra en aquel local, teñida de morocha y con otro nombre. Cristina intenta zafar diciendo que se han equivocado, o quizás solo calla. Calla y espera.

Al respecto, un informe de la propia fuerza dice sobre el operativo: “Con los datos aportados por el matrimonio OLIVA, se establece que en la calle Tierra del Fuego, entre Belgrano y Moreno en un kiosco, funcionaba la Secretaria de Documentación de Montoneros a cargo de CRISTINA KOUSMAN (a) PICHÍ, quien fue detenida, secuestrándose en un embute ubicado en un mueble del negocio de cobertura...”.

A Cristina la llevan a su domicilio, donde se encontraba Rubén Bauer. Lo hacen después de torturarla, para sacarle la información que necesitaban. Su nombre, apellido y apodo. Su rol en la organización. El nombre de otros compañeros. Él la esperaba para cenar, pero la larga vigilia lo termina alertando de lo peor y es así que decide escaparse. Lo logra justo cuando el ejército rodeaba toda la cuadra en donde se encontraba la casa, en la calle Gascón y Marconi. Del domicilio se llevan todo, muebles, mesas, sillas, lo poco que Rubén y Cristina tenían.

Desde Mar del Plata la trasladan a Bahía Blanca en avión, y finalmente la ubican en el Centro Clandestino “La Escuelita”, un edificio antiguo con ventanas altas, rejas coloniales y postigos verde oscuros. A partir de testi-

monios de sobrevivientes se supo que en su interior había dos habitaciones con cuchetas, un pizarrón y una pintada en la pared que decía: “AAA”. En el patio estaba la sala de tortura y también una casilla rodante para los guardias.

Sin antes haberse conocido y saber que eran de la misma ciudad de origen, Ayacucho, Cristina y Ricardo Alberto Garralda estuvieron en el mismo Centro Clandestino desde agosto hasta septiembre, cuando ambos fueron ejecutados, con solo un día de diferencia.

La primera en caer

Rubén le pide a José Martínez que le avise a Angélica sobre la detención de Cristina. José entonces le dice a “Chummy” Martínez que la cite a una plaza ubicada en Poderoso y Colón. Allí, a las doce de la noche y dentro de un pequeño baño, José pudo explicarle a Angélica sobre la suerte de la joven.

Rubén le pedía encarecidamente que haga todo lo posible para encontrarla. Hugo Bauer recuerda muy bien aquella noche de invierno cuando encontró a Angélica en la calle. En ese momento pensó que había tenido alguna discusión con su padre, pero después supo la verdad. Acompañó a su madre para avisarle a la familia de Cristina. Eran las doce de la noche aproximadamente, en invierno y en Ayacucho, en época de dictadura. La familia abrió la puerta igual. “Aquello fue un escándalo”, recuerda Hugo, que para entonces era solo un chico. “*Se la llevaron a Cristina*”, o “*Me avisaron que detuvieron a su hija*”, palabras más, palabras menos. Era la primera en caer de todo el grupo militante que había parido el pueblo.

Al siguiente día, Angélica y Perla Seguí, la madre de Cristina, se dirigen hacia Mar del Plata, la buscan en comisarías y nada, preguntan en iglesias, tampoco. Recorren todo lo que pueden, pero se tienen que volver con el sabor ácido de la bronca y el miedo de no saber dónde se encontraba Cristina. Incluso llegan a hablar con un Coronel conocido de la familia, de apellido Etchepare, quien les sugiere que “no sigan buscando porque les va a pasar lo mismo”.

Un “enfrentamiento” contra personas atadas

Cristina nunca recuperó la libertad, siempre estuvo prisionera en “La escolita”. Fue una desaparecida más durante un mes y medio. Pero la versión oficial decía que el 17 de septiembre de 1976, siendo las 20:30 de la noche, un Fiat 128 intentó eludir un control vehicular a cargo de militares, en la ruta provincial 33, a las afueras de Bahía Blanca. La siniestra imaginación de los represores agregaba aún más detalles: Su conductor había acelerado a escasos metros de llegar al control, mientras una mujer que iba en el asiento de acompañante “abría fuego contra el personal militar”. La mujer era Cristina, el conductor Roberto Adolfo Lorenzo, un joven que había sido secuestrado en esa misma ciudad el 14 de agosto del mismo año.

Ambos, en realidad, son ejecutados y caen bajo una ráfaga de balas.

Algunos conocidos en Ayacucho, dirán años después que Cristina apareció con un balazo en la mano, producto del acto de cubrirse. Solo tenía 21 años.

El parte militar se reproduce directamente en el diario “La Nueva Provincia” de Bahía Blanca, donde incluso anexan antecedentes de Cristina, que son iguales a un informe de inteligencia de Prefectura. En el comunicado se dice que solo se identifica a “Cristina Coussement, alias pichi”, mientras que a Lorenzo se lo da como desconocido. Un procedimiento común en las ejecuciones que cometían los militares durante la dictadura.

Las fuerzas armadas llevaban a cabo un plan de exterminio con total impunidad, la Iglesia omitía los secuestros, las torturas y las ejecuciones, y los medios de comunicación maquillaban la realidad, hablando de “enfrentamientos”. Solo falta aquí el rol de la Justicia, quien durante la dictadura no investigó, rechazó pedidos de habeas corpus y legitimó el terrorismo de Estado.

Tan solo un mes después de la ejecución de Cristina Coussement y Lorenzo, el juez Madueño disponía la “extinción de la acción y sobreseimiento de la causa”, sin haber ordenado ninguna medida de investigación. De esta forma cerraba la historia con el título de “Abatidos en procedimiento de atentado/resistencia a la autoridad”. Las balas asesinas vinieron de la Agrupación Tropas del V cuerpo del Ejército a cargo del General Osvaldo René Aspitarte. La mentira, de la Justicia y los medios de comunicación.

El 27 de octubre de ese mismo año, a un mes y medio de la ejecución de Cristina, una pared frente a la Escuela Normal amaneció pintada con la siguiente consigna: “Pichi hasta la Victoria final”. Eran sus compañeros, que la recordaban. La policía local lo cubrió con pintura inmediatamente.

“La cambiamos por el marido”

Años más tarde, el Profesor Cristian Arriagada de Ayacucho, le haría una entrevista al padre de Carlos Bruggi, Rubén, quien entre otras cosas contó una escena espeluznante sobre la búsqueda de Cristina, luego de que la familia Coussement le fuera a pedir ayuda para encontrar a su hija.

—Yo tenía a un periodista muy amigo mío que estaba dentro del grupo de civiles de la dictadura —relata en la entrevista.

El periodista que trabajaba en una radio de Mar del Plata se llamaba Raúl Nogueira, quien demostró de sobrada manera que tenía contacto con los militares, cuando frente a Rubén y el cuñado de Cristina, Carlos Miramont, levantó un teléfono y preguntó por Cristina.

—Che, ¿Ustedes tienen una piba rubia ahí? —preguntó y se quedó escuchando- Sí, de Ayacucho.

Nogueira le pasó el teléfono a Rubén Bruggi, y este escuchó la exacta frase cuando tenía el tubo en su oreja: “Sí la tenemos acá, pero está hasta las pelotas”.

Nogueira dio gracias y cortó. Después se dirigió al cuñado de Cristina.

—Mire Carlos: La cambiamos por el marido.

El marido era Rubén Bauer.

El hombre se puso de un color pálido gris. Eso era inaceptable e imposible de realizar. El periodista le respondió que “Tenía la oferta hecha”, con

cierta paz perturbadora. Luego Rubén y Juan se retiraron del lugar.

Justicia por vos

El 12 de septiembre de 2012, el Tribunal Oral Federal de Bahía Blanca condenó a 14 acusados por crímenes de lesa humanidad cometidos en esa ciudad, en los cuales figuraron como víctimas, tanto Cristina Coussement, como Adolfo Lorenzo, así como también Ricardo Alberto Garralda, nacido en Ayacucho y llevado a “La escolita”, para posteriormente ser ejecutado. Durante las instancias previas en el Juicio por la Verdad denominado “Juicio ejército III”, el informe del médico forense Mariano Castex concluyó sobre el supuesto enfrentamiento en el que terminó muerta Cristina: “Se hace difícil aceptar el contraste entre la cantidad de disparos frontales que recibe el conductor y el escasísimo número de disparos que recibe el acompañante Roberto A. Lorenzo; ello se dificulta aún más al no describir el autopsista lesiones cutáneas por estallido de cristales y/o ventanilla, limitándose al habitual formuleo reiterativo y carente de rigurosidad médico-legal. Por todo lo dicho, la hipótesis que se me ofrece de un enfrentamiento desde un automotor, no es aceptable, pues no se hallan con facilidad las variables que tornen congruentes todos los disparos entre sí”.

Cristina fue la primera en desaparecer, pero también –junto a Garralda- los únicos casos en los que se pudo saber su final. Una vez conocida la penosa noticia, dejaron de ser “desaparecidos” para pasar a ser “asesinados”. Ambos cuerpos pudieron ser recuperados. Los restos de Cristina se encuentran en el Cementerio Municipal de Ayacucho.

Mientras Angélica Chimeno de Bauer vivió, a la tumba de Cristina nunca le faltó un clavel rojo. Esa era su flor favorita.

mentación falsa para uso de los delincuentes subversivos pertenecientes a la denominada "zona de destacamentos", que incluye los agrupamientos que actúan en la zona de Buenos Aires y Patagones.

distancia, similar al empleado en el atentado contra el edificio del Comando General del Ejército en la Capital Federal. Tarcovitchky se dedicó a la captación y adoctrinamiento de habitantes del barrio de...



Extremismo

(Cont. de la pág. 1; col. 8) mento de enfrentar el puesto de control, el conductor aceleró la marcha, al mismo tiempo que su acompañante (la mujer) abría el fuego contra el personal militar. "Repelida la agresión, los ocupantes del automóvil fueron abatidos."

hecho cuyo reconocimiento no pudo efectuarse en aquella oportunidad. Se trata de María Manuel Tarcovitchky (a) Manolo "militante" de la organización declarada ilegal en segundo término, de la que se ocupó un puesto de control de la Policía Nacional que fue destruido...

Identifícase a la mujer

Agregóse de inmediato: "La mujer fue identificada como Cristina Elisa Coussement (a) Pichi, aspirante de la organización declarada ilegal en segundo término, cuya captura se procuraba desde tiempo atrás. Por los antecedentes que registraba, se sabe que había iniciado su militancia dentro de la subversión en la provincia de Tucumán..."



SUSANA PEGORARO

Secuestrada junto a su padre en la zona de Capital Federal...



SUSANA PEGORARO. DESAPARECIDA



RUBÉN BAUER. DESAPARECIDO



CRISTINA COUSSEMENT. ASESINADA

LUCHANDO EN LA PRIMERA FILA

Ladridos de perros, ruidos de motores, algún grito lejano con voz castrense. Rubén esperaba a Cristina junto a una compañera, conocida como “la gorda”. La mesa estaba servida. Era tarde, las diez de la noche ya. La hora acordada era a las nueve, pero Cristina no venía. Afuera seguía ese murmullo incesante que inquietaba.

Rubén decide subir al techo y observar con cuidado qué pasaba afuera. Alcanza a ver a unos cuantos uniformados, un camión del ejército, varias armas largas. Era un operativo y estaban rodeando su casa. Rubén baja de inmediato y va por su compañera. Tenían que irse ya. Él la ayuda a saltar el paredón que tenían en su patio, empujándola para que se sostenga de la pared y pueda pasar hacia el otro lado. Hacia un baldío, para huir, porque ya estaban por ingresar a su casa la noche en que habían secuestrado a Cristina Coussement.

Salen por una calle en la que todavía no se veía presencia militar y tienen la increíble fortuna de encontrarse un taxi. Se suben. Sin embargo no hay escapatoria, deben pasar por el operativo.

Al aproximarse al lugar, el conductor se alerta por el movimiento de soldados, pero estos -sorpresivamente- le hacen seña para que siga. Rubén y su compañera, que eran el motivo de semejante despliegue militar, pasan así por entre sus narices, en una escapatoria de película.

Después del disimulado alivio en el asiento trasero del taxi, Rubén comprende que todo aquello había sido producto de la detención de Cristina. No se entendía sino, su retraso y la llegada de los militares a su propia casa después. La efímera alegría se transformó en una punzada lenta que golpeó en el estómago, una y otra vez. Haciendo olvidar el hambre de esa noche, en la que no se había podido cenar por el acto de sobrevivir.

“Necesitan que la ayuden”

Antes de incorporarse a la Juventud Peronista, antes de que se sume a esa marcha de villeros en las calles céntricas de Ayacucho, antes de ser el líder de la militancia local, Rubén fue niño y joven, como todos. Huego Bauer, su hermano nueve años menor, cuenta uno de los recuerdos que más conserva de Rubén.

—Cuando él tenía 15 años se fue a trabajar a la cosecha con mi viejo. Su primer sueldo lo gastó en regalos para la familia. A mí me regaló un triciclo y un camión de juguete para reyes. Esos recuerdos jamás te lo olvidás porque él podría haber hecho cualquier cosa con la plata.

Hugo además cuenta el detalle que Rubén hizo cocer bolsitas, para que el camión simule tener carga propia. Inspirado en el trabajo de su padre, que trabajaba en Vialidad.

Ese mismo año sus padres se separan y él se va a vivir solo con Mario Andraca, un viejo amigo con el que comparten un modesto departamento al que después denominan “la guardilla”, por tener este un altillo con una

pequeña ventana en su frente. Rubén era un “radioaficionado” y también leía en abundancia. Eran años en los que había necesidad urgente de comprender al mundo, de saber por qué había estallado el “Cordobazo”, de por qué había peronistas de izquierda y de derecha, de por qué ya se empezaba a escuchar tímidamente la palabra “lucha armada”.

—Era super inteligente. Cuando hablaba, sabía qué estaba diciendo. Sino preguntaba y leía —narra su amigo Mario.

Una tarde del 72’él, Rafael Pérez y algunos más estaban sentados en la puerta del negocio de Carlos Quiroga, en 25 de mayo e Irigoyen. Vieron con incredulidad una turba de personas que se acercaban gritando y cantando algunas consignas peronistas. Se trataba de una columna de unos cuantos vecinos y vecinas de Villa Aurora. Iban por esas calles del centro, con banderas y el sonido de algún redoblante desperejo. Rubén nunca había estado en política, incluso todavía no tenía definido su identidad, pero aquella marcha desordenada de vecinos de uno de los barrios más pobres de la ciudad, lo conmovió.

—*Esta gente necesita que la ayuden* —dijo. Y se fue con ellos.

Rafa cuenta que entre los que estaban allí se quedaron mirando con caras desconcertadas, como diciendo “este está loco”. Porque aquel acto no era común para la época, porque tampoco se entendía qué había pasado por la cabeza de Rubén en ese instante en que evidentemente su vida cambió para siempre. Porque desde entonces nunca dejaría la militancia. Desde esa lejana tarde en Ayacucho hasta el día de su desaparición.

Hugo recuerda que a las pocas cuerdas, Rubén “ya era uno más”, en la primera fila, cantando.

Rubén, referente regional de Montoneros

Al poco tiempo ingresó formalmente a la militancia en la Juventud Trabajadora Peronista (JTP). Luis Illarregui, quien es invitado por Rubén para que se sume a pesar de su procedencia de izquierda, cuenta que la organización nació arriba de donde hoy se encuentra la panadería “La Moderna”, en calle 25 de mayo y Arroyo, en una especie de antro denominado “La Arquería”.

La militancia volvería intensa a la vida del joven. Con tan solo 18 años, Rubén es elegido delegado del barrio 25 de mayo, que recién se estaba construyendo, y también trabaja en un frigorífico, donde lo echan al intentar organizar a los trabajadores. Tras un problema en la escuela secundaria, tiene que terminar los estudios en la vecina ciudad de Rauch y allí también colabora con la conformación de la Juventud Peronista. Más tarde se inscribe en la carrera de Arquitectura en La Plata pero se vuelve al año. De nuevo en Ayacucho, se transformaría en el líder de la JP-Montoneros luego de la renuncia de su por entonces referente, Alfredo Benito.

Su hermano menor, Hugo, cuenta que una noche Rubén lo llevó para presenciar un encuentro clandestino de Montoneros en Ayacucho. Sin esperar, estuvo en el día en que Alfredo se bajó de la organización luego de que llegara la orden de su traslado a otra ciudad. “Mi hermano le dijo que era un error, pero que respetaba su decisión”. Alfredo argumentó que tenía

un hijo pequeño, que no, que hasta ahí llegaba. Posteriormente Benito sería secuestrado e interrogado en uno de los operativos que realizaron los militares en la ciudad.

A partir de entonces las reuniones de Montoneros se realizaron en la propia casa de Rubén, donde hasta hace poco tiempo vivió su madre, Angélica Chimeno de Bauer, en la calle ubicada en Brown y Solanet. “Venían tipos de Tandil, Olavarría, serían los líderes de cada regional”, sospecha Hugo. Esta y otras pruebas más pueden servir para comprender que posiblemente Rubén tuvo un cargo alto dentro de la organización guerrillera. Luis Iñarregui dijo al respecto: “El más importante jerárquicamente era Rubén. Y supongo que llegó a ser aspirante dentro de Montoneros”.

La suerte de Rubén

El joven se casa con Cristina Coussement, amiga de la escuela y ferviente compañera de militancia. Según Mario Andraca, ese fue “el primer sueño” de Rubén, por fuera de los anhelos militantes. Había estado enamorado de ella desde hacía mucho tiempo.

Ambos se van para Mar del Plata a mediados de 1975 luego de aguantar unos años de clandestinidad en Ayacucho. Vivir en un pueblo en donde “se conocen todos” no era seguro cuando la Triple A y posteriormente las propias fuerzas armadas luego del golpe en el 76, estaban literalmente cazando militantes. Se instalan en la ciudad costera y cada uno ejerce una función específica en la organización.

El 6 de agosto de 1976 secuestran a Cristina y esa misma noche Rubén se salva de milagro. Rodean su casa en las afueras de la ciudad, logra escapar con una compañera y se sube a un taxi que pasa por al lado de sus verdugos.

Pero ahora tiene que irse de la ciudad, debía hacerlo rápido, porque el ejército sabía de su existencia a partir de la detención de Cristina. Por eso acude a su familia, a su madre, Angélica.

Ella recurre a un conocido, “Bataraz” Iturralde, quien a su vez tenía el contacto de un cura que podía pasar los cercos militares sin dar mucha explicación a partir de una credencial del Ministerio del Interior que llevaba consigo. La idea era buena: Rubén escaparía de Mar del Plata de la mano del cura, quien como muchos otros tuvo conocimiento y complicidad del plan macabro de los militares. Claro que esto no era gratis, había que pagar.

Sin embargo el día en que debían comunicarse para encontrar un lugar en común, cambian el sistema telefónico de telediscado en Ayacucho, y Rubén llama y llama pero no logra hablar con su madre. Ella sale de todas formas para Mar del Plata con el cura y Bataraz, casi sin sentido, porque no sabía a dónde iba, en qué lugar podría encontrarse con su hijo, en un arrebato de socorro solo comprendido por una madre.

Rubén decide irse por su cuenta, arriesgándose a que lo atrapen. Se va con un compañero al que le decían “el pajarito”, rumbo hacia La Plata. Al colectivo no lo toman en la terminal, lo paran en la ruta, para evitar la presencia de la policía, y se sientan separados para no levantar sospechas. Pero a los pocos kilómetros, el micro es interceptado por un control militar

y dos uniformados se suben a inspeccionarlo. Cada uno llevaba una hoja con algunos rostros buscados. Rostros subversivos. Avanzaron lentamente por el angosto pasillo del colectivo, con la mirada agachada en la hoja, con la mirada levantada hacia los pasajeros. Uno de ellos pasa por al lado de Rubén, tan cerca que podrían haber escuchado su respiración agitada. Pero ambos se vuelven, se van, y dejan avanzar el micro por la oscura ruta bonaerense.

En poco tiempo, Rubén se había topado dos veces con sus captores, casi cara a cara, pero se había salvado. La primera en un taxi, la segunda en un colectivo. El colectivo que lo llevaba hacia su último lugar de paradero antes de su desaparición.

Brindar por ella

Esa tarde Rubén apareció por la pensión de calle 54, en La Plata. Inmediatamente el ambiente se puso espeso. Quienes sabían de la importancia de Rubén en Montoneros y de la reciente detención de Cristina, su mujer, comprendían que el peligro estaba cerca mientras él permaneciera en la casa. Habló algo a solas con Luis y otros compañeros, y se fue. La fugaz visita fue para pautar un encuentro posterior, al día siguiente, en su pequeño departamento. Los invitados fueron Luis y Rafa Pérez, su otro viejo amigo de Ayacucho.

Cuando llegaron, la cara de Rubén no era la de ese jefe conocido. Ya no estaba blindada de seriedad y convicción como generalmente se la veía. Era gris, sin alma, a penas con color. Algo había pasado.

—*Mataron a Cristina* —alcanzó a decir.

Lo había escuchado por radio Rivadavia mientras intentaba acomodar la hora de su reloj.

No faltó lágrimas, para qué, si él ya era un llanto, un semblante oscuro que apenas hablaba, que decía: “Mataron a Cristina”. Que murmuraba: “Mataron a Cristina en Bahía Blanca. Dicen que en un enfrentamiento”. Eso dijeron. Eso dijo Rubén. Eso oyeron Luis y Rafa. Después, silencio.

—Compré un salamín y un vino —señaló a la mesa, mientras miraba la nada, rendido en una silla.

Luis cuenta que eso comentó Rubén, pero no explica bien con qué motivo. Para pasar mejor el taladrante momento de la muerte recién conocida, quizás. Para beber, emborracharse y perderse por un rato en algún mejor sueño. Para festejar la vida que todavía tenía, que todavía existía sin embargo, junto a sus amigos.

Para brindar por ella.

Volvieron a estar juntos

Después de que Rubén volviera a instalarse en La Plata, Angélica lo pudo ver solo un par de veces más. En enero de 1977 junto a Hugo, y el 30 de mayo de ese mismo año por última vez, cuando ella viajó sola.

El 9 de enero de 1977 cayó domingo, era el segundo domingo de ese

año. Angélica y su hijo Hugo fueron a La Plata para encontrarse con Rubén. Pero no fueron directamente a la ciudad de las diagonales por temor a que los estuviesen persiguiendo. Angélica todavía tenía el recuerdo caliente de lo que había sido su secuestro en octubre de 1976. Así que primero pasaron un día con la familia Gigena en Rauch. Al siguiente día se dirigieron para Las Flores. Y recién un día después se encaminaron hacia La Plata.

—El problema era mi cabeza, que era un llamador. Por eso me tiñen el pelo —explica Hugo, quien al igual que su hermano Rubén nació con una cabellera intensamente rubia. Para Angélica, cualquier detalle era importante cuando se trataba de visitar a su hijo, que perseguido por todo el aparato militar del Estado, corría peligro si no se hacían bien las cosas. La tintura le deja un color grisáceo en la cabeza del joven, pero al menos ya no llama la atención.

A las cinco de la mañana de ese domingo 9 de enero arriban a La Plata. Caminan bastante para llegar puntual al lugar de encuentro, que era la esquina del Hospital de Niños de la ciudad, un sitio bastante recurrente para Rubén y otros militantes de Ayacucho. Al minuto llega una chica, joven, con una cartera tejida y de anteojos negros. Ella se acerca lentamente a Angélica y Hugo.

—Me mandó Rubén. Síganme a mí. No miren para atrás y no se detengan. Vayan a una parada de colectivos a dos cuadras —les dijo, mientras disimulaba que les pedía fuego.

Hugo cuenta que mientras caminaban pudieron advertir que había otros compañeros haciendo guardia. En ese instante llegó Rubén. Se dieron un saludo tibio y antes de subir al colectivo les pidió encarecidamente que no prestaran atención en nada, que evitaran ver las calles, que incluso miraran para el suelo. Años más tarde Angélica se lamentaría de haberle hecho caso. Ya arriba del micro, en la siguiente parada subió Susana Pegoraro, la chica que les había indicado el camino.

Tanto Angélica como Hugo no conocían a Susana, menos aún que se trataba de la actual pareja de Rubén. Cuando bajaron del colectivo, caminaron alrededor de quince cuadras por calles de tierra para llegar a su casa, la cual quedaba a las afuera de la ciudad. En aquel domicilio de pasillo al fondo almorzaron unas pastas y miraron la carrera de Fórmula 1 que se corría en Buenos Aires. El ganador fue un sudafricano, Jody Scheckter, quedando tercero el argentino Carlos Reutemann.

Después de la carrera, Angélica se puso hacer un helado. Mientras lo hacía llamó a su hijo -como lo hacen todas las madres- por su nombre. Susana sintió curiosidad y se quedó escuchando atentamente. Rubén se abalanzó para evitar que se siga pronunciando aquella palabra.

—Callate y seguí —dice Angélica que le dijo tajante su hijo.

Su nombre de militancia era Néstor, nadie de su entorno de lucha debía conocer su verdadero nombre. Cuanta más información tenían los militantes de sus propios compañeros, más vulnerables se encontraban, ya que en la posibilidad de ser detenido, un compañero sin información no tenía qué cantar.

Esa tarde Rubén les dijo que se tenían que ir. Angélica insistió en quedarse un día más. Rubén aceptó pero advirtiéndoles antes que aquello era

realmente peligroso, porque no sabían “que podía pasar esa noche”. Que en caso de un allanamiento, ellos debían tirarse debajo de los colchones y gritar que eran inocentes y que no tenían nada que ver. Su madre aceptó quedarse igual.

Esa noche Hugo vio cómo su hermano y Susana preparaban los cintos con granadas y pistolas. Estaban preparados para lo peor. Cada noche los militantes dormían con un ojo abierto, tensos, listos para escapar de un momento a otro, o incluso de tener que combatir con las armas en la mano.

—Era a sangre o fuego. Escaparte era salir tirando porque no tenías otra posibilidad. Rubén siempre decía que él no quería que lo agarraran vivo —señala Hugo.

Esa noche no pasó nada, solamente llovió. Al otro día, bien temprano, Rubén se despidió de su familia antes de salir con un maletín a la calle. Era una puesta en escena que tenía para así dedicar su tiempo a la organización. Ofrecía electrodomésticos a la gente, para escaparle a la imagen de subversivo que se reprimía brutalmente por la ciudad. Esa fue la última vez que Hugo vio a su hermano.

Angélica, por su parte, lo hizo el 30 de mayo de ese mismo año, quedando acordado que lo volvería a visitar en julio, para su cumpleaños. Pero Rubén ya había desaparecido un mes antes.

Los que faltan en junio

Su primera detención fue en un hecho confuso, casi cómico. Él trabajaba en una obra de construcción en La Plata, siendo delegado de la UOCRA. Luego de que un sereno delatara a un obrero que se había robado un rollo de cable, Rubén lo encuentra a la salida y le pregunta por qué lo habían echado. Este, insultando al buchón, le explicó. Pero el sereno estaba cerca y al escucharlo se empezaron a pelear. La policía cayó en el lugar y se los llevó a los tres: Al buchón, al ladrón y a Rubén, por haberse metido a separar.

Rubén zafa porque tenía documentos falsos, pero al igual que lo sucedido en Mar del Plata, esa era una prueba de fuego para tener que perderse por un tiempo, ya que su rostro había sido visto por las fuerzas de seguridad. Ante el riesgo, decide irse a Ituzaingó, donde vivía un tío. No le pide trabajo, tan solo que pudiera dar referencias, pero su tío se niega. Al tener que hacerlo bajo un nombre y apellido falso, se asusta y le pide que no lo comprometa. Hugo cuenta que su tío le ofreció plata para salir del país, pero Rubén no aceptó.

Justo en esos días, una familia de Ayacucho lo reconoce por las calles de esa localidad. Ellos después dijeron que Rubén los miró y les agachó la cabeza, como saludando, pero sin cruzar palabras. Los vecinos dijeron que tenía unos bigotes largos e iba vestido con un jean azul y un saco del mismo color. Cuando volvieron a la ciudad, la familia le contó a su madre. Cualquier noticia de que estuviera bien reconfortaba a Angélica.

Pero el 16 de junio de 1977, Susana debía encontrarse con Rubén en algún lugar previamente pactado. Las reglas de los encuentros consistían en tres citas. En cada intento, la persona tenía que esperar unos cinco minutos y en caso de no encontrarse con la otra, debía volver recién a la hora.

Así hasta tres veces. Susana lo hizo, una, dos, tres. Rubén nunca apareció.

Ese fue el día en que se lo llevaron, pero nadie sabe cómo ni dónde. Una hipótesis explicaría que Rubén no fue detenido en La Plata, porque él ya había escapado luego de su primera detención por error. Además su compañera posteriormente lo buscaría junto a su padre en las comisarías de Buenos Aires. Pero nada es seguro.

A pesar de eso, la familia conocería años después a un testigo que les confirma que había estado con un joven en Olmos, al cual cree que era apellido Bauer. Aunque también se cree que Rubén podría haber estado en la ESMA.

En Buenos Aires o en La Plata, Rubén, Néstor, “el alemán”, 23 años, ¿A dónde se lo llevaron? ¿Qué hicieron con él? ¿A caso habrá recordado algo de su pequeño pueblo? ¿De su madre Angélica, de Villa Aurora, de todo lo que había sucedido para que él terminara en Montoneros, para que terminara sacrificando su vida?

En Ayacucho, ¿Qué se decía? Qué se decía de Cristina, de Carlos y de Marta, de Pascual y José, qué se decía de Rubén.

Y también tus hijos

Precisamente dos días después, el 18 de junio, Susana se encontró con su padre, que en ese momento estaba en la capital federal. Juan Pegoraro era el empresario de la construcción más importante Mar del Plata, dueño del Hotel Continental y hombre de gran patrimonio. A pesar de ello, sentía un amor incondicional por su hija y por esto la acompañó por las comisarías de la capital en busca de Rubén. Sí él ya lo había hecho meses antes cuando había desaparecido Pascual Simonetti, llevando a su hija a la propia casa de los padres en Ayacucho, cómo no lo iba a hacer ahora por la pareja de Susana.

Antes de ser secuestrada, Susana llamó a Angélica para avisarle que no se encontraban rastros de su hijo. Que fuera para La Plata al día siguiente. Angélica va, pero no encuentra a nadie.

Ese mismo día, en un bar de la estación de trenes de Constitución, una patota secuestra a Susana y a su padre. Algunos conocedores de esta historia sostienen que el exacto dato de su paradero al momento del secuestro, pudo haber venido de gente cercana a su padre. Precisamente de un socio, quien habría denunciado a Pegoraro por estar con su hija, vista como “subversiva”. Susana estaba embarazada de cinco meses cuando se la llevaron.

Cierto o no, en unos días Rubén y Susana fueron robados por los señores de la vida y la muerte, como ellos mismos se definían.

A Juan Pegoraro lo liberan días después, lo bajan de un auto y lo dejan en un camino. Le dicen que no puede mirar para atrás. Según su mujer, Inocencia Pegoraro, él voltea antes de que sus captores se alejaran demasiado. Fue allí cuando volvieron y se lo llevaron nuevamente para la ESMA (Escuela Mecánica de la Armada), donde estaba su hija. Desde entonces Juan continúa desaparecido.

De Susana hay datos de sobra que confirman su presencia en la ESMA, que funcionaba como el principal Centro Clandestino de Detención y tor-

tura del país, a cargo de Massera. De ahí la trasladaron a la Base Naval en Mar del Plata, hasta que estuvo a punto de dar a luz en el mes de noviembre, y es llevada nuevamente a ese Centro Clandestino. En ese lugar Susana tuvo a su hija, hoy recuperada su identidad y conocida como Evelyn Vázquez.

Dos mujeres sobrevivientes de la ESMA se exiliaron a Brasil y escribieron un libro llamado “Clamor”. En esa recopilación de testimonios aparece Susana Pegoraro y cuenta que ella llegó a tener a la niña en brazos. Luego le hicieron escribir una carta para su madre, Inocencia, diciéndole que le entregaría a la bebé, ya que ella estaría ausente un tiempo porque “iba a viajar”. Sin embargo, su hija nunca fue entregada a la familia.

La recién nacida fue regalada a una pareja cercana a los militares, Policarpo Vázquez –que trabajaba en Buzos Tácticos en Mar del Plata- y su mujer Ana María Ferra.

Treinta años después, en 2008, el Banco Nacional de Datos Genéticos confirmó que Evelyn era hija de Susana y Rubén. El caso tuvo trascendencia nacional porque la joven se negó rotundamente a hacerse los estudios de compatibilidad, lo que finalmente se realizó mediante un allanamiento ordenado por la Justicia. Esa extracción alternativa de sangre fue el tercer caso en toda la historia del país. Además, en el 2013, se dio la sentencia por el Juicio “Naval II”, en la que figura Pegoraro. Hubo siete condenados a perpetua.

Por sus vidas

La verdad se escabulló, treinta años, pero salió a la luz. A pesar de la tortura, de los “vuelos de la muerte”, de la “teoría de los dos demonios”, de la impunidad de los represores, libres, en sus casas. Ahí está la Memoria, ahí está la Verdad, ahí está la Justicia.

Por ellos, por ellas, por siempre.



CARLOS BRUGGI
DESAPARECIDO



MARTA BLANCO
DESAPARECIDA

JUNTOS

Ese sábado los padres de Carlos se habían acostado muy tarde, luego de regresar de una fiesta que se había realizado en el Club de Leones de Ayacucho. Hacía mucho tiempo que no salían juntos y a Rubén Bruggi le alegraba que su mujer, Elsa, se encontrara sonriente.

Ya habían pasado varias horas desde que se habían acostado, cuando el teléfono sonó en el silencio total de la casa, a eso de las cinco de la mañana.

Ninguno de los dos quiso moverse de la cama y al segundo comenzaron con la puja conocida: “Andá vos”, “No, dale, andá vos que no doy más”. Mientras el teléfono seguía chillando. Finalmente, Elsa se dignó a levantarse y fue a atender.

Rubén escuchó desde la cama cómo la voz de su mujer cambiaba de tono, hasta que sintió decir “Bueno, pero hablá con papá”. De inmediato se paró y se dirigió al teléfono: Era Carlos, su hijo, que lo llamaba desde Mar del Plata y quería verlos ese mismo día.

—Papá, los extraño mucho... quiero verlos —le repitió al menos dos veces.

Debían encontrarse a las nueve de la mañana de ese domingo en la esquina de la Avenida Colón y Santiago del Estero, de la ciudad portuaria.

Mientras Rubén iba por las revisiones técnicas del auto y a cargar nafta, su mujer preparaba una heladera de tergopol, en la que se juntó toda la comida que tenían.

Rubén salía de la estación de servicio con el auto listo, pero cuando regresaba encontró a un móvil policial que estaba estacionado en frente de su casa. A penas el Ford Taunus de Rubén dobló en la esquina, el móvil aceleró y se fue. El hombre recordó en ese momento de los allanamientos que habían sufrido meses antes, de la gran seguridad de que su teléfono estaba intervenido, hasta incluso la posibilidad de que existan micrófonos en su casa. Por un momento dudó de hacer ese viaje.

Cuando entró a su domicilio ubicado en calle Poderoso, le alertó de lo ocurrido a su mujer. Ella argumentó cosas que sonaron muy poco convincentes, pero que alentaban a seguir adelante con tal de no suspender el encuentro con su hijo y suegra. Ambos se convencieron así de hacer algo que podía ser muy peligroso, pero que no resistía frente al magnético deseo de querer volver a estar con Carlos.

—Creo que cometimos el error más grande de nuestra vida. No tengo dudas que ese día llevamos con todo nuestro amor, a la muerte de Marta y Carlitos —afirmaría más tarde Rubén, en un documento que escribió en la memoria de su hijo.

Terminal

A las ocho y cuarenta y cinco estaban en el lugar acordado. Luego de dar unas vueltas, apareció Carlos, quien se subió muy rápido al auto y le dijo que continuara por esa calle, casi sin saludar. Unas cuadras adelante

reconocieron a Marta Blanco, quien se encontraba a la sombra de un árbol y llevaba a un niño agarrado de la mano. Rubén y Elsa abrieron los ojos y se quedaron sin palabras, ¿Quién era ese chico que Marta llevaba como si fuera su propio hijo?

Lo pusieron en el asiento delantero, con Elsa. El niño no tuvo reparos de estar sus brazos y a los pocos minutos, hasta le empezó a decir “abuela. Así como también se había acostumbrado a decirle “Papá” y “Mamá” a Carlos y Marta.

Se dirigieron a un lugar lleno de árboles y sombra, cerca del estadio mundialista, donde almorzarían todos juntos. Carlos y su padre se quedaron charlando en el asiento trasero del auto, mientras Marta, Elsa y el pibe tomaban mate. Ahí fue cuando Rubén se enteró que ese chico era hijo de una pareja de compañeros que habían sido asesinados en La Plata, luego de que un operativo haya ingresado a una pensión, abriendo las puertas y masacrado a sus habitantes. Los militares ignoraron si quedaba alguien vivo en su interior. El niño de tan solo un año todavía dormía en su cuna cuando mataron a sus verdaderos padres. De esta forma, Carlos y Marta se quedaron con él por ser las personas más cercanas.

El día pasó rápido en ese ambiente de rara felicidad, bajo el caluroso sol de enero. Con el niño que reía y balbuceaba, con las anécdotas de Rubén, con la luminosa juventud de Marta y Carlitos.

Antes de que se despidan, un hombre vestido de civil pasó cerca de donde estaba Carlos y Rubén. De inmediato el joven se puso tenso y le pidió a su padre que bajara la voz.

—Ese debe ser un policía disfrazado —le susurró Carlos.

Cualquiera en ese entonces podía ser un espía y Bruggi era intensamente buscado, como tantos otros miembros de Montoneros. Lo cierto es que en un mismo día se habían presentado dos situaciones llamativas: El móvil en la puerta de la casa de sus padres, a minutos de haber recibido el llamado de Carlos, y luego la presencia de aquel hombre inquietante, pasando por ahí.

Carlos les contó a sus padres que se iban con Marta y el niño a Pinar, para tratar de hacerle pasar un buen momento al chico luego de la tragedia que había vivido. Rubén le advirtió que era peligroso, y le confesó que “sabía de muy buena fuente que el gobierno estaba dispuesto a arrasarlos sin miramientos en muy pocos meses”. Carlos y Marta lo sabían, pero ahora solo pensaban en el niño.

Al momento de partir, todos se pusieron serios y conversaron muy poco en el auto, que avanzaba decidido hacia la terminal. Incluso la propia Marta, que siempre fue tranquila y de sonrisa fácil, esta vez iba en silencio. El único en paz era el nene.

El auto paró a dos cuadras de la estación, por una precaución ya conocida. Ese era uno de los lugares donde generalmente había más presencia militar.

Carlos y su padre se dieron un abrazo largo, fuerte, como el que se habían dado en la comisaría de Ayacucho cuando Carlitos había sido detenido, luego de bajar la bandera de Estados Unidos en la Plaza San Martín. Un abrazo con frases que se iban mezclando junto a hondos silencios. “Vol-

veremos a vernos”, “Te quiero mucho”, “Cuidate”.

—Desde el asiento delantero vimos hasta la esquina como con los bolsos al hombro, los tres se perdían en la vuelta de la eternidad —relata su padre.

Aquel último encuentro con Rubén y Elsa se dio en enero de 1977. Todo indica que las fuerzas armadas pincharon el teléfono en la casa de Ayacucho y posteriormente informaron sobre su viaje hacia Mar del Plata. Es muy posible que Carlos y Marta hayan sido detenidos en la propia terminal de colectivos de esa ciudad, luego de aquella despedida, ya que su familia no volvió a tener más contacto después de eso. De no haber sucedido allí, la última fecha que se tiene como referencia sobre la vida de la joven pareja es el 29 de enero de ese mismo año en la ciudad de La Plata.

Marta, compañera y madre

Carlitos Bruggi y Marta Blanco no fueron de los que pisaron demasiado Villa Aurora. La militancia de Carlos empezó desde una vertiente de izquierda, que bien podría haber sido anti peronista en un comienzo, ya que su padre era radical y creía que del 52' al 55' en la Argentina se había instalado un régimen filo nazi. Las cosas de la militancia lo terminarían perfilando en una organización de la izquierda peronista.

Con su amigo Luis Ilarregui conformaron el GTV, Grupo de Trabajo Voluntario, de orientación maoísta, y comenzaron a realizar tareas más que nada solidarias. Pintadas de escuelas, ayudas a vecinos necesitados y bajadas de banderas representantes del imperialismo. El grupo se hizo conocido por lo último, cuando en una Fiesta de las Américas, Carlos, Luis y unos cuantos más bajaron la bandera de los Estados Unidos y la de Brasil en la Plaza San Martín. El mito después se distorsionaría, como generalmente sucede: Por mucho tiempo varios creyeron que la bandera bajada había sido la de Argentina. Hasta incluso se llegó a decir que se había prendido fuego. Tampoco fue este el motivo por el cual Luis fue detenido en Tandil, ya que eso sucedió mucho después. Pero lo único cierto fue que jóvenes de tan solo dieciocho años fueron denunciados por el Partido Justicialista local y posteriormente fueron encarcelados en la comisaría.

Ambos se hicieron cargo, aunque la participación había sido de al menos cinco personas. El padre de Carlos recuerda de aquel abrazo cuando logró la libertad de su hijo. Ese mismo día el joven —que había sido rapado— le confesó a su padre mientras regresaban en auto, que “nunca más volvería a ser encerrado”.

Tiempo después, Cristina Coussement invitaría formalmente a este pequeño grupo de izquierda para que se sume a la JP de Ayacucho, que por ese entonces ya se perfilaba dentro de la organización guerrillera Montoneros. La necesidad de sentirse parte de algo más grande fue el factor desencadenante por el cual tanto Carlos como Luis ingresaron a la JP.

De la militancia de Marta Blanco, por su parte, se sabe muy poco. Muchos de su entorno la definen como una mujer muy bella, buena y tranquila, que en todo caso acompañó la militancia de su compañero, Carlos.

Luego de que se casaran, el primer lugar de militancia activa dentro de

Montoneros fue en Tandil. Marta se hizo muy amiga de una mujer apodada “la turca”, quien era la referente en esa zona. Algunos creen que hay posibilidad de que Marta haya potenciado su militancia a través de esta amistad, pero todavía no existen registros sobre eso. Lo único claro es que la joven nunca abandonó a Carlos, incluso luego de que se hicieran responsables de aquel niño a quien le habían asesinado sus padres.

Marta, en todo caso, fue una militante de base que continuó siempre, a pesar de las adversidades, hasta el final.

Julio Ilarregui, hermano de Luis, también conoció a la pareja ayacuchense. Recuerda que cuando una vez fue a visitar a Carlos en la fábrica de quesos Magnasco de Tandil, donde este trabajaba, uno de sus compañeros lo llamó: “Che, Firmenich, te buscan”. Es decir que Bruggi ya estaba empezando a ser identificado como un militante de Montoneros, por lo cual siendo su actividad clandestina, corrían un grave peligro.

Es por eso que pronto Marta y Carlos renovaron su militancia en la ciudad de La Plata, donde se encontraba el grueso de la organización, así como también la mayoría de sus compañeros de Ayacucho.

Vecinos informantes de la dictadura

La familia de Carlos Bruggi vive tres allanamientos violentos de los militares en su domicilio calle Poderoso 1232. El primero en noviembre de 1976, a las 18 hs. Unos quince militares a cargo del Capitán Pappalardo, revisan toda su casa, toda, al tal punto de buscar en los techos. En su casa, además de uniformados había “dos personas vestidas de paisanos, que supongo eran de investigaciones de inteligencia”, describió más tarde Rubén Bruggi.

A Rubén lo mantienen incomunicado con su esposa e hija por al menos dos horas, cuando se le ocurre recurrir a un amigo que tenía en la policía. Le dice al capitán que puede verificar lo que le ha dicho con el teniente coronel de Tandil Juan Carlos Etchepare -nacido en Ayacucho-, lo cual el capitán hace. Pero a pesar de haber cotejado los datos continúa el allanamiento en el hogar por unas horas más. Solo encuentran un libro con procedencia ideológica de izquierda y un revolver 38 de su padre. Se van a las 21 hs.

A los pocos días vuelven, argumentando que Bruggi se encontraba en la casa. Lo hacen de noche, a las 23 hs. Los militares sabían que hacía unos días Carlos y Marta habían venido de Tandil y habían tenido un encuentro corto. Fue allí cuando le informaron que pasaban a la clandestinidad.

Esta vez su madre se resiste a abrirles la puerta, pero los militares la fuerzan y entran. A su padre lo hacen levantar de su propia cama a punta de fusil, quien en ese momento dormía con el velador encendido. Lo mismo hacen con su hija. Se retiran poco después. El operativo estaba a cargo nuevamente de Pappalardo pero también del capitán Ferreti, quien había dirigido un operativo en la fábrica IMA (Industria Maderera Ayacucho) de la que el padre de Bruggi era dueño.

Luego de que se suceda el segundo allanamiento, la familia de Bruggi empezó a dudar de todo. Creyeron conveniente no utilizar el teléfono,

porque era casi seguro que estaba intervenido, y sospecharon de posibles informantes locales, incluso de un vecino referenciado en la policía de la ciudad. Es que los militares tenían demasiada información y se empeñaban con encontrar a la pareja en Ayacucho.

Prueba de esto fue cuando luego de su último encuentro con Marta y Carlos en Mar del Plata, la familia sufriera el último allanamiento en su casa. Nuevamente personal del ejército irrumpió en su domicilio, pero esta vez fue mucho más corto, llevándose solamente una fotografía de Carlos –de cuando había egresado en la escuela secundaria- y la dirección de una pensión estudiantil en La Plata, en donde se encontraban viviendo varios jóvenes de Ayacucho.

La información coincide con la brindada posteriormente por Marta Souza, amiga de Carlos, quien fue buscada en la ciudad luego de que los militares se lleven esa foto en la que posaba con su amigo durante el egreso. Y también tiene coherencia con lo relatado por otros testimonios, quienes afirman que aquella pensión platense anotada por los militares, fue posteriormente ametrallada y en la cual también se interrogó a una persona. Todo por la búsqueda de Bruggi.

La pregunta que cabe luego de conocer la historia completa es: ¿Cuánta responsabilidad tuvieron aquellos informantes locales en las desapariciones de Marta y Carlos?, quienes desde su trabajo silencioso pudieron señalar o alertar a las fuerzas armadas. Otro tema que seguramente debería inspirar una investigación profunda para terminar de conocer la verdadera historia de los y las desaparecidas de Ayacucho.

Le ofrecen la intendencia al padre de Carlos

Cuando el gobierno de Isabel de Perón estaba por caer en manos del golpe militar, Rubén Bruggi tuvo una visita un tanto inesperada a su casa. De un Falcon verde bajaron dos personas, una era miembro de una importante fábrica de aberturas en Mar del Plata y la otra un Capitán del ejército, de apellido Tejeda. Bruggi creyó que se trataba de una emboscada, pero cuando entendió que las personas solo querían hablar, los invitó a pasar. Allí el hombre uniformado, al cual Bruggi definió como “muy amable y afectuoso”, no anduvo con vueltas y le dijo directamente por qué estaban allí: Querían que él fuese el próximo Intendente de Ayacucho, cuando el golpe militar se hiciera de todo el poder en el país.

Rubén en ese momento era el dueño de la Industria Maderera de Ayacucho, una de las fábricas más importantes en la zona. Y si bien su rol en la fábrica lo vinculaba permanentemente con hombres que estaban relacionados al futuro golpe de Estado y posterior genocidio, nunca le habían ofrecido tal cosa. Evidentemente las fuerzas armadas confiaban en un tipo con las características de Bruggi.

Rubén Bruggi dice que en ese momento pensó en su hijo, quien ya estaba inmerso en la militancia clandestina y asechado por las hordas de la Triple A. Eludió al Capitán diciéndole que tenía que pensarlo y que se tenía que ir de viaje en ese preciso momento, a inaugurar una sucursal de IMA en Balcarce. Pero el Capitán volvió a insistir días después y fue allí cuando

Bruggi le terminó diciendo que no aceptaba, pero que le recomendaba una persona para ese cargo.

—En esa oportunidad pude enterarme cuáles eran los planes para exterminar la guerrilla y a todos los que, en la insania que los envolvió, consideraban elementos peligrosos —admite Rubén en sus memorias.

Años después, luego de la desaparición de Carlos, Rubén Bruggi identificaría al mismo Capitán en un encuentro de folklore organizado por la Peña Ayacuchense, quien estaba sentado al lado del Intendente de por entonces. Bruggi pidió hablar con él a solas. El hombre lo volvió a saludar atentamente, pero Rubén esta vez quería pedirle un favor: Que lo ayude en la agónica búsqueda de su hijo. El Capitán Tejeda le dijo que haría todo lo que él tenía a su alcance, pero que debía comprender, porque había muchos casos igual que el suyo en el país.

El hombre jamás llamó o intentó comunicarse con Rubén.

Rechazos y culpas

La relación entre Carlos y su padre había sido inestable hasta su adolescencia. Rubén cuenta que su afición por la empresa a la cual lideraba le quitó tiempo y dedicación para su propia familia. La separación fue tan notoria, que alguna vez hasta una docente le recomendó que pasara más tiempo con su hijo. Hecho por el cual Rubén se culparía más tarde.

Sin embargo, se podría decir que en los últimos años de Carlos, la relación de ambos se fortaleció. En cada oportunidad que se veían, charlaban horas y horas, confesándose sus miedos y sueños. Como cuando Carlos le expresó cierto deseo de abandonar la lucha, pero al mismo tiempo se lo veía muy comprometido. O como cuando también le dijo a su padre que fantaseaba irse a vivir a una provincia del interior.

Rubén incluso recuerda que durante el último encuentro con su hijo en Mar del Plata, él se estiraba en el asiento del auto, ponía su cabeza sobre sus rodillas y le pedía que le resacara el cabello, como cuando era niño.

Carlitos era eso, un subversivo, que quizás hasta pudo haber combatido disparo contra disparo, fusil contra fusil, pero al mismo tiempo fue un joven que celebró la vida con cierta picardía y ternura.

El padre de Bruggi escribió un documento en memoria de su hijo y a pocos días de la muerte de la única hija que le quedaba, Marta Susana Bruggi, de 28 años de edad. En él relata, en forma de catarsis, los sufrimientos, las culpas y las alegrías durante la vida de Carlos.

La familia de Marta, por su parte, no tuvo una actuación reivindicatoria de la militancia de su hija. De lo poco que se conoce, no fueron cercanos a las ideas revolucionarias de Montoneros, así como tampoco de la decisión de la joven en ser parte de ella. Menos aún de su relación con Carlos, a quien algunos lo vieron como la persona que “echó a perder a Marta”.

Varios testigos relatan cuando en medio de una muestra fotográfica de los desaparecidos de Ayacucho, el padre de Marta arrancó con violencia una foto de Bruggi frente a las miradas de todos.

Odios, rechazos, culpas, una maraña de sentimientos que no pueden ser juzgados cuando lo que se pierde es una hija o un hijo. Un hermano,

una hermana, un compañero o compañera. Un ser humano, que vivió y que ahora está desaparecido.

Generación desaparecida

Marta Susana Blanco, 21 años. Una mujer que acompañó a Carlos en la lucha, o bien fue otra militante decidida que quedó opacada por la referencia política de su marido. Joven, cálida, sencilla, hermosa. Capaz de convertirse en la madre sustituta de un pibe que perdió sus padres en manos de los milicos asesinos. Una persona de la que se tiene que saber mucho más, para borrar los nubarrones en una historia de la que nunca es preferible el silencio. De la que siempre es mejor la verdad. La Memoria.

Carlos Alberto Bruggi, 22 años. El alegre del curso en la escuela, el que se animaba a disfrazar. El que a los dieciocho años se fue de mochilero junto a Luis Ilarregui a Foz de Iguazú. Decidido, predispuesto a la acción. Exuberante, discutidor. Odiaba sus cabellos crespos, sufría por su River Plate que no salía campeón. El que en una de las últimas visitas de sus padres, tomaba pastillas para los nervios, porque no aguantaba volver a separarse. El que jugaba con su perro como si fuera un chico. El que se jugaba la vida por las ideas de una sociedad más justa, igualitaria, fraternal. El que como decía el Che, se endurecía para la lucha pero sin perder la ternura.

Dos más de Ayacucho, dos personas más que alguna vez fueron raptadas y ya no supimos más sobre ellos. Quienes con todos sus errores e inexperiencias, fueron protagonistas de uno de los momentos más revolucionarios y violentos de la historia argentina.

Los dos, con un niño. Juntos.



SERGIO PASCUAL SIMONETTI.
DESAPARECIDO



COMO UN TREN

Pascual baila de blanco bajo la “luz negra”. Todo su cuerpo está iluminado y sobresale frente al resto. A penas se le ve el rostro, pero se lo distingue. Es como una nube plateada en una noche de verano. Está solo, en este boliche ubicado en calle A. Del Valle llamado “Esquirós”. “Está loco”, piensan algunos. Porque muchos sabían que a él ya lo estaban buscando.

- Cumpa ya pasé a la clandestinidad.
- Sí, ya sé, ya me contaron.
- Bueno, vengo a que hagas lo mismo.
- No puedo.
- Está bien...Pensalo.

“Me dio un beso y se fue”, relata Roque Frayderena, quien tuvo esa última charla con Simonetti aquella noche, en la cabina donde se pasaba música.

Ir “a fondo”

Con tan solo 19 años toma la decisión de continuar la militancia en la ciudad de La Plata, donde además de pertenecer a la organización Montoneros, se inscribe a la carrera de Ingeniería y trabaja como ayudante de conductor en el Ferrocarril Roca y también como foguista en Tolosa. Es el más joven de la camada militante de Ayacucho. Se llama en realidad Sergio Orlando, pero le dicen “Pascual” o “Pascualito”, por ser ese el nombre de su padre, con quien de todas formas choca constantemente desde chico.

Este, le obligaba a cortar el pelo, a él y también a sus amigos. Algunos afirman que su mal carácter puede haber sido producto de una úlcera en el estómago que lo maltraía todo el tiempo.

Tal era el conflicto, que durante los primeros años de su juventud logra escaparse de su casa y acudir al domicilio de una ex profesora en la ciudad de Dolores. Una docente que sin dudas había marcado a Pascual. Luego el joven volvería a su hogar, pero ya había demostrado que era capaz de cualquier cosa.

Todos los que lo conocieron lo definen como un pibe peticito, que fumaba cigarrillos Parliament y tenía una cara aniñada. Pero sumamente decidido, con actitud, propio de una generación sin miedo.

—Intellectualmente iba a fondo, con las mujeres iba a fondo y con la lucha también iba a fondo. Por eso le habíamos apodado torpedo —cuenta Roque, uno de sus amigos de escuela y militancia.

Luis Ilarregui, vecino y otro de sus más cercanos amigos, cuenta que Pascual se apareció un día con 30 documentos de identidad en blanco que había robado del Registro Civil en La Plata. “Tenía 19 años pero hizo una operación él solo. Me los dio y me dijo ‘entrégaselo a la organización’. Iba muy apurado, era así, era su personalidad”, recuerda Luis.

Su padre, Pascual Orlando, no estaba en sintonía con las ideas revolucionarias de su hijo, pero sí pudo alcanzar a avizorar un futuro cercano con

mucho olor a muerte. Fue así como les ofreció tanto a él como a su amigo Luis, exiliarse del país y comenzar una nueva vida. Fue en un bar de Constitución a fines de 1976.

—Nos dice que él vende la casa, pero que nos vayamos. Nosotros ni locos pensábamos en irnos del país, porque nosotros queríamos combatir —explica Ilarregui.

Pascual no se va, se queda, y prácticamente comienza su verdadera militancia en La Plata. Sus compañeros de lucha fueron los propios de Ayacucho: José Martínez y Luis Ilarregui, con quienes más se veía.

Compañero fiel, a tal punto de poner en riesgo su vida, llevándole encomiendas a Carlos Bruggi desde Ayacucho, cuando este ya estaba en la militancia clandestina.

Pascual consigue vivir en una pensión de estudiantes ubicado en la calle 50 entre 6 y 7, aunque también hay registros de que compartió una casa con Martínez, cerca de la estación de trenes. En aquella pensión, convivieron alrededor de treinta personas, muchos de los cuales eran militantes como él. Algunos de los que compartieron aquel ámbito recuerdan a un particular integrante del ERP, conocido como el “Flaco” Milanese, quien cocinaba pastas para todos los días domingo. La idea era unir al grupo, pese a las diferencias políticas que pudiesen existir ahí dentro. A pesar de eso, a Pascual no se lo veía mucho porque casi siempre llegaba tarde, si no era por militancia, era por su trabajo en el ferrocarril.

Un día en otra pensión donde vivía Luis, los militares entraron a la fuerza y realizaron un allanamiento sin éxito. Ninguno de los buscados estaba en esa casa. Sin embargo, Luis cuenta que por pura suerte no se llevaron un mimeógrafo que tenían para la producción de volantes de la organización. De todas formas aquel episodio bastó para que Pascual y Luis se separaran. Él se fue para Buenos Aires y Pascual a vivir con José Martínez, con quien algunos afirman que terminó desapareciendo.

Vienen a avisarle a la familia

En una tarde de enero, un Torino estaciona cerca de la casa de los padres de Simonetti, en calle Arroyo y Solanet. Del auto baja una mujer, joven, y con expresiones algo nerviosas. Dentro del Torino espera un hombre mayor. Nené y Pascual Orlando abren juntos la puerta. La mujer entra. Una vez dentro, les dice que su hijo ha sido detenido, que presenten un Habeas Corpus. Los padres no saben qué hacer.

Ella solo viene a avisarles, pero el padre de Pascual —quien siempre temió lo peor— culpa a la joven de la detención de su hijo y le cierra la puerta con llave, no la deja salir. Dice que va a llamar a la policía. La mujer llora. Le ruega que no lo haga, le explica que ella viajó solo para avisar, que está su padre esperando afuera. La madre de Pascual, Nené, es la que le hace entrar en razón al hombre y la terminan dejando ir. La joven es Susana Pegoraro, la pareja de Rubén Bauer, quien finalmente desaparecería en junio de ese mismo año.

De la desaparición de Pascual hay dos versiones. La primera es la que aparece en algunos registros, donde el joven habría sido secuestrado en su

propia casa por personal civil, en la pensión de calle 50 N° 567, La Plata. Sin embargo algunos de sus compañeros de militancia y amigos sostienen que hay posibilidad de que a Pascual lo hayan detenido en una pinza militar cuando iba en moto con José Martínez, otro oriundo de Ayacucho.

Para sumar aún más incertidumbre, algunas personas que vivieron con él en una pensión ubicada en el barrio Hipódromo de La Plata, creen que Pascual pudo haber sido capturado el día en que se realizó un allanamiento militar en esa misma casa. Ya que algunos, como Juan José Magaldi, sostienen que “Pascual estaba en la pensión en el momento del operativo”. Lo que no se sabe es si el joven fue interceptado allí mismo, o logró escapar esa vez, para desaparecer días más tarde.

Algunos de sus conocidos afirman que Pascual “no tenía peligrosidad”, que su militancia era muy corta, que fue una “salvajada lo que hicieron los milicos”. El 14 de enero de 1977 fue la última vez que lo vieron. Había cumplido 20 años apenas diez días antes.

La voz de Pascual en los sótanos de “la cacha”

Su padre realiza una denuncia en la comisaría de Ayacucho el 10 de marzo del mismo año. Allí le dicen que no podían hacer nada, porque no pertenecían a la misma jurisdicción que la de La Plata, que se dirija a esa ciudad. Pascual Orlando lo hace, viaja a la capital provincial, presenta un Habeas Corpus en Tribunales, a escasos metros del domicilio de donde supuestamente su hijo había desaparecido. Dos días después le informan que Pascual no se encontraba en ninguna dependencia policial de la Provincia. Su padre no puede parar, necesita seguir intentándolo, no soporta el peso inmenso de lo que no está en ninguna parte, de lo que inexplicablemente desaparece. Su hijo, necesita a su hijo.

Acude al Ministro del Interior, Albano Harguindeguy, y le envía una carta. Sin saberlo, le escribía a uno de los “cerebros de la dictadura”, quien controlaba amplias zonas del país y planificaba secuestros y matanzas, entre ellas, el asesinato del obispo Enrique Angelelli. Harguindeguy moriría en 2006 sin recibir condena.

Presenta otros habeas corpus en la Corte Internacional de Derechos Humanos, pero sabe que solo le quedaba un intento para saber realmente dónde estaba Pascual: Hablar con el mismísimo Ibérico Saint Jean, por entonces Gobernador de facto de la Provincia de Buenos Aires, quien tenía un campo a las afueras de Ayacucho.

Algunos testimonios confirman que el padre de Pascual se acercó a ese lugar y tuvo un encuentro con él. Completamente desesperado, acudiendo al enemigo, quizás a la persona responsable de la desaparición de su propio hijo. Si la reunión existió, no es difícil imaginar la respuesta de un represor con la talla de Saint Jean, quien ese mismo año había pronunciado un discurso que decía: “Primero mataremos a todos los subversivos, luego mataremos a sus colaboradores, después a sus simpatizantes, enseguida a aquellos que permanecen indiferentes y, finalmente, mataremos a los tímidos”.

Sin embargo, cuando ya todo era agonía, apareció un pequeño respiro. En junio del 77 se encuentran con un joven llamado Daniel Lázaro López,

oriundo de Chascomús, quien dice haber estado con Pascual Simonetti en un Centro Clandestino que no reconoció, pero que por las características mencionadas se intuye que pudo haber sido “La Cacha”.

López les indicó que habían estado en un sótano, lo cual existió en ese Centro Clandestino, y que alcanzó a cambiar unas palabras con otro joven que le pidió que le avisara a su familia si él salía de ahí.

—Soy Pascual Simonetti. Si salís avisale a mi familia. Soy de Ayacucho.

López, apodado “El pampeano”, había sido detenido el 11 de febrero de 1977, cuando Pascual ya llevaba un mes secuestrado. Lo liberaron el 22 de ese mismo mes en las cercanías del cementerio de La Plata. Según el testimonio de Luis Illarregui y Rafa Pérez, López le contó la conversación que había tenido con Pascual a una persona cercana a la familia, quien posteriormente salió desesperada a encontrarse con el joven liberado. Pero cuando llegaron, López se negó a hablar por miedo. Si lo habían secuestrado una vez, lo podían hacer dos veces. Sus verdugos le habían enseñado que literalmente eran los dueños de la vida.

Con la vuelta de la democracia de la mano de Raúl Alfonsín, en junio de 1984, el padre de Pascual declaró en la recientemente conformada Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP). Pero nada avanzó en la búsqueda de su paradero.

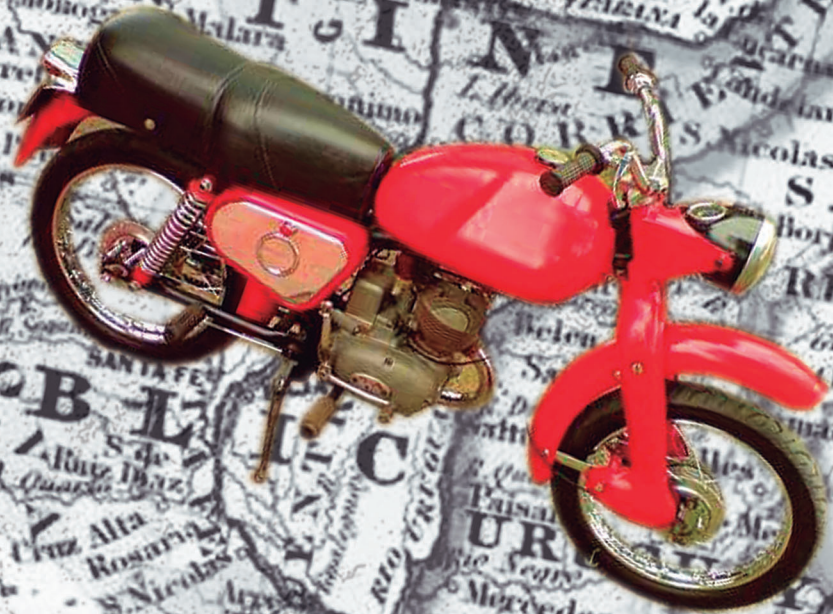
Su padre se terminaría suicidando años después. Algunos creen que los indultos a los militares decretados por Menem lo empujaron a una depresión de la que no pudo salir.

El lado que brilla

¿Qué pasaba en esos años para que un joven que había nacido en un hogar donde no faltaba nada, se comprometiera con los más humildes? ¿Cuáles fueron los embrujos de pasión y sueños que llevaron a que un integrante del Rotary Club se volviera Montonero y compartiera una lucha pesada?

Pascual iba al frente, era como un tren, como uno de esos trenes en los que trabajaba. Le gustaban las mujeres, el fútbol, los amigos. Cuántas cosas humanas no vieron los represores, cuanto tuvieron que mentirse para creer que estaban en medio de una guerra, que estaban combatiendo a la subversión, que los que mataban ni siquiera eran personas, porque se les asignaba un número en los Centros Clandestinos. Cuanto horror y odio hubo de un lado y cuanto viento fresco de juventud y cambio social hubo del otro. El lado que ahora ya no está, pero que palpita, expectante.

JOSÉ MARTINEZ
DESAPARECIDO



ESE ES JOSÉ

La moto de José atravesó toda la Plaza Moreno para poder escapar de la encerrona militar. La plaza principal de la ciudad de La Plata, con su Catedral enorme de testigo, vieron pasar veloz a la chopera vieja de Martínez, eludiendo a personas y árboles. Quizás la misma moto con la cual sería detenido junto a Pascual Simonetti, tiempo después.

Juan Martínez es su hermano mellizo. Con él charló por última vez en la Villa, pero las últimas palabras de su hermano las escuchó por teléfono, cuando José lo llamó mientras él estaba detenido.

—José, ¿Por qué no salís? Tenés a un hijo y va a nacer otro. Pensá en ellos —le reclamó Juan.

—Justamente, esta pelea no es para mí. Por ahí tampoco para mis hijos, pero sí para mis nietos —le respondió tajante su hermano.

Eso hablaban José y Juan una noche en Villa Aurora, con mortadela en la mesa y una damajuana de vino en el piso. Juan por mucho tiempo no entendió aquella decisión de José de seguir militando. Ahora, desde la distancia, comprende que su hermano tenía una conciencia mucho más firme, la cual había adquirido en la militancia realizada en La Plata. Experiencia que Juan no tuvo porque hizo la colimba y además estuvo detenido varios meses por desertor.

A José le decían el “chivo”. “Era muy activo, inquieto, curioso, chusmo”, describe su hermano. Duro para la escuela, porque no tenían constancia. Camorrero: Tuvo que ser cambiado de una escuela a otra debido a sus peleas. Pero solidario: Si tenía cien pesos, repartía noventa y se quedaba con diez. Había nacido en un barrio humilde, a las afueras de la ciudad.

José el humano, el que de joven salía a los boliches y le hacía pasar malos momentos a los radicales. Pero también el joven heroico, que aun sabiendo lo que se jugaba con su militancia, siempre siguió para adelante.

En Ayacucho, trabaja en la misma empresa constructora en la que estaba Rubén Bauer y otros compas, en el recién levantado barrio 25 de mayo, y era un militante más en Villa Aurora.

Junto a su mujer, Graciela Goroso, y primer hijo, Walter, se van para Mar del Plata y vive un tiempo allí. Una tarde, José llegó a su casa y le ordenó empacar rápido a Graciela: “Nos volvemos para Ayacucho”, le dijo, mientras ayudaba a guardar. Las preguntas de su mujer fueron en vano, recién arriba del tren con destino al pueblo, José le pudo dar una explicación a Graciela.

—Cayó Cristina. Nos tenemos que ir o nos van a matar a todos —le explicó secamente.

Graciela no sabía cuál era la actividad de su marido. De hecho estaba más cerca de creer que él la engañaba, porque siempre llegaba tarde a su casa o incluso a veces se ausentaba unos días. Pero José le sinceró esa tarde en el tren su militancia en Montoneros, le explicó que estaba en la lucha armada, que soñaban con un país distinto. Graciela le preguntó si él había matado a alguien, José le dijo que no, pero que en la organización había jefes y ellos obedecían órdenes. Ella le siguió preguntando, por qué no salís,

le dijo. “Una vez que entrás, no podés salir”, le contestó.

—Lo hago por mis hijos —le susurró José, desde su ajetreado asiento.

Se salva por un cuñado policía

Cuando sale el sorteo para la colimba, ninguno de los mellizos quiere hacerla, pero le toca a Juan, y José aprovecha para dedicar todo ese tiempo a la militancia. Esos seis meses marcarían al “chivo” en conciencia y formación política, a tal punto que decidió continuar la lucha en otra ciudad y dejar a su mujer y dos hijos en Ayacucho.

Después sigue los pasos de Rubén, Pascual, Carlos y Susana, y se instala en La Plata.

La última vez que Graciela vio a su pareja fue en la terminal de tren de Ayacucho. Lo acompañó con Walter, que tenía tan solo tres años. Ella estaba embarazada y no aceptó irse de nuevo con José. Tenía mucho miedo por sus hijos. Él les dio un beso, se subió cuando el tren ya movía, y no lo volvieron a ver más. Hacía poco que el joven había cumplido 23 años.

Más tarde se enteraron que cuando José arribó a Constitución, los milicos lo detuvieron mientras él hablaba por teléfono. Sin embargo José recordó en ese momento que tenía un cuñado policía en la ciudad y se las ingenió para inventar que justo estaba llamando a esa persona. Cuando los uniformados corroboraron ese dato, lo dejaron libre. José finalmente acudió a la casa de su hermana y de su cuñado policía y se quedó ahí alrededor de quince días. Luego se dirigiría para La Plata, su último lugar del que se tiene registro.

Llorando en una habitación ajena

A partir de octubre del 76, las fuerzas armadas empezarán con los allanamientos en Ayacucho, de la cual fueron víctimas varias familias, como los padres de Carlos Bruggi, así como de militantes, como en el caso de Teresa Tiani –quien fue interrogada y posteriormente controlada por los militares- como también los secuestros de Angélica de Bauer y el “Chuleta” Martínez, hermano de Juan y José.

Graciela recuerda cuando los militares cayeron a su casa. Los hicieron poner a todos contra la pared y señalaron a su hijo Walter, “ese es el hijo de Martínez”, dijeron, conociendo cada detalle. Graciela no permitió que le hicieran nada, pero se la llevaron a ella. La subieron en el asiento trasero de un auto, en medio de dos hombres. “Si no entra, la ponemos en el baúl”, bromeaban, porque Graciela ya estaba embarazada de su futura hija.

La llevan a la casa de Angélica de Bauer, que ya había sido allanada y servía como bunker militar. En su interior identifica al hermano de José, el “Chuleta”, que estaba también detenido. A ella la ponen en una pieza aparte. Graciela llora y no entiende absolutamente nada de lo que estaba pasando. Después de unos minutos la traen a Angélica, le preguntan si la conoce. Graciela responde que sí, que solo de vista. Los milicos la increpan a Angélica, le dicen que ella había mentido. Angélica responde que no, que

también había dicho que Graciela era solo una conocida.

Graciela había sido llevada ahí porque los militares tenían la información de que ella recibía ropa y comida de José. Era la propia Angélica la que recibía las encomiendas y se la llevaba a su casa. Pero ella no sabía más sobre su pareja, solo que él había partido para Buenos Aires hacía poco. Nada más.

—Bueno, ¿Y qué hacemos con esta? —preguntó uno de los uniformados, por Graciela.

—No sé... ¿Qué hacemos con vos? No, a esta no la vamos a llevar, mirala como está —respondió con desprecio otro.

Lo que Graciela comprobó ese día es que la decisión de ser secuestrada y posteriormente, ser una desaparecida más, pendía del criterio más espurio de los militares. Ese día ella zafó, pero también podría haber sido tabicada, subida a un auto y arrancada de su vida para siempre. No había criterio alguno.

A la mujer la liberan, un hombre de apellido Gigena la devuelve a su casa. Esa misma noche Angélica sería secuestrada y llevada a Mar del Plata.

“Me voy para Brasil”

Pero el 22 de octubre tuvo más detenciones, esta vez en la Villa. Luego de escuchar cierto alboroto, Juan salió a la calle y encontró a “Chule” y Alejandro Bauer en el asiento trasero de un Falcon. Estaban detenidos. Alejandro vio a Juan y le hizo señas para que se vaya. Juan corrió, subió a un paredón, salió por un baldío lleno de cardos, siguió corriendo y atravesó otro terreno de algún vecino, para finalmente subir de nuevo una pared y salir por el otro lado de la cuadra. Cuando cayó al suelo escuchó al instante el sonido de las armas cargadas, que lo apuntaban y estaban listas para matar si daba un paso en falso. Le preguntaron si él era José, él respondió que no, que Juan Apostol se llamaba. De todas formas lo detienen, cuando averiguan que era un desertor del servicio militar.

A Juan se lo llevan, según sus propias palabras, “como si fuese un criminal”. Lo pasean por el centro de la ciudad con dos camiones militares, tres móviles, y presencia de la policía local. Todo un espectáculo para justificar la tan famosa “lucha contra la subversión” que proclamaban los jefes de la dictadura y se difundía por todos los medios cómplices. Pero los militares habían ido en realidad por su hermano, José, quien hacía unas semanas había viajado para Buenos Aires.

Juan cuenta que fue llevado al edificio Libertad de capital y posteriormente trasladado a la fábrica de reparación de barcos llamada Tandador, que estaba a pocos metros del edificio y la cual increíblemente funcionó como Centro Clandestino de Detención, ya que el joven estuvo cuatro meses y dieciséis días esposado en una cama.

Recuerda como a mitad de la noche, lo despertaban violentamente y le preguntaban: “Dónde está tu hermano, dónde está tu hermano”. Pero Juan no sabía mucho más.

Un sábado de febrero de 1977, supone entre el día 22 y 23, Juan recibió un inesperado llamado. Su situación ahora era distinta. No se encontraba

en libertad, pero al menos realizaba tareas y no estaba atado a una cama. “De parte de un primo”, le dijeron, mientras iba hacia el teléfono.

—Soy Carlos, me voy a Brasil. Si consigo pasaje me vuelvo a comunicar —dijo una voz conocida.

—Bueno... Que te vaya bien, tráeme algún regalo. Y sino teneme al tanto —le respondió Juan, al mismo momento que pensaba otras mil cosas.

Juan lo supo, era su hermano José. Lo había identificado desde un comienzo y no pudo decirles mayores palabras porque sabía que las comunicaciones estaban intervenidas. Esa fue la última vez que pudo escucharle la voz a su hermano mellizo. Esa fue su última charla. Tan banal y corta como esa.

Sin embargo, a Juan le quedaría la duda de si realmente él se iba para Brasil, o aquella era solo una forma de despedirse.

—En el momento no le creí, pero después me enteré que muchos se estaban exiliando, pero creo que fue más una expresión de deseo que otra cosa, porque si él se hubiese ido habría tenido algún tipo de contacto con nosotros. Pero desde el 83 que vuelve la democracia hasta el día de hoy no hemos tenido contacto —comenta Juan.

La carta

Tiempo después de que los militares siembren el miedo en Ayacucho, Graciela fue visitada por una pareja adulta que venía en un auto. Le preguntaron si ella era la mujer de José y al instante Graciela respondió asustada, diciendo que no tenía nada que ver. Pero en realidad ellos eran dos compañeros de su marido. Le mostraron una carta. En ella José le había escrito que se quedara tranquila y que confiara en la pareja. Que la iban a llevar hasta donde él se encontraba, pero que no podían decirle nada.

Graciela lo pensó. Pero terminó rechazando la posibilidad de encontrarse con José. “Tenía miedo más que nada por mis hijos, si hubiese estado sola, iba”, dice.

Mucho después, Graciela supo que José había llamado a su primera casa, donde los militares habían arribado con violencia. Allí atendió la hermana de Graciela, quien le pidió que no volviera a llamar por temor a un nuevo allanamiento. Lo que finalmente sucedería, esta vez destrozando todo en su interior.

Te veo en la ESMA

¿Qué habrá determinado en el pensamiento de José para dejarlo todo por la militancia?

En Ayacucho, al igual que sus compañeros, eran mayores las posibilidades de ser delatado y detenido. Pero por otra parte, él dejaba una familia entera en el pueblo.

Walter Martínez es su primer hijo. Él recuerda poco de su padre, de modo que Juan se ha convertido con los años en la persona que más le pudo contar sobre su papá. Desde su aspecto físico hasta cómo era perso-

nalmente.

Las ganas de conocerlo lo llevaron a interesarse en su actividad política, y fue así que un día Juan decidió llevarlo al edificio de la ex ESMA (Escuela Mecánica de la Armada) para que conociera más sobre la militancia de los 70' y sobre los desaparecidos.

Después de recorrer un poco, ambos se acercaron a un extenso mural con miles de fotos. Todos rostros, todos desaparecidos. Walter buscó a su padre en silencio. Juan, que ya lo había visto, esperó a que él solo lo encontrara. Quería ver si podía identificar a su viejo.

Después de un buen rato, Walter le preguntó a su tío si ese que estaba ahí era José, su padre. Juan le dijo que sí. Aunque le costó admitir que esa foto en blanco y negro de un hombre con bigotes, sea realmente su hermano, porque José había sido mucho más. Un amigo, un compañero, un militante, un plaga, un buen tipo.

Walter tenía los ojos llenos de lágrimas. Ese día sintió que había descubierto a su padre.

El vidente dice “al norte”

En el año 1985, cuando ya los ecos de la dictadura se estaban disipando, Juan y su hermana decidieron reanudar la búsqueda de José. No fueron por los caminos conocidos, dejaron de lado los habeas corpus y los formalismos legales que nunca llevaban a nada, y probaron con un vidente. Juan no creía demasiado, pero su hermana le insistía.

Fueron tres encuentros. El primero fue para que el vidente conozca la historia de José: Quién era, cuántos años tenía, otros datos más. En el segundo encuentro, el especie de adivino les pidió que llevaran un mapa de Argentina. El hombre lo abrió, puso sus dos manos encima y marcó la provincia de Formosa. Les dijo que en el tercer encuentro les iba a dar una indicación más precisa sobre el paradero de José. Fue así que en la última cita, el vidente les aclaró que su hermano estaba a 120 kilómetros arriba de la provincia.

Juan quedó atónito y preguntó: “Sí, pero dónde. ¿En Paraguay, Bolivia o Brasil?”

Nunca volvió a confiar en un vidente, pero Juan admite que de todas formas le quedó la duda, cuando volvió a recordar aquella última conversación con José por teléfono. “Me voy a Brasil”, había dicho. Pero ahora no se explicaba por qué su hermano no intentaba comunicarse con la familia, habiendo pasado tantos años. “No es posible”, pensaba Juan.

Para más incertidumbre, la propia Angélica de Bauer y su hijo Hugo, confirman haberlo visto posiblemente en enero de 1977, en una parada de colectivos de Necochea. Ellos cuentan que el muchacho estaba sentado en la última fila, del lado de la ventanilla del ómnibus. Él los miró, les abrió sus ojos, pero no saludó.

Esa es sin duda otra de las incógnitas que todavía no se resuelven. ¿Qué hacía José en esa ciudad en una fecha tan cercana a su desaparición?

Un desaparecido es alguien que no está muerto y que tampoco llega

¿Cuál fue el destino entonces de José? Hace unos años, Graciela y Juan fueron a declarar en un juicio en Mar del Plata, en donde les afirmaron que el joven había estado en la ESMA. Esa era una información que ellos no conocían y de la que se estaban enterando en ese mismo momento. Graciela también tuvo que identificar al personal militar que actuó en aquella tarde cuando la interrogaron y la llevaron a la casa de Angélica.

A pesar de la versión judicial, hace poco a Graciela le dijeron que José podía estar vivo y que había posibilidad de que la visite. Ella no supo que decir, la idea sonaba fantasmagórica, pero un costado suyo se animó a creerlo y de esa forma, lo esperó. Lo esperó para que conociera a sus hijos. Lo esperó mucho tiempo, pero José nunca llegó.

—Cuando me dijeron que lo habían agarrado en moto junto a Pascualito, dije: “Sí, ese es José” —cuenta su hermano, con una leve sonrisa.

Por mucho tiempo, Juan soportó en silencio la ausencia de su hermano. Al comienzo, Ayacucho —como tantos otros lugares— fue un nido de cuestionamientos dolorosos. Ahora Juan no calla más.

“Para mi sigue siendo un desaparecido. Pero cuando cumplo años, siempre voy al cementerio como a recordarlo, porque los dos nacimos el mismo día: 21 de junio”.



GRACIELA IZURIETA
DESAPARECIDA

Eficaz Acción Antiextremista en la Ciudad El Ejército Dio Muerte A Otros Dos Subversivos



José Luis PEPALTA

Cuerpo y de la Policía Federal —entre ellas, el comisario Carlos Baldorino, asesinado por extremistas hace ocho días en la Capital Federal— suministraron la nómina de 30 prófugos en vinculación con la causa por penetración marxista en la UNS, entre los cuales figuraba Peralta, argentino soltero, de 24 años, "activista estudiantil".

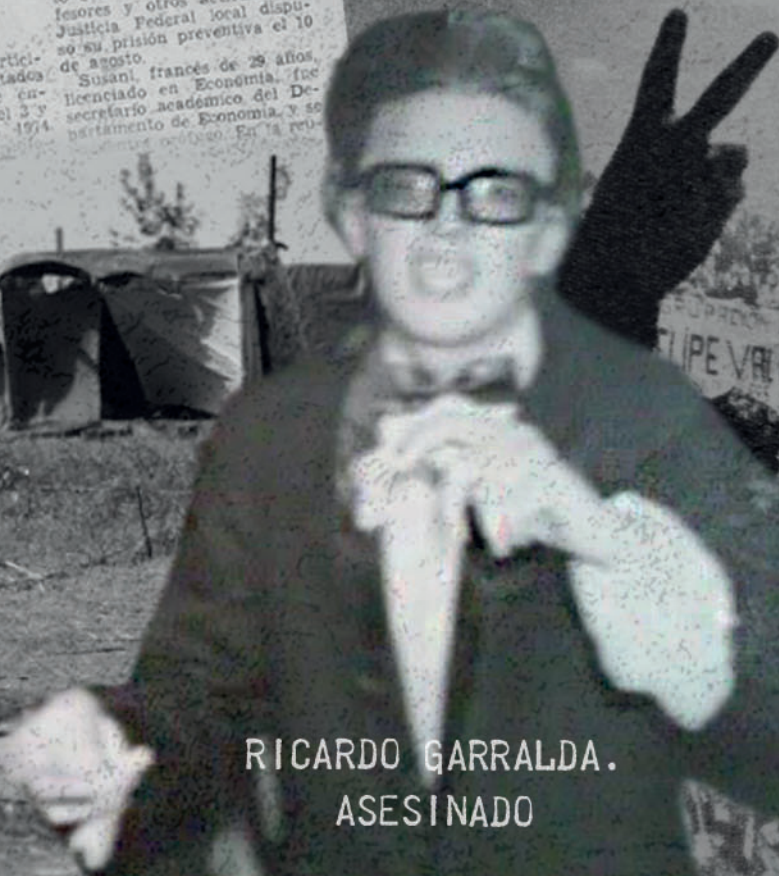
Peralta integraba —como lo dice el comunicado de ayer— con Tapalla y Susani la "mesa directiva" de la organización dentro de la Universidad. Tapalla, de 26 años, casado, es licenciado en Economía y se desempeñaba como profesor en la UNS. Detenido junto con una veintena de profesores y otros activistas, la Justicia Federal local dispuso su prisión preventiva el 10 de agosto.

Susani, francés de 29 años, licenciado en Economía, fue secretario académico del Departamento de Economía, y se desempeñaba como profesor en la re-

...dos delincuentes sub-
...sivos fueron abatidos en
...noche del sábado último
...efectivos del Ejército, lo
...
...declarada lie-
...ermimo.
...entrevista
...día 18 de
...adidamente
...Dorre-
...esta pre-
...en el
...e los
...se
...oportuni-
...tivos de
...deten-
...subver-
...vincula-
...ción. P-
...ar, cur-
...se por el fo-
...contra
...zas legales
...en y abati-
...delincuentes, am-
...os del sexo masculino.
...En la oportunidad, los ex-
...tremistas se resistieron em-
...pleando una pistola automá-
...lica calibre 11.25 milímetros,
...muertos
...que llevaban consigo: uno



EMILCE TRUCCO
ASESINADA



RICARDO GARRALDA.
ASESINADO

ÉL NO DEJÓ A SUS COMPAÑEROS

En los primeros días de octubre de 1976, el cementerio de Rauch se vio semi vacío. Se rumoreaba que iban a enterrar a un joven que había muerto en un enfrentamiento en Bahía Blanca. Se decía muy por lo bajo que él era Montonero. Muchos de los amigos de la familia no concurrieron al lugar por temor a que los compañeros del muerto aparezcan ese día para recuperar su cuerpo.

Pero Alberto Ricardo Garralda, de solo 24 años, había sido fríamente asesinado por el ejército, el 18 de septiembre de ese año, tan solo un día después de que fusilen a Cristina Coussement y otro compañero en la misma ciudad. La Justicia y los medios cómplices reprodujeron la versión de enfrentamiento que se hizo fuerte, sobretodo en lugares alejados de la verdadera represión, como en Ayacucho y Rauch.

—Yo no quería verlo a mi tío y mi madre me decía, “Sandra te vas a arrepentir”, asique lo vi dos segundos antes de que cierren el cajón y fue una impresión que no me olvido más —transmite Sandra Patalagoyti, la sobrina de Ricardo.

La mujer tenía doce años cuando lo mataron, pero recuerda que llevaba una venda en la frente, por el tiro de gracia que le habían dado luego de ejecutarlo.

Un rubio plaga

El joven nació en Ayacucho un 11 de diciembre de 1951, pero la familia dice que fue por una circunstancia, ya que ellos en realidad vivían en un campo de la ciudad vecina de Rauch. Es por esto que Ricardo hizo gran parte de su infancia en esa ciudad y posteriormente vivió en Tandil. Su padre murió cuando Ricardo era un niño y su madre, Mercedes Campos, tuvo que arreglárselas como pudo con dos hijos.

De Ayacucho tuvo solo recuerdos de parientes a los que venía a visitar para cumpleaños o casamientos, pero nada más.

Los más cercanos a Ricardo lo definen como una persona muy renegada, con un carácter fuerte, capaz de llevarse a cualquiera por delante. Quizás por eso uno de sus apodos fue “el gruñón”. Pero también es recordado como alguien muy desprendido de lo material, al punto de no aceptar parte de la herencia de la familia.

Se peleaba constantemente con su tío, a quien lo definía como un “oligarca”, por su pensamiento conservador y derecho. Pero así como tuvo conflictos con su familia, también chocó una y otra vez con docentes de la escuela secundaria, especialmente con una profesora que jamás lo aprobó y Ricardo tuvo que pedir el pase de la materia para terminar el secundario en La Plata.

Parte importante de su militancia la hizo en Mar del Plata, ciudad en la que vivió junto a su madre durante toda su adolescencia. Ricardo se entusiasmó como miles de otros jóvenes más, con la idea de un cambio tras-

cidental que pudiera cambiar la realidad del país, una energía compartida por millones que apuntaba a esa tan ansiada e idealizada Patria Socialista. Es así que empieza a integrar la Juventud Peronista de la ciudad, haciendo trabajos de base en el barrio “El Martillo”. Allí conoció a su primera mujer, Emilce Trucco, una joven pampeana que estaba estudiando psicología en la ciudad “feliz”.

Según amigos y testigos, Ricardo era “un rubio plaga”. Una vez, cuando Montoneros ya había pasado a la clandestinidad, el joven estaba repartiendo unos volantes de la organización en las calles, cuando vio que la policía se aproximaba. Como le quedaban muy pocos y tampoco creyó convenientes tirarlos al suelo por temor a que lo encontraran, Ricardo se metió los papeles a la boca y literalmente se los comió. Así zafó de una posible detención.

Su madre también recuerda el festejo de su hijo cuando ejecutaron al General Pedro Aramburu, primer hecho público de Montoneros y por el cual se hizo conocido este movimiento político-guerrillero: “Lo bajamos vieja, lo bajamos”, decía. Haciéndose parte de una acción de la que no había sido partícipe, pero que vivía como un hecho de justicia indiscutible.

“Mataron a tu tío”

El 24 de marzo de 1976, Sandra cumplía 12 años. Para ella, la foto de ese día fue su madre llorando en la cama, diciendo una y otra vez “Pierdo a mi hermano, pierdo a mi hermano”. A pesar de que la familia de Ricardo vivía en el campo, la sensación de terror llegó a ser tan espesa que la ingenuidad no podía ocultarse en ninguna parte. En todo el país se sabía que los militares habían llegado para terminar con lo que había comenzado la Triple A, en un primer capítulo del terrorismo de Estado.

En el último encuentro que ella tuvo con su hijo en Mar del Plata, la madre de Ricardo le pidió por favor que se fuera del país, como tantos otros padres de esta historia hicieron. Pero el joven, también al igual que muchos otros, había tomado una decisión indeclinable: Quedarse a luchar.

—No dejo a mis compañeros ni loco —le contestó aquella vez.

Cuatro meses y dos días después del golpe militar, Ricardo y su por entonces mujer, Graciela Izurieta, son secuestrados en su domicilio de Bahía Blanca, de calle 11 de abril al 300. Fue un 26 de julio, en un nuevo aniversario de la muerte de Evita Perón, ícono de lo más puro y combativo del peronismo. Según el relato de una vecina, personas vestidas de civil ingresaron corriendo al pasillo y luego de un griterío se llevaron detenidos a la pareja, quienes son subidos forzosamente a un auto en el cual sí había uniformados. Ambos fueron llevados al Centro Clandestino “La Escuelita”, el mismo centro en donde estuvo Cristina Coussement.

Su presencia se confirma a través de testigos que los vieron allí, como Alicia Mabel Partnoy, quien además describió que Graciela Izurieta estaba embarazada y que debió dar a luz entre enero y febrero de 1977.

En un comienzo, fue Emilce quien le avisó a la madre que el joven y su pareja habían sido detenidos. Pero luego de perder contacto con Ricardo durante dos meses completos, la familia se entera de su muerte por el diario

la Nueva Provincia de Bahía Blanca.

El artículo mentía que Garralda había aparecido “muerto en un enfrentamiento en una cita” frente a una escuela. Junto a él había sido asesinado José Luis Peralta, quien fue secuestrado en el mismo operativo en Mar del Plata, cuando se llevaron a Cristina.

Todos los temores previos se habían hecho realidad, pero a diferencia de un mal sueño, la pérdida de Ricardo se tenía que soportar a cada minuto, sin poder escapar de esa angustia aplastante.

En los primeros días de octubre la familia viaja a Bahía para entrevistarse con un militar que les había dicho que podía ayudarlos a encontrar a Ricardo, a partir de un contacto con un abogado de Rauch. De todas formas, el militar de apellido Pacelli, les había aclarado que “no pensarán que va a estar vivo”.

La hermana de Ricardo entró junto a su marido a reconocer el cuerpo del joven. El lugar era una especie de frigorífico, en donde el frío conservaba las fisionomías de la cercana muerte. Las manos de Ricardo habían sido cortadas para fraguar las supuestas investigaciones de identidad, que jamás se harían. La orden venía del Juez Madueño, quien aceptó que la familia se lleve el cuerpo, pero negó el pedido de habeas corpus de la familia de Graciela Izurieta. Ese mismo día, otro militar les confesó que el joven no había muerto por un enfrentamiento.

La propia familia de Cristina Coussement, que fue primero a recuperar el cuerpo de la joven, había visto con estupor a ese rostro barbudo: Estaban seguro que lo conocían de alguna parte. Luego de que lo enterraran, la madre de Cristina le contaría a Mercedes Campos lo sucedido. Otra casualidad que une las historias de los desaparecidos de Ayacucho.

El día que regresan con el cuerpo de Ricardo a la ciudad de Rauch, Sandra estaba jugando con una amiga cuando su padre se le acercó y le dijo sin anestesia desde su camioneta: “Vengo a decirte que mataron al tío Ricardo”.

Una granada en el departamento

Después de haber aguantado la imagen de un cajón con las medidas de su hijo, después de haber sentido la oxidada angustia que produce la idea de la muerte, Mercedes Campos volvió a Mar del Plata con sus huesos desgastados. Pero nunca imaginó que el horror continuaría. Al llegar a su departamento ubicado en la zona céntrica de la ciudad, encontró las cosas un poco desordenadas y más allá, una granada a la vista. La mujer decidió avisar a la policía, la cual realizó un exagerado operativo para “desactivar” aquel artefacto explosivo. Una vez que pudo sentirse a salvo nuevamente, comprendió que en el departamento faltaban demasiadas cosas. Fue allí cuando un portero le confesó que los militares habían estado una semana instalados en su propia casa.

¿Por qué las Fuerzas Armadas que ya conocían del destino de su hijo, se seguían ensañando con esa pobre mujer? ¿Cuál era el límite en su accionar cobardemente asesino? ¿La granada había sido un “mensaje” para la familia?

Solo había una explicación, los militares buscaban a la que les faltaba: La pareja de Ricardo, Emilce Trucco.

Creían que esta se iba a encontrar con Mercedes, una vez que ella regresara a Mar del Plata. Pero el encuentro nunca existió.

Emilce, conocida como “la lunga”, militaba en el Peronismo Revolucionario y estudiaba Psicología en Mar del Plata, donde conoció a Ricardo. Antes del golpe de Estado, ya era buscada por la Triple A y es por eso que estuvo oculta en un campo cercano a su ciudad natal, Realicó, La Pampa.

Fue detenida entre agosto y septiembre de 1977, y fue una desaparecida hasta el año 2005.

Entre abril y mayo de 2005 el Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF) identificó en la localidad costera de General Lavalle, a los restos de Azucena Villaflor, Esther Ballestrino y María Ponce, fundadoras de Madres de Plaza de Mayo, y secuestradas en diciembre de 1977 por un grupo de tarea de la ESMA. Junto a ellas también se encontraron otros cuerpos, al que posteriormente se sostuvo que pertenecían a las monjas francesas, secuestradas junto a las madres. El hallazgo fue gracias a una investigación periodística de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de La Plata, a cargo del Profesor Pablo Torello, quien realizó un documental llamado “Historia de Aparecidos”, en el que se denunciaba la existencia de tumbas NN en el cementerio de la ciudad, al mismo momento que se relataba los testimonios de personas que durante los años de la dictadura habían encontrado decena de cuerpos en las costas, provenientes de los “vuelos de la muerte”.

Ese mismo día pero en la localidad de Berisso, era hallado el cuerpo de Emilce Trucco, la primera compañera de Ricardo Garralda. Pero recién en el año 2011 se la pudo reidentificar, a partir de las pruebas de ADN cotejadas por las muestras extraídas de familiares. Emilce había sido ejecutada junto a cinco personas más en un descampado y finalmente enterrada como NN en un cementerio de la ciudad.

La historia de Emilce esperanza con poder encontrar a miles de otros y otras que hasta ahora son desaparecidos.

Nacer en el genocidio

Graciela Izurieta, la segunda mujer de Ricardo Garralda, era maestra y estudiaba Filosofía. Al momento de su secuestro, tenía 23 años y estaba embarazada de tres meses. Sus verdugos del Centro Clandestino “La Escuelita”, la hacían caminar alrededor de una mesa por supuestas indicaciones médicas, debido a su estado de embarazo. Le habían apodado cínicamente “la corta”. Uno de sus guardias conocido como “Chamamé”, le dejó escribirles a sus padres en vísperas de la navidad.

“Les escribo después de 132 días de silencio”, comenzaba la carta fe-

chada el 1° de diciembre de 1976. Graciela decía que esperaba “poder abrazarlos para las fiestas”. “El bebé que tengo haciéndome crecer la panza y pateándome, es hijo de Marcelo, pobrecito, que ya no va a poder conocerlo nunca...”. Marcelo era uno de los tantos nombres de militancia que utilizó Ricardo Garralda.

Graciela estaba consciente del asesinato de su pareja, y quizás también el de su posible destino, cuando en el mismo escrito afirma que “es por el bebé que estoy viva”.

“Ando con los malestares propios de los seis meses y medio de embarazo, pero este hijo me da tanta fuerza y tanta fe que soy capaz de soportar todo esto con mucha esperanza. Necesito que estén tranquilos y con fe, que todo va a ir bien. Espero muy pronto poder verlos”, cerraba su carta.

El hijo o hija de Graciela y de Ricardo debió nacer entre enero y febrero de 1977. Hasta el momento solo hay dos casos registrados en Bahía Blanca de niños nacidos en cautiverio.

A la sobrina de Ricardo le gusta pensar que es un varón, hoy ya un hombre de 40 años.

De los casi 400 nietos que todavía falta encontrar, uno es el hijo de Graciela y de Ricardo. Está su sangre andando en un cuerpo que no fue asesinado pero sí robado de su verdadera identidad. Está allá en las calles, viviendo como todos, llevando sin saber un pasado espantoso que solo podrá ser soportado con memoria.

Con mucha memoria y apariciones, frente a tantas ausencias imborrables que habitan en todos los rincones del país. En Ayacucho, en Rauch, en Mar del Plata o en Bahía Blanca.

035661

EL PERALTA



CARLOS ALFREDO FERNANDEZ.
DESAPARECIDO



UNO DE LOS DIEZ

El gallego, el vasco, el gordo, diferentes apodos o nombres de militancia que Carlos usó durante aquellos años. Le han tendido una trampa, lo han engañado: La cita está envenenada.

Carlos va por la Avenida Independencia a la altura de 3000, cuando escucha una frenada de un auto a escasos metros de donde él estaba. No había llevado un fierro. Su amigo íntimo y compañero de lucha, Daniel Pérez, cree que eso “fue crítico”. “Porque vos sabés que en esos momentos es a cara o seca”. Carlos sabía que se zafaba pocas veces. Carlos sabía, pero se había confiado. “Era así -describe Daniel- confiado, muy seguro de sí mismo y de lo que estaba haciendo”.

Del Ford Falcon verde se ven tres personas, dos hombres y una mujer. Ella supuestamente señala a Carlos. Luego de eso, lo intentan atrapar pero el joven corre. Cinco, diez pasos veloces en el intento de fuga, dos o tres balazos que los secuestradores efectúan para poder hacerlo detener. Confusión, caos en esa apacible tarde porteña.

Finalmente lo alcanzan, lo suben al auto, se lo llevan. Después allanan su casa. Todo sucedió el 23 de febrero de 1977.

Es otro desaparecido más de Ayacucho.

El pulóver de Carlos

Carlos Alfredo Fernández Bastarrica, así su nombre completo, nació en Ayacucho un 14 de agosto de 1955. Al momento de su nacimiento, Perón seguía en el poder, pero su gobierno tenía las horas contadas. Ya habían caído desde el cielo las bombas que estallaron en la Plaza de Mayo, la misma Plaza que casi dos décadas después se llenaría con aquella “juventud maravillosa”, con la Juventud Peronista, la que integraría Carlos. La juventud que Perón sin inmutarse calificó más tarde de “imberbe y estúpida”, aunque esta había sido un factor determinante para que el viejo caudillo vuelva a la Argentina, después de 18 años de exilio. El recién nacido pasa sus primeros días en Ayacucho, pero familia se muda a Mar del Plata en los primeros años de la vida del “vasco”.

Más tarde, la violencia de un padre con problemas de alcohol hace que su madre decida abandonar el hogar y llevarse a sus hijos lejos. A Carlos, a Zulma y a Marcelo. Carlos debe transformarse en el nuevo hombre de la casa por ser el mayor. Carlos, además, empieza a fogonearse en un clima de lucha nunca antes visto en la historia del pueblo y se incorpora a la Juventud Peronista de la ciudad costera. Trabaja, milita, es hijo, es hermano y compañero, todo en esos esperanzadores y angustiantes años 70’.

Daniel Pérez, su amigo de militancia, lo define como “Un tipo muy correcto y maduro”. Con solo 21 años, Carlos ya era Aspirante en la organización Montoneros y asumía algunas responsabilidades que compañeros de mucha más experiencia no tenían. Por eso Daniel nunca entendió cómo “El vasco” no se había llevado un arma en aquella cita, la cual incluso le

habían advertido que posiblemente fuese cantada.

—Con Carlitos salíamos a chorear patentes para que las utilicen nuestros autos en los operativos —confiesa Daniel.

Él puede contar lo que le pasó a Carlos, pero bien también podría haber sido otra víctima de la dictadura, ya que fue secuestrado y detenido ilegalmente en dos oportunidades. La primera fue en Mar del Plata, en la cual Daniel logra escaparse desnudo, luego de que lo dejen solo en la habitación donde permanecía atado a una cama. Roba una camioneta y puede encontrar asilo en la casa de unos compañeros, que lo alojan por unos días. Su segunda detención fue en Buenos Aires y fue llevado a la ESMA, donde sufrió picana y lo “reventaron a patadas”. Fue liberado doce horas después.

Pero Daniel está entero, dice que no ha llorado por eso, dice que así es la militancia, que esos eran los riesgos. Sin embargo sí hay algo que le estruja los pocos miedos que le quedan: Lograr que el hijo y la nieta de Carlos puedan reconocer a su padre, a su abuelo, que puedan conocer su historia y quizás, extrañarlo por primera vez.

Marilú, la pareja de Carlos al momento de su desaparición, estaba embarazada. Cuando dio a luz, tanto Daniel como otros compañeros ayudaron a criar a su hijo, Fernando. Al niño le enseñaron desde chiquito quién había sido su papá y por qué no estaba presente con su familia. De todas formas, eso no logró que a pesar de que Fernando creciera con la imagen de su padre, poco a poco lo fuera borrando de su vida. De esta manera Carlos desapareció dos veces, primero físicamente, después en el recuerdo de su hijo. Hoy la hija de Fernando, es decir la nieta de Carlos, no sabe nada sobre su abuelo.

Daniel había escapado de aquella sala de torturas, y ahora andaba tan solo con una camisa agujereada por la calle. Ese mismo día se encontró con Carlos, quien al verlo tan desamparado en el frío intenso de un invierno marplatense, le dio para que se ponga un pulóver que él traía.

Eso fue lo único que conservó Daniel de su amigo, antes de que este desapareciera poco tiempo después. Y aquello único que Daniel tenía de su compañero, decidió dárselo al hijo de Carlos cuando este ya era mayor.

—Se lo di para que tuviera algo de su padre, pero poco después me dijo que lo había perdido —lamenta Daniel, con voz reseca.

Para entonces, no se sabía el nivel de negación que Fernando tenía sobre su padre ausente. Negación que perfectamente puede ser condenada desde afuera, pero vivida como la única posibilidad de escaparle a un dolor que ataca todos los días, que se vive en la carne de una sola persona: Su hijo. Dolor de una ausencia irrecuperable, irremplazable. Negación que posiblemente hasta el propio Carlos haya tenido con su padre, cuando se fue de la casa, y que ahora es repetida por su hijo, Fernando.

Toda una familia bajo el terrorismo de Estado

En Campo de Mayo o en la ESMA. En alguno de esos dos Centros Clandestinos de Detención (CCD) estuvo Carlos. Eso le cuentan a la familia, lo hacen los propios sobrevivientes que estuvieron en aquellos pequeños infiernos terrenales, donde en vez de fuego, había picana, y en reemplazo

a la figura del tradicional demonio con un tridente, los represores. Puede que incluso el joven haya estado en ambos lugares, debido a los recurrentes traslados que se realizaban de un CCD a otro. En caso de que haya sido en Campo de Mayo, algunos testigos cuentan que él habría sido visto por última vez en la nochebuena del 77, diez meses después de su detención.

Pero antes de que Carlos desapareciera, su hermana Zulma y su hermano Marcelo fueron secuestrados de su propia casa por personal civil que se identificó como policía. Primero se lo llevan de la puerta del edificio a Marcelo, después vienen por Zulma a la madrugada. Años después se enterarían que fueron llevados al ESIM (Escuela de Sub-oficiales de Infantería de la Marina), un lugar alejado de la ciudad en el que se escuchaban sirenas de barcos, según relatan los propios hermanos de Carlos.

A Zulma la interrogan sin tortura, pero a Marcelo lo picanean debajo del brazo, para que diga dónde está su hermano, quiénes eran sus compañeros. Su hermana recuerda escuchar la tos de Marcelo en aquella construcción precaria.

Serían liberados semanas después, pero desde entonces sus secuestradores los “visitarían” regularmente como forma de control y para seguir sacándole información. Uno de ellos, llamado Maidana, pasaba por el restaurant en donde trabajaban ambos para saber si ellos seguían ahí, para aplicar la cuota diaria de terror en la que tanto trabajó la dictadura. Dejaron de hacerlo cuando finalmente atraparon a Carlos, en aquella cita cantada, en una avenida porteña.

La última vez que vio a su amigo

Cuando Daniel habla de su compañero Carlos, no se emociona, busca las palabras, porque quiere ser justo. No lo conoció al nivel de escuchar hablar algo sobre su lugar natal, Ayacucho, pero sí como para confirmarle que era buen amigo, una buena persona. Correcto y disciplinado al grado de contar millones de pesos con sus propias manos y no llevarse nada, luego de uno de los secuestros más famosos que Montoneros realizó como método de financiamiento y ataque a los sectores poderosos.

La última vez que lo vio fue en el Museo de Artes, de Buenos Aires, frente a la Facultad de Derecho. Estuvieron tomando mate y hablaron de todo un poco, aunque no tanto de cosas privadas por los códigos de seguridad que manejaba la organización.

—Yo me enteré que cayó Carlos una semana después. Ahí fue cuando Marilú, su compañera, nos informa y también dice que deja la militancia. Pero ella estaba embarazada y nosotros no sabíamos, asique medio que nos hicimos cargo de su hijo cuando nació —rememora Daniel.

Carlos se había ido de Mar del Plata para Buenos Aires en agosto de 1976, cuando se dio una serie de secuestros y allanamientos, en el que cayó Cristina Coussement. De eso se hablaba en una de las mesas del Restaurant del Hotel Bauern, cuando Daniel preguntó qué rol tenía Cristina en Montoneros. Cuando se le dijo que ella era la encargada de la documentación, abrió los ojos y se llevó una mano a la boca.

—¿Una chica de tez blanca? —preguntó impaciente.

—Rubia —se le contestó.

—¡No! Es la que me dio el documento —dijo con una mano en la frente.

Cristina y Daniel se conocieron. Fueron cinco, diez minutos, pero eso bastó para que él la recordara hasta el día de hoy. Ella le había entregado un documento de identidad falso, el cual el propio Daniel admitió que era excelente, “porque hasta había pasado los controles de seguridad de un Banco”.

—Es muy bueno y seguro, asique quédate tranquilo —le dijo Cristina, con delicada voz.

El día que se lo dio hacía mucho frío en Mar del Plata, y la “Pichi” andaba en moto con un compañero. Daniel recuerda que ella se quejaba de sus manos entumecidas, porque según le había dicho, “sufría de mala circulación”. Eso fue todo. Después se enteró que Cristina también había pasado por la casa en la que el propio Carlos se había refugiado, luego de su primer secuestro.

Días después Cristina sería secuestrada en la librería y posteriormente asesinada en Bahía Blanca.

Recordar, mejor que intentar borrar la historia

El día que raptan en plena calle a Carlos, la familia recibe un llamado telefónico y le dicen que él había sufrido un accidente. Está claro que sus secuestradores no habían sido. Y en caso de que fueran sus compañeros de militancia, ¿Por qué habrían de informarle así de su detención? ¿Sería quizás para que ellos supieran que Carlos había sido detenido?

Lo cierto es que a partir de entonces su madre, Josefa Beatriz Fernández, así como sus hermanos y el resto de la familia, lo buscan por todas partes. Habeas corpus, solicitadas al ejército, a la fuerza aérea y la naval, así como también una carta dirigida al propio Videla, al Ministro del Interior, a miembros de la Iglesia, a la Corte Suprema de Justicia de la Nación, a los diarios de Buenos Aires, a las Embajadas de Canadá, de Francia, de Perú, de México, de España, hasta la de los Estados Unidos, quien cínicamente le contesta diciendo que “la desaparición de su hijo ha quedado registrada en nuestros ficheros” y que le agradecen por confiar en su embajada. Pero nada, no aparece. Carlos sigue desaparecido.

Hasta ahora no hay juicio por su secuestro y desaparición, pero sí sobre el secuestro de sus hermanos. Su hermana, Zulma, ha dado testimonio y el abogado de la familia es Carlos Bozzi, sobreviviente de la “noche de las corbatas”, quien fue secuestrado junto a otra ayacuchense, María Esther Vázquez.

“El vasco” fue recordado y homenajeado en el año 2014, cuando en la vereda de la fábrica de Havana, donde Carlos trabajó, se puso una baldosa blanca con su nombre.

Daniel Pérez recuerda que le dio mucha gracia cuando alguna vez lo vio atendiendo y vendiendo alfajores por aquellos años. Nadie sabía que detrás del mostrador había un militante buscado. Buscado por querer un país más igualitario, sin más niños con panzas hinchadas por la desnutrición, sin más explotación que reduce la vida del hombre y la mujer a una

mera existencia para el trabajo.

Por eso luchó Carlos, por eso lucharon los nueve de Ayacucho que fueron secuestrados, desaparecidos o asesinados por las Fuerzas Armadas y los sectores de poder.

Su familia lo recuerda así: “Carlitos, te recordamos y te queremos – entre otras cosas- por laburante, hincha de Boca, peronista coherente y ¡compañero!”.

Comunicación
Confirmo
Dr. Bozzi y la



Defiende
al ex



TANGO

FRANCISCO TÁRREGA



MARÍA ESTHER VÁZQUEZ Y NESTOR GARCÍA.
DESAPARECIDOS



ELLA SIEMPRE VUELVE

Se los llevan frente a su hija de once años. Una madrugada. Dónde está el Dios por el cual tanto rezaron antes de que se convencieran de ser ateos. Dónde está a pesar de que ahora no existe Dios pero sí existe la definitiva certeza de que se estaba haciendo lo correcto, de que ese era el camino, de que ellos tenían razón con su lucha por mayor justicia social, como Camilo Torres, un cura colombiano que dejó la sotana para tomar la causa de la lucha armada. Se los llevan frente a su hija y los vecinos, que ven todo, y a partir de entonces su vida cambia y ya no pueden pensar que los argentinos somos todos derechos y humanos, porque ya vieron cómo los argentinos secuestran a otros argentinos, e intuyen que su humanidad es oscura, tan oscura como esta noche, martes 13 de julio, de mucho frío por la brisa que viene del mar. Su lucha era para que nunca más haya pobres. Qué pensará ahora la madrina de María Esther, quien la espera todos los días en el Hospital, enferma de leucemia. Cómo le dicen ahora que no va a venir. Dónde está Dios. Dónde está María Esther, una ayacuchense que a los pocos años se mudó a Mar del Plata, pero que siempre regresa para visitar a su familia. Una mujer que tiene sangre indígena en sus venas, que tiene un pasado radical pero que ahora es peronista, hasta la muerte.

Dónde está a la que se llevan por investigar los secuestros de compañeros, aunque no fuese abogada. Dónde está quien hasta ahora no figuraba como una desaparecida más en nuestra ciudad.

Los desaparecidos no se investigan

María Esther Vázquez fue secuestrada junto a su marido, Néstor García, en la madrugada del 13 de julio de 1977 en Mar del Plata. Es la última en caer de los nacidos en Ayacucho.

Un grupo de hombres con armas largas y con capuchas irrumpieron en su hogar, un modesto departamento ubicado en la calle San Luis N° 2838. Ambos se supone que fueron arrojados ilegalmente al Centro Clandestino “La Cueva”, denominado así por ser una construcción subterránea, que se encontraba debajo de un viejo radar que tenía la Aeronáutica en esa ciudad costera.

Aquella noche concluyó una serie de secuestros que duró varios días y el cual fue denominado “La noche de las corbatas”, ya que seis de los once detenidos eran abogados. Solo tres personas sobrevivieron al ser liberadas, el resto fue asesinado o desaparecido, como en el caso de María Esther y Néstor. Fue la operación más represiva que sufrió la ciudad en toda la dictadura.

De la pareja no se supo más. Su hija, Laura Vázquez, tenía once años cuando se llevaron a sus padres. Ella lo recuerda, ella estuvo ahí presente. A diferencia de otros hijos de desaparecidos, Laura pudo conocer a sus padres, disfrutarlos, pero también perderlos cuando tenía plena conciencia.

Las últimas palabras de su madre no tuvieron sabor a despedida. Fue en el baño, el único lugar en el que le permitieron hablar a solas.

—Decile a Norberto que tenga cuidado porque uno de estos es Vega, que es policía —le había advertido.

Norberto era el jefe de trabajo de su padre, pero también un compañero. Los padres de Laura nunca le ocultaron su militancia, le explicaron con sus métodos qué era lo que ellos hacían, por qué luchaban. Y la niña fue creciendo en una casa donde se discutía política, se tocaba la guitarra y se atendía a compañeros que habían sufrido la desaparición de un familiar.

El fin de semana previo a sus secuestros, la familia Vázquez-García había viajado a Buenos Aires para reunirse con la hermana de una vieja compañera y amiga que había sido detenida en esa ciudad. Ninguno de ellos era abogado pero su militancia pasaba por acompañar este tipo de situaciones.

—Mi mamá alertaba siempre que había que denunciar, que había que moverse, porque si no estabas cediendo terreno —puntualiza Laura.

Tanto María Esther como Néstor militaban en el Peronismo de Base, en una Unidad básica de un barrio popular marplatense, es decir que no estaban vinculados con la actividad guerrillera como sucedió con el resto de los casos.

Cuando volvieron, la madre de María Esther los alertó de que los habían seguido. A pesar de esto, decidieron quedarse en la misma casa y no tomar ningún tipo de recaudo. Ellos creían que no había de qué preocuparse, porque como alguno de sus compañeros relataron más tarde, siempre sostuvieron “que no habían hecho nada”. Sin embargo fue la búsqueda de respuestas o justicia frente a la impunidad reinante de la dictadura lo que precisamente determinó sus secuestros. Ya que cualquier tipo de resistencia como esta, significaba el debilitamiento del plan político de la dictadura, basado exclusivamente en el terror.

“No están. Son desaparecidos”, había afirmado Jorge Rafael Videla, y eso explicaba el riesgo que corrían aquellos que indagaban más allá de aquellas palabras que sentenciaban vidas que no debían buscarse. No eran ni detenidos ni muertos, eran desaparecidos.

También se llevaron su infancia

“Esta es la noche de las corbatas, pero resulta que ahora los que administramos justicia somos nosotros”, escuchó decir la sobreviviente Marta García de Candeloro de uno de los secuestradores en “La cueva”.

Aquella fría madrugada de julio, María Esther no estaba preocupada por lo que le podía pasar a ella y a su marido, sino por Laura, su hija. Quizás también un poco por su madrina, quien había enfermado de leucemia y ahora no iba a recibir sus periódicas visitas.

Néstor le dio toda la plata que tenía, la llave de la casa y del trabajo. Su madre le advirtió lo del policía en el baño y se despidió. Como si en unas horas volviera a verla. En unos días, en el peor de los casos. A Laura la salvó que sus padres la hayan podido dejar en la casa de unos vecinos, de apellido Blanco.

Años más tarde, comprendería que si era llevada con sus padres, ella

tampoco podría haber sobrevivido. No era el caso de los bebés apropiados, quienes incapaces de ver o escuchar conscientemente, no representaban amenaza alguna. Laura en cambio, hubiese visto demasiado. A pesar de su corta edad, hubiese sido un peligro para los militares.

—Fue en una muestra de Abuelas de Plaza de Mayo en Bahía Blanca cuando comprendí esto —explica Laura, con tono manso y una mirada transparente.

En aquel subsuelo de la Municipalidad bahiense donde funcionaba el viejo Museo, Laura se encontró con la historia de un niño de tan solo 13 años que había sido secuestrado y desaparecido. Desde entonces se sintió una sobreviviente.

Laura fue hija única y por esa razón siempre estuvo en contacto con las conversaciones de sus padres y amigos, presente en medio de ese ambiente reflexivo y serio que emanaban de aquellos encuentros en su casa. Recuerda por ejemplo, cómo una compañera que por entonces se llama Emilce pasaba a ser Eugenia. O cuando sus padres elaboraban volantes con consignas revolucionarias. También recuerda al primer Presidente del que tuvo conciencia: Lanusse. Aunque claro, ese era el título que se auto determinaban los militares después de asaltar el poder con los recurrentes golpes de Estado.

—Pero para mí un día muy oscuro fue la asunción de Isabel de Perón —cuenta.

Luego de la muerte del General, el mando quedó en manos de su mujer, quien optó por recrudecer la persecución de los grupos guerrilleros, así como también a cualquier militancia de izquierda a partir de la creación del organismo parapolicial “Triple A”. Laura confiesa que desde entonces se vivió una constante “sensación de peligro”. El Golpe de Estado de 1976 terminó de instaurar el terror, que sin embargo para muchos ya había empezado meses antes.

Luego del secuestro de María Esther y Néstor, Laura tuvo que vivir con sus abuelos paternos en Mar del Plata. Además de la indescriptible angustia por haber perdido a sus viejos, la niña tuvo que aguantarse los retorcijones de no poder contar nada y guardarse al silencio: Nada de nombres, rostros o charlas que recuerde. Eso le habían pedido sus padres antes de que se los lleven. Ella cumplió.

También un poco entre risas cuenta cómo una amiga de su madre, Graciela, le fue a pedir un consejo a ella —de tan solo 11 años— luego de ser secuestrada y liberada.

—Me vino a preguntar a mí si tenía que irse del país o no. Yo le dije que sí, que era mejor que se vaya —describe.

La larga noche de las corbatas, que había comenzado una semana antes y terminó aquel 13 de julio, fue un golpe diseñado para perpetuar el silencio. El silencio tan efectivo que funcionó para que todo continuara con normalidad a pesar de tanta muerte. El mismo silencio que corrió por las calles de Mar del Plata y de Ayacucho.

En los papeles de la Embajada yanqui

Aquella espeluznante jornada tomó gran relevancia porque entre los secuestrados estuvo el abogado Norberto Centeno, autor de la posterior Ley del Contrato de Trabajo que rigió en la Argentina, y asesinado tras varias sesiones de tortura en el Centro Clandestino de Detención “La Cueva”. Aunque todavía no exista una confirmación oficial, se intuye que María Esther Vázquez y su marido pasaron por el mismo Centro Clandestino a partir de algunos testimonios recogidos de sobrevivientes.

El abogado Carlos Bozzi, secuestrado durante este operativo y una de las cuatro personas que pudieron sobrevivir, cuenta que estando detenido en “La Cueva” escuchó una conversación de guardias que indicaban que una pareja había sido “traída ayer”, por la fecha de sus secuestros, el 13 de julio. Agrega que gran parte del archivo correspondiente a esas fechas del diario local, “La Capital”, se perdieron “por inundación o incendio”. Muy similar a lo ocurrido con parte del archivo del diario “La Verdad” en Ayacucho.

También otra sobreviviente confirmó que en el lugar había un hombre que cantaba tango y que incluso llegó a escuchar que le decían: “Cantá, García, cantá”, siendo ese el apellido de Néstor.

El propio doctor Bozzi, quien luego dedicó gran parte de su vida a investigar y ser testigo del caso, descubrió que los secuestros de María Esther Vázquez y Néstor García Mantica, figuraban en unos papeles que tenía la Embajada Estadounidense en el país. El archivo inédito es una prueba más de la participación del gobierno norteamericano durante la dictadura, que dejó 30 mil desaparecidos en la Argentina. Una prueba más de cómo el gobierno de facto transmitía información a la Embajada, o incluso, al revés.

Pero a pesar de esto, Laura cree que sus padres estaban marcados desde hacía mucho antes. Fue cuando acompañaron la investigación sobre el asesinato de la estudiante de Arquitectura Silvia Filler, quien recibió un disparo en la frente por parte de grupos de la CNU (Concentración Nacional Universitaria) dentro de la propia Universidad de Mar del Plata. La posible colaboración entre este grupo armado de derecha y la posterior Junta Militar, puede haber dejado registro de las personas a las que se catalogaba como “subversivas”.

Otro dolor abierto en Ayacucho

Por aquellos años la derecha peronista persiguió, amenazó y asesinó a cientos de personas en todo el país, aunque existe la posibilidad de que la ciudad portuaria haya sido una de las más castigadas, junto con La Plata. Demostración de que el terrorismo de Estado ya había comenzado, ya que la CNU se integró dentro del aparato terrorista del Estado en 1975, en el que desarrolló operaciones conjuntas con la policía y Fuerzas Armadas.

Una de las que siempre sostuvo esta idea es Beatriz Videla, otra vecina de Ayacucho. Ella sufrió la muerte de cuatro familiares a manos de la CNU. En la madrugada del 21 de marzo de 1975 grupos de la Triple A rodearon su casa ubicada en calle España de la ciudad costera. Allí mataron a su

primo, “Pacho” Elizagaray de 22 años, cuando intentaba fugarse. Después quisieron llevarse a sus dos hermanos, Jorge Lisandro de 22 y Guillermo Enrique de 16, pero su padre se opuso y por eso se lo llevaron a los tres. Al otro día encontraron los cuerpos acribillados a las afueras de Mar del Plata, juntos con el de Bernardo Goldemberg, en lo que fue la venganza del “cinco por uno”. Beatriz se salvó porque hacía solo quince días se había casado con su actual pareja, Cesar Zubiaurre, con quien por entonces vivía en un departamento.

“Te pido perdón por no haberlos podido cuidar”

Por el caso de la “Noche de las corbatas”, así por las desapariciones de María Esther y Néstor, todavía no hay sentencia firme. Según Laura Vázquez, la situación se debe a que son pocos los testimonios realizados. Solo Carlos Bozzi y Martha García Candeloro han declarado en los Juicios por la Verdad. José Verde, otro de los sobrevivientes, ha sido varias veces citado a dar testimonio, pero este se ha negado. Su silencio complica el avance de la investigación. Laura también dio testimonio, ya que fue la principal testigo de lo ocurrido. Cuenta que al finalizar su primer declaración se le acercó un viejo compañero de sus padres, el “Polaco”, quien le pidió perdón por “no haberlos podido cuidar” debidamente.

—Yo casi me muero, porque no entendía. Él consideraba que esa era su responsabilidad por haberse salvado —señala Laura.

En agosto de 1982 llegó una carta a la casa de la madre de María Esther: Era del ministerio del Interior. Su hija y suegro estaban vivos, decía, pero no podía informarle dónde estaban. “Sabemos en qué andan, me dijeron”, recuerda María P. Vázquez, la madre de María Esther, quién leyó esas palabras como un mensaje de que iban a ser liberados pronto, porque la pareja no participaba en la guerrilla. Esa frase alimentó la anémica esperanza de la familia, debilitada por la ausencia y la incertidumbre de no saber ni cómo llamar a la situación de María Esther y Néstor. Pero el tiempo pasó y ellos no aparecieron.

Solo un ex sub oficial de la Fuerza Aérea, Gregorio Rafael Molina, fue condenado a prisión perpetua por los crímenes del abogado Norberto Centeno y Jorge Candeloro por el Tribunal Oral Federal de Mar del Plata. Todavía resta enjuiciar a los responsables del secuestro de María Esther y su esposo.

Pero no pudieron desaparecer la memoria

La brutalidad de los que empuñaron armas y picanas, se llevaron la vida de once personas en tan solo una semana. Entre ellos el de una ayacuchense, María Esther. Nacida en Ayacucho, pero anotada en Mar del Plata. Una mujer sencilla y solidaria. Quien junto a su marido había creado la Fundación Guitarrística en el conservatorio donde estudiaban música. Una mujer que había sufrido hernia de disco por llevar en brazos a la pequeña Laura, cuando esta ya tenía unos años y los médicos le prohibieron cami-

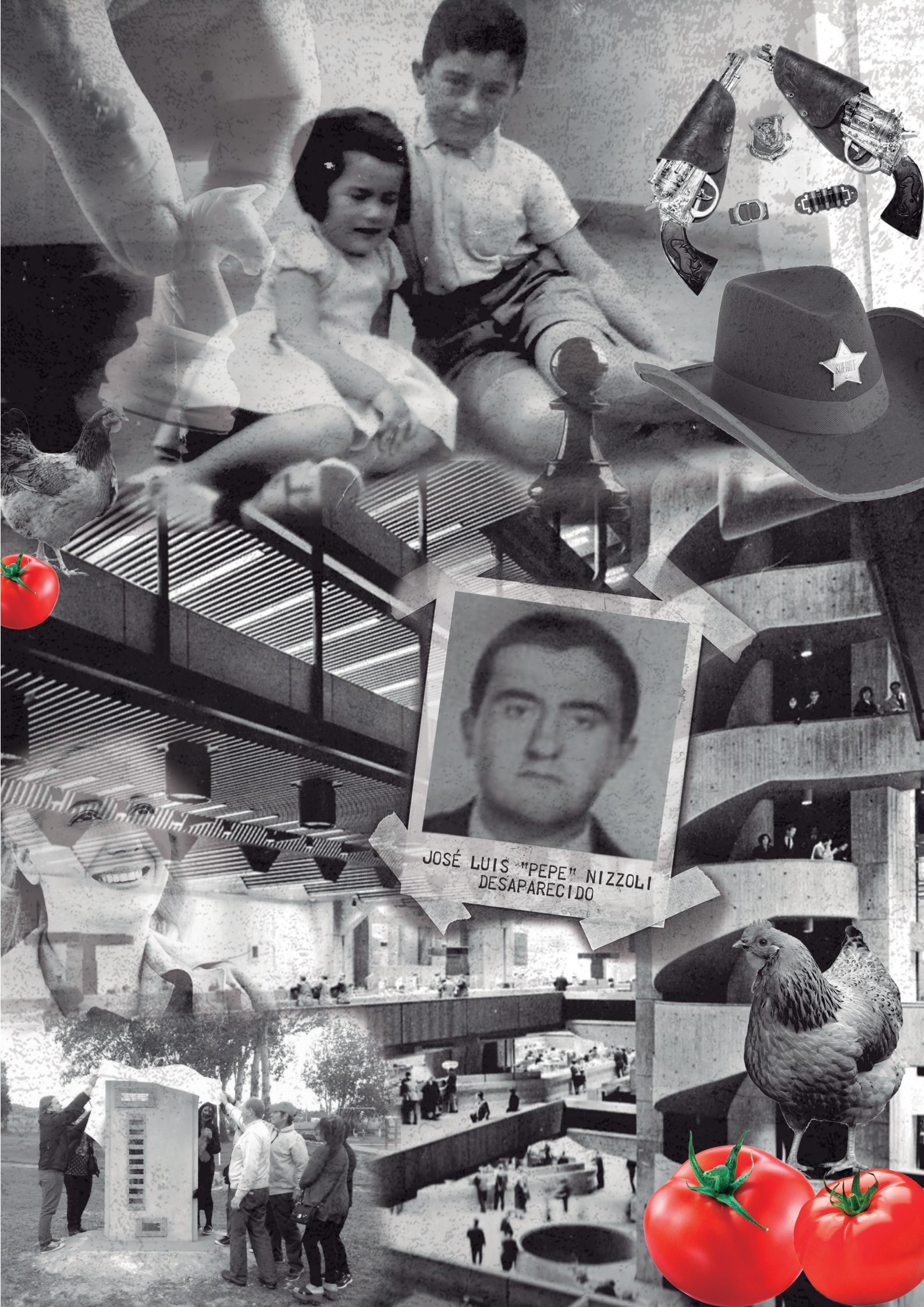
nar debido a una lesión en su fémur. Ella, quien a pesar de ser inteligente prefería darse con una identidad menos intelectual y disfrutaba más que nada la militancia en el barrio junto a los vecinos. La que afirmaba que se debía luchar por un proyecto revolucionario pero que al mismo tiempo se debía colaborar con las necesidades urgentes de los que menos tienen. María Esther, primero radical por su padre, después peronista por propia elección. Quien era una católica confesa pero después se definió como atea, trasladando la fe en Dios a una inquebrantable convicción política. Ingenua de creer que los militares solo iban a llevarse a los que combatían con las armas. Dogmática al punto de elegir no tener televisor en la casa, por ser este un instrumento de dominación. Amante de la Fiesta del Ternero y de los asados en familia.

Otra hija de Ayacucho, todavía no reconocida, que siempre vuelve.

Otra desaparecida.

El mismo día que desapareció Susana Pegoraro junto a su padre en Constitución, Angélica recibió un llamado de Susana para decirle que no encontraban a Rubén. Que debía reunirse con ella al siguiente día en La Plata, en las afueras del Hospital de niños.

Angélica cumplió con lo acordado, pero nunca encontró a nadie, ni a su hijo, Rubén, ni a Susana. Más tarde se enteraría que ambos habían sido secuestrados en esas fechas, así como también que Susana estaba embarazada cuando había desaparecido y que por lo tanto ella era una abuela de una nieta que con toda seguridad había sido apropiada.



JOSÉ LUIS "PEPE" NIZZOLI
DESAPARECIDO

EL APARECIDO

—*Me revuelve las tripas hablar de Pepe, pobre. Me pone muy triste. Fue mi primer amigo* —comienza diciendo uno de sus primos, Alberto Insua, cuarenta y un año después de la desaparición de José Luis “Pepe” Nizzoli.

Es la primera vez que cuenta algo sobre él. Alberto toma coraje y elude los bloqueos en la garganta que le producen los recuerdos de su familiar desaparecido. Cuenta que a Pepe lo conoció realmente en la infancia, porque en la juventud perdió contacto cuando se fue a estudiar a Capital federal. Dice también, pero sin palabras, que lo extraña.

A su lado se encuentra Veva, su hermana y prima de José Luis. “*Es mejor sacarlo para afuera, que negarlo*”, intenta animar a su hermano.

En la familia hubo silencio, negación, dolor, bronca. La hermana de Pepe, Alicia, les había admitido a sus primos que ella había “enterrado” simbólicamente a su hermano desaparecido.

No lo buscaba más.

—*Jugábamos en su casa, una casa grande con pasillo al fondo. El abuelo Oneto había hecho una quinta muy linda. Tenía tomates y un gallinero. Detrás de la quinta hacíamos de Cow Boy* —rememora Alberto, que ya puede hablar sin ninguna resistencia.

Alberto se encontraba con Pepe en los veranos. Su lugar de origen era Coronel Pringles, pero durante el mes de enero visitaba a la familia Nizzoli en la ciudad de Ayacucho. En esa comunidad rural de fines de los años 50, conoció a su primo y ambos se convirtieron en mejores amigos.

Vestidos de “Poncho negro” o “Calunga”, Alberto y Pepe jugaban a ser pistoleros de una pampa lejana, aunque bien podía parecerse a la de esas tierras.

Las largas tardes de verano en Ayacucho se pasaban jugando al ajedrez y yendo a la pileta del Ciclos Club. Alberto se enojaba con Pepe porque éste lo obligaba a mover las piezas que había tocado, un reflejo espontáneo de muchos ajedrecistas, que puede terminar conduciendo a la derrota.

Esa era una actividad de mente fría y Pepe la dominaba con mayor habilidad.

Situación que no podía repetir con las mujeres: en las famosas “vuelta al perro” que se hacían en la plaza San Martín, el cortejo de aquel adolescente no tenía el mismo efecto ganador.

Veva interrumpe el relato de Alberto, para agregar detalles que él no recuerda. En aquellos veranos ayacuchenses, Pepe y un grupo de amigos ostentaban en un Siam Di Tella a 100 kilómetros por hora, en lo que hoy es la avenida Bavio.

El dueño de aquel lujo para la época era Horacio Santos, más tarde conocido en la comunidad por ser un prestigioso médico cirujano.

Por esos años, el grupo de amigos más íntimo a Pepe eran sus primos, Horacio Santos, “avechicho” Santos y el “cabezón” Tilibeti. Todavía ningu-

no de ellos podía percibir los huracanados tiempos que se aproximaban, en el que Pepe tendría un papel protagónico.

Los discursos de ese joven “regordete”

Es el año 1976 y Esteban Amarfil duerme en su casa de Capital federal con un mueble en la puerta. En la ventana que da a su habitación, hay una soga prolijamente preparada para bajar ante una emergencia.

Desde que sufrió el secuestro e interrogatorio por parte de un grupo de tareas, sus resguardos se han multiplicado, a pesar de que entiende que los militares saben la dirección de su domicilio.

Él conoció a Pepe en el Banco del interior de Buenos Aires y poco bastó para que ambos se hermanaran.

Cuatro décadas más tarde, Esteban expresa en su cuenta de Facebook: *“Mi amigo Pepe Nizzoli, el dolor de tu ausencia”*. Esa fue la principal pista para encontrar a uno de los amigos más cercanos de José Luis en su etapa adulta, cuando decidió irse para Buenos Aires a estudiar la carrera de Ingeniería en la UBA.

—*Ante todo era buena persona, todo el mundo lo quería. Más allá de que algunos no coincidían con su línea política, admitían que era un excelente compañero y persona* —describe ahora, el paso de su colega por el Banco en donde trabajó varios años.

Cuenta que en el día a día, comenzó a “coincidir en un montón de cosas” y confiesa que aunque Pepe tenía un par de años más que él, aparentaba muchos más por su personalidad tan madura. *“Era un libro abierto. Cualquiera duda que yo tenía, iba y le preguntaba”*, dice.

A penas se instaló, Pepe se fue perfilando en la tarea de la defensa de los derechos laborales, llegando a ser subdelegado del Banco. A partir de su referencia, comenzó a juntar gente y convenció a sus compañeros para presentarse desde una lista propia.

Esteban recuerda que ese intento fue algo osado, porque había muchas chances de perder. Pero a pesar de la derrota, la oportunidad sirvió para que Pepe se impusiera como uno de los referentes dentro del conjunto de los trabajadores bancarios.

Los discursos de ese joven “regordete”, con bigote ancho y pelo lacio, fueron una de las cosas que más impactaron a Esteban, quien en ese entonces ya advertía que se trataba de un verdadero “cuadro” político.

Es que Pepe era uno de los referentes de la Juventud Trabajadora Peronista (JUP) y todavía no está claro si también tuvo un paso protagónico por la Juventud Universitaria Peronista, tras sus estudios de Ingeniería.

Era el fin de la década del 60 y la organización de las distintas ramas peronistas comenzaban a tomar un vuelo revolucionario. El recuerdo intacto del Che Guevara luego de su caída en Bolivia, así como los rumores de las primeras guerrillas en el país, agitaban el imaginario militante que procuraba ver la vuelta de Perón y todo lo que eso significaba.

— *Yo dejo de tener contacto en el momento que se empieza a desarrollar la lucha armada. Cuando llega el momento de empezar a reclutar a diferentes cuadros, Pepe decide entrar como soldado en Montoneros. Por eso ya*

no podía seguir en el trabajo y se va del Banco —resume su amigo, con un hablar pausado.

Despedidas

Después de eso, las llamadas semanales de un tal “Arturo” al Banco, dejaron de recibirse. Pepe solía comunicarse con sus padres y con la gente más cercana, como Esteban, para dejarlos tranquilos. Lo hacía desde su nombre de militancia o de “guerra”, como algunos viejos militantes explican.

El 26 de julio de 1977 fue la última vez que Esteban Amarfil vio a su amigo con vida.

Fue durante un nuevo aniversario de la muerte de Evita Perón, por lo cual, el marco no era el más apropiado: un fuerte operativo militar rondaba las calles, con patrulleros repartidos por toda la ciudad y algunas tropas que transitaban en alerta.

El terrorismo de Estado tenía miedo. Le tenía miedo al recuerdo de esa mujer combativa y arrolladora, le tenía miedo al sentimiento popular que podía expresarse en las calles.

Su amigo detalla el sistema que tenían para encontrarse en un punto de la ciudad. “*Hablábamos en código solo para saber cómo estábamos y también para saber dónde nos encontrábamos*”, indica Esteban.

Así, por ejemplo, si acordaban encontrarse en “Callao y Corrientes”, el lugar real para la cita “eran cinco cuadras para la izquierda y otras cinco para la derecha”.

—*Él iba a mi casa, conoció a mi ex mujer, a mis hijas, a veces venía a fiestas familiares. Teníamos una relación entrañable. Era un hermano* —, cuenta, con dolor real.

Pero antes de que Pepe sea secuestrado y forme parte de la horrorosa lista de desaparecidos, el grupo de militares encargado de perseguir a los trabajadores bancarios, arribó violentamente a la casa de sus padres.

El departamento ubicado en la calle Primera Junta del barrio porteño, fue “visitado” al menos dos veces. Para Esteban, esa fue una advertencia directa a su amigo. Una siniestra forma de decirles que no lo tenían a él, pero sí tenían a sus parientes más cercanos.

En una de esos allanamientos para incursionar el terror a la familia Nizzoli, los militares “le robaron todo” y hasta le llegaron a “cagar la cocina”, en un acto de total humillación e impunidad.

No existían límites para aquellos que decían representar los “valores cristianos” y occidentales. Pero por más aprietes que efectuaron contra los padres de Pepe, estos no pudieron decir nada, porque no sabían realmente en qué lugar se encontraba su hijo.

José Luis se había ido de esa casa el mismo día que había estallado el golpe de Estado de 1976.

Desde entonces, Pepe solamente se pudo comunicar desde un teléfono público con sus padres. Las pocas palabras en esas insignificantes charlas frías y medidas, eran “estoy bien” y “cuídate Pepe”.

Su hermana, Alicia, fue la única que pudo verlo personalmente en reiteradas oportunidades durante aquellos años de plomo y clandestinidad. Ella, sin embargo, se niega a hablar de ese pasado sepultado.

Sus primos en cambio, sí describen cómo fue la última vez que vieron a Pepe.

Alberto acordó encontrarse en un bar porteño, cuando ambos estudiaban en la universidad. Fue durante el año 1975 y si bien el golpe militar todavía no había arribado al poder, la cacería a los militantes desde el Estado ya estaba en marcha.

Ambos no se veían desde algún enero caluroso en la ciudad de Ayacucho. Ahora, el ajedrez era reemplazado por los libros y los juegos de pistoleros –en el caso de Pepe- por armas de verdad.

—*Ahí me contó que era delegado gremial y ya manifestaba que estaba preocupado* —es lo poco que recuerda Alberto de aquella última imagen de su primo.

Una preocupación por los rumbos del país, con seguridad. Una preocupación por los caminos a elegir en esos días efervescentes y de convicción plena.

Por su parte, Veva estuvo con Pepe en al menos dos oportunidades en la localidad de Quilmes, uno de los lugares en la cual vivió antes de radicarse definitivamente en La Plata.

Ella no recuerda a ciencia cierta si fue durante el 75 o el 76, pero sí devela un detalle importante: durante aquel episodio, Pepe contó que estaba en pareja y que -a interpretación de una memoria difusa- posiblemente esa mujer estuviera embarazada durante aquellos años.

Veva agrega que Pepe almorzó con su familia un domingo y que se encontraba “muy delgado”, al punto de parecerse mucho a su hermano Alberto. Después de ese mediodía en una mesa familiar, nunca más lo volvió a ver.

El Banco se incendia

José Luis Nizzoli era simpático, de risa fácil y conversador. Tenía esa imagen de “tipo de pueblo”. Pero eso no significaba precisamente que se tratara de una persona blanda o sumisa. Durante los paros bancarios del año 71, el Banco del interior de Buenos Aires en el cual trabajaban Pepe y Esteban, decidió sumarse a la medida de fuerza en reclamo de aumentos y mejoras laborales, pero la patronal “apretaba” a los trabajadores menos combativos para que vuelvan al trabajo.

Para que la lucha de los trabajadores no se caiga, Pepe ideó una forma de desalojar la presencia de cualquier empleado en el Banco: compró varias pastillas de gamexane –una pastilla fumigadora que produce un humo similar al de un incendio- y las arrojó al interior del edificio.

En unos minutos, el Banco estaba completamente vacío ante el pánico del fuego que nunca existió.

Pero eso no era todo, cuando algunos de sus compañeros bancarios mostraban alguna actitud “carnera” y se presentaban al trabajo a pesar de

la decisión colectiva del paro, la picardía de Pepe y también la de Esteban, podía ser aún más cruda.

Tarros de tinta en los portafolios o incluso amoníaco, para los que pusieran en riesgo el reclamo legítimo de los bancarios.

—*Hubo un día que tenía que abrir sí o sí el Banco, entonces habíamos preparado un tubo de ensayo con amoníaco. Pepe fue el que lo arrojó a la caja de atención, que era atendido por sus propios directivos ante el paro* —, dice entre risas su amigo Esteban.

Recuerda que el compuesto químico cayó en la caja del tesorero, que instantáneamente comenzó a gritar “¡Ay, me quedo ciego!”.

Apareció en el final

El 17 de noviembre de 2017 un grupo de vecinos de la ciudad de Ayacucho llevó a cabo un Homenaje a los desaparecidos y desaparecidas de la última dictadura militar, nacidos en esa ciudad.

Se eligió el “Paseo Angélica de Bauer”, en recuerdo de la Madre y Abuela de Plaza de Mayo de Ayacucho, donde se levantó un pequeño muro con placas que llevaban el nombre de las víctimas del terrorismo de Estado.

El encuentro estuvo marcado por la presencia de familiares y amigos de los, ahora, diez casos. Hasta el momento, solo se conocían seis y el homenaje sirvió para guardar todos los nombres en la memoria colectiva del pueblo.

Pero, el caso de José Luis “Pepe” Nizzoli se conoció a tan solo tres días de que se concrete el acto en la ciudad bonaerense. A través de un familiar, Julián David, la cifra de desaparecidos de Ayacucho pasaba de nueve a diez.

De esta forma, el tiempo bastó para que el nombre de Pepe sea oído y conocido por los presentes ese día. Pepe, esta vez, dejaba de ser un desaparecido.

Con una pierna enyesada

Cuando se llevaron a Esteban, este admite que “zafó” porque en su departamento no habían encontrado nada que pudiera relacionarlo a la actividad militante. Milagrosamente, había tirado todo el material de la organización un día antes de su secuestro.

“En la parrilla”, -el nombre que los militares apodaban a la camilla donde se aplicaba la picana- Esteban fue interrogado para conocer quién repararía los volantes, quiénes eran sus compañeros o incluso preguntas insólitas, como en qué lugar se había ubicado en las marchas antes del golpe.

Pero sobretodo, sus torturadores le preguntaban por el paradero de Pepe.

“¿Dónde está Nizzu!?” , le gritaban.

— *Yo creo que me buscaban como tiro por elevación por Pepe. Porque creo que ellos sabían que él estaba en la parte armada* — explica Esteban.

Cuando regresó la democracia, el hombre denunció a los directivos del Banco, convencido de tener suficientes pruebas para considerarlos los “ideólogos” de su secuestro. Esteban cree que estos temían que algún miembro de Montoneros, como Pepe, pudiera atacarlos y por eso actuaron “vendiendo” a sus trabajadores.

Después de ese 26 de julio de 1977, Pepe desapareció. La versión que hasta ahora tenían sus familiares y el propio Esteban, era que había caído en un enfrentamiento, cuando se encontraba con otros compañeros bancarios.

Pero a partir del archivo de datos que recopiló el sociólogo y militante Roberto Baschetti –archivo que ayudó en toda la investigación de los desaparecidos de Ayacucho-, se pudo saber que Pepe fue secuestrado y que posiblemente haya estado detenido en el Centro Clandestino “Club Atlético”, nombre que le habían puesto sus verdugos por encontrarse cerca de la cancha de Boca Juniors.

La presunta fecha de su “traslado”, es el 17 de agosto de ese mismo año.

Sin embargo, aún hay más datos que involucran a Pepe en la perversidad de la mano represora del Estado: antes de que los militares eligieran su destino, lo utilizaron para ser parte de una emboscada a otro compañero militante bancario.

Hugo Alberto Scutari, de 26 años, trabajaba en el Banco Nación -sucursal Villa Crespo- y era militante de la JUP (Juventud Universitaria Peronista). Pepe fue obligado a ir a esa “cita cantada”, para que detuvieran a Scutari.

A Pepe le enyesaron una pierna “para que no pudiera dar aviso a Hugo y escapar”. Ocurrió en una parada de colectivos ubicada en las calles Rosario y del Barco Centenera, zona de Primera Junta, donde la patota al mando de Juan Carlos Falcón, alias “Kung Fu”, se llevó para siempre a los dos jóvenes.

Su nombre está

Esteban dice que tiene una sola foto de Pepe y que quiere encuadrarla. Lo extraña con esa intensidad que no reconoce los años transitados.

Por su parte, Alberto y Veva no pueden creer que el genocidio haya pasado por su familia, mientras observan una foto en la que José Luis, de tan solo dos años, se confunde alrededor de sus hermanos, primos y abuelos.

Pepe había amado el fútbol en su infancia, pero de grande transformó su pasión en la lucha por un país más justo. Por eso no le salía natural cuando hablaba de River y de Boca con el resto de los trabajadores en el Banco, buscando generar unión y buen compañerismo.

Lo hacía por su fervor militante, pero Esteban recuerda que ese esfuerzo “se notaba” y Pepe terminaba colorado.

Aunque no tenía vergüenza cuando se trataba de pelear por la dignidad de los laburantes: sus compañeros todavía recuerdan cuando Pepe fue a trabajar en pijamas al Banco, luego de que los trabajadores hayan decidido hacer una protesta creativa y eligieran llevar prendas que mostraran sus

“salarios de pobre”.

Pepe llevaba el linaje militante en las venas. Su abuelo, nacido en Italia y venido a la Argentina a sus 21 años, fue un entregado militante del partido socialista, organización que en su tierra “había combatido a Mussolini”.

Eso se transmitió directamente a su hijo, el padre de Pepe, a quien lo describen como un “peronista rabioso”, sentimiento que finalmente recayó en el propio José Luis.

Nadie que lo haya conocido puede definirlo como un “terrorista” o “subversivo”. Eso es impensado. La generación de Pepe no llevaba la estirpe asesina, era más bien una fuerza decidida a combatir la muerte de ese país y mundo, pero irónicamente con el uso de las armas.

Pepe es más bien, el pibe que vivía en la calle 9 de Julio y Solanet de Ayacucho. El primer amigo de sus primos, el hermano postizo de Esteban, el joven que dedicaba casi todo su tiempo a la organización de los trabajadores.

El nombre que aparece a pocas horas del Homenaje, para que también pueda estar. Para que lo recuerden.

UNA MADRE NO PUEDE OLVIDAR



ANGÉLICA CHIMENO DE BAUER,
MADRE DE PLAZA DE MAYO, DE AYACUCHO.

La militancia de una madre

En su casa de siempre, ubicada en calle Brown y Solanet, Angélica dejaba muchas noches su reja de entrada abierta, por si Rubén volvía. Pero al despertar, la ausencia atroz de su hijo la obligaba a volver a la lucha, a seguir buscando, preguntando, viajando. La obligaba a seguir.

En 1984 conformó la Comisión de Derechos Humanos de Ayacucho, luego de que Hebe de Bonafini visitara la ciudad, y además su propia casa funcionó como filial de Abuelas de Plaza de Mayo en Ayacucho. En ella siempre hubo muchas fotos y recordatorios de Rubén Bauer, pero también de sus suegras, Cristina Coussement y Susana Pegoraro.

A Angélica le habían arrancado un hijo pero a pesar de ello pocas veces se la pudo ver insultando a los represores. Ella, como todas las Madres y Abuelas, siempre estuvo concentrada en contar quién había sido Rubén, a quien muchas veces repetía que “algún día lo iba a encontrar”.

Angélica Chimeno de Bauer nació en la localidad de Lobería, en una familia compuesta por padres españoles. Cuando quedó embarazada de su segundo hijo, Rubén, se mudó para Ayacucho con su pareja y su primer Hijo, Alejandro. En los primeros años trabajó atendiendo un bar, acostumbrándose muy rápidamente de la idiosincrasia local, por ser muy parecida a la de su ciudad de origen. Todo iba más o menos normal hasta aquel 24 de marzo de 1976.

—Con el golpe, ya se sabía lo que se venía. Había que ser muy zonzo como para no darse cuenta —dijo Angélica.

Como madre de un miembro de Montoneros, se interesó en las actividades de su hijo y acompañó como pudo. Varias veces se quedó a dormir en la casa donde Rubén y Cristina vivieron en Ayacucho, para que en el hogar se observara movimiento ante la ausencia clandestina de la joven pareja, que ya estaba siendo perseguida. También, la propia casa de Angélica sirvió como lugar de reunión de la organización.

Pero fue la actividad de ‘madre’ la que más ejerció durante toda su vida. Cuando Rubén se mudó a Mar del Plata y posteriormente a la ciudad de La Plata, Angélica viajó muchas veces a dedo, para evitar los controles en las distintas terminales. En varias ocasiones le tocó hacerlo de noche, o en lugares realmente hostiles, donde en realidad se temía más la posibilidad de ser detenida por los militares que a otra cosa.

La secuestran una noche de octubre

La noche del 22 de octubre de 1976, los militares se dirigieron con exacta información hacia la casa de Angélica, la rodearon con varios uniformados y pidieron que abran la puerta de inmediato. En la casa estaba Angélica, su marido, uno de sus hijos y otra mujer a la que le decían “pety”, quien trabajaba en el domicilio.

Los militares revuelven algunas cosas, pero se concentran en hacerle preguntas a la mujer. A quien buscaban en realidad era a Rubén, pero él ya se había ido hacia por lo menos un año a Mar del Plata. A uno de sus hijos, Alejandro, lo llevan a Villa Aurora a “señalar unas casas”, y a Angélica le

preguntan insistentemente sobre una encomienda que había recibido de José Martínez, otro de los buscados.

Fiel a la paranoia militar, intuyeron que la mujer les estaba ocultando algo y por eso mismo la secuestran. Afuera había algunas miradas curiosas, que se asomaban tibiamente desde atrás de una ventana sin luz, pero solo observaban cómo se llevaban a su vecina. Se llevaban a Angélica.

Esa misma noche allanan otras casas, como la de la familia Blanco, la de Simonetti, la de Bruggi. Pero solo se llevan a familiares de Bauer y Martínez, los dos más buscados.

El diario La Verdad de Ayacucho tituló ese día: “*Operativo anti terrorista en Ayacucho*”. La copia de esa noticia no se encuentra actualmente en los archivos del diario.

Le ponen una capucha y la suben a un Falcon. Antes le habían pedido los documentos, pero Angélica sabía que dentro de estos había un papel que tenía un número de teléfono que podía ponerla en mayor peligro, por eso sin que la vean, deja que caiga en su cartera y solo se lleva el DNI.

Pero en medio del viaje, un neumático se pincha. La mujer se descompone y pide por favor que la dejaran ir al baño, pedido que los militares niegan. Sin embargo ante el reclamo reiterado de Angélica, la permiten ir al costado de la ruta, donde había unos pastizales altos. Fue allí cuando quizás ella pudo reconocer que se estaban dirigiendo hacia Mar del Plata, por la ruta 2. Dato clave para poder relacionar posteriormente el centro clandestino al cual la estaban llevando.

Antes de llegar, en una estación de servicio, la mujer escucha que uno de los militares había informado por el radio que “*llevaban dos paquetes*”. Eran Angélica y “Chuleta” Martínez, uno de los hermanos de José, a quien trasladaban en otro vehículo. A él lo detienen insólitamente porque había conservado un mensaje que le había escrito de puño y letra el mismo José, cuando este había pasado unos días en su casa, antes de que se fuera de Ayacucho nuevamente.

En la entrada de la ciudad dieron varias vueltas y finalmente ingresaron a un edificio, dejándola atada en “un salón muy grande”. Allí Angélica reconoció unas piernas de vaquero, el cual denotan una clara presencia de civiles en los lugares donde la tortura y la desaparición de personas sucedía naturalmente. Luego la hacen subir una escalera caracol, en donde la mujer creyó por algunos segundos que la iban a tirar. La meten en una pieza, la atan a otra silla y le sacan la capucha. Frente a ella había una mesa con cables. Angélica estaba segura de que la iban a torturar.

Uno de los que había participado del secuestro en Ayacucho, un hombre gordo, canoso y de bigotes, le decía de todo. La había hecho desnudar y la humillaba, mientras le seguía preguntando: Dónde está Rubén.

También, jugando con toda la información que tenían sobre Angélica, le dijeron que hablara, porque si no le iba a pasar lo mismo que a su suegra, Cristina. Asesinada hacia tan solo un mes en Bahía Blanca.

A la mujer la llevan a un calabozo, en donde pasa toda la noche, extremadamente tensa por lo que había vivido y atravesada por el frío húmedo de aquel lugar. Desde allí se podía escuchar la brisa calma de lo que parecían ser olas. Eso le permitió más tarde a Angélica saber que aquel lugar se

trataba de un Centro Clandestino ubicado en el Faro de la ciudad. Luego le traen comida y una frazada. La mujer solo podía imaginar o rezar la vuelta a su casa, mientras de fondo se oía algunos ladridos de perros lejanos.

Antes de que aclare, la hacen subir a un nuevo vehículo y le dicen “*que se arregle el pelo*”: La estaban por liberar. En el camino hacia la terminal, le preguntan si conoce Mar del Plata y ella responde que no, por temor a que sospecharan algo, ya que esa ciudad era el lugar de encuentro con su hijo. Finalmente le dan dinero para el pasaje y la dejan cerca de la estación de colectivos.

Cuando regresó, Angélica sintió más indiferencia y rechazo de sus vecinos que nunca.

—*La gente se preocupaba cuando yo salía, cuando me tomaba un colectivo, a ver qué hacía* —exterioriza Angélica.

Esa fue la única vez que la secuestraron, pero desafortunadamente su casa recibió algunas otras “visitas”. Dos veces más los militares irrumpieron en su casa y en un tercer episodio, la propia policía local a cargo del oficial Gonzáles Pía, forzó una persiana y destruyó uno de sus vidrios, para poder entrar al domicilio y “desordenar todo”. Según familiares, los levantan a todos de la cama y al marido de Angélica le da un pre infarto. Situación que es atendida por el propio médico policial de entonces, Juan Córdoba.

Al siguiente día Angélica fue a la comisaría a denunciar el injustificado hecho y le contestaron que “*habían recibido una denuncia de que Rubén se encontraba en una despensa cercana a su casa*”, lo cual nunca se supo si fue una denuncia real o fue otro intento de hostigamiento para con su familia.

“Tu hijo te espera”

Después de la desaparición de Rubén, Angélica estuvo casi un año sin moverse demasiado, por temor a que la búsqueda perjudique su situación. Pero un día, su hijo Hugo le trajo un recorte de diario sobre la existencia de una organización de madres, que en similar situación buscaban a sus hijos. Después de pensarlo un tiempo se decidió a participar de algunas reuniones en Buenos Aires y en 1979 ya se había incorporado formalmente al organismo.

Para una marcha que organizaba Madres, Angélica debió llegar temprano, o a lo sumo tarde, porque en la casa donde funcionaba la organización no encontró a ninguna persona. Cuando abrió la puerta observó en un pizarrón un mensaje para ella: “*A la señora de Bauer: Su hijo la espera*”.

Angélica sintió retorcijones y un calor fugaz en su rostro. Su hijo, su hijo la espera. Era la frase que ella sin saberlo tenía guardada adentro, porque su hijo no se había ido, no había desaparecido, la esperaba. Pensó que se trataba de Rubén, pero a los minutos alguien le aclaró que el mensaje era por su otro hijo, Hugo, que se había ido a dedo sin avisarle a su madre.

¿Cuántas veces Angélica habrá tenido similares esperanzas, que encendiéndose tan rápido, se apagarían con tanta crueldad?

Solo la ilusión de encontrar a su hijo la llenaba cada día para volver a salir a la calle, ir a las reuniones, viajar y volver a viajar. Después de eso, Angélica no gastaba energías en otras cosas, en cosas para ella. Una de sus

amigas más entrañables, Ana Castiñeira, afirma al respecto: *“Nunca la pude ver sonreír”*.

En uno de los fragmentos del documental “Cumpas”, realizado por los hermanos Benitto de Ayacucho, Angélica expresa con toda desolación lo que para ella era ese intransferible deseo de encontrar a su hijo.

—Un día me tomé un colectivo hacia Berisso, yo iba atrás del todo, la gente se iba bajando hasta que quedé sola. El colectivero me dijo que ahí terminaba el recorrido. Yo le dije que me lleve a La Plata de nuevo. Le expliqué que tenía un hijo desaparecido y me pareció que lo iba a encontrar ahí.

Tenía razón

Durante mucho tiempo, Angélica la peleó sola. Siendo quizás una “loca” más, pero ya no de la Plaza de Mayo, sino de Ayacucho. Cuando el país se hundía en el neoliberalismo salvaje y los despidos y las privatizaciones iban carcomiendo las entrañas de la sociedad, Angélica siguió buscando a su hijo. A pesar de los indultos a los militares, a pesar de la “teoría de los dos demonios” que imperaba en la gente, comparando el poder de fuego de una guerrilla diezmada, con la de todas las Fuerzas Armadas y el propio Estado.

Angélica siguió, con sus revistas de las Madres de Plaza de Mayo, con su mirada dulce, con su voz inocente, con su enigmática fe de poder encontrar a los que hoy siguen siendo desaparecidos.

Pero Angélica tenía razón. De tanto creer y luchar sí encontró a alguien: En el año 2008 la Justicia comprobó que Evelyn Vázquez se trataba en realidad de la hija de Rubén Bauer y Susana Pegoraro. La niña había nacido en la ESMA y a los días fue entregada al matrimonio de Policarpo Vázquez –Ex sub oficial de la Armada- y Ana Ferrá. Ellos argumentaban que su hija había sido otorgada por “un don divino”, pero en realidad había venido de manos militares, manos con sangre, manos que aún hoy no dicen dónde están los otros cientos de niños apropiados.

Angélica había encontrado a su nieta.

La encontraron luego de que un conocido de Angélica le viniera a avisar que en Mar del Plata había una chica que era idéntica a una de sus nietas de Ayacucho. Cuando viajaron a la ciudad para comprobarlo, nadie dudó de que ella fuera la hija de Rubén y Susana, pese a que todavía no existía la prueba de ADN para justificarlo.

Sin embargo Evelyn, por entonces una joven de treinta años, nunca aceptó la posibilidad de conocer personalmente a su abuela. Esperanza que se difuminó cuando murió Angélica, en julio de 2014.

Ella defendió siempre a sus padres apropiadores, y poco quiso saber sobre su verdadera identidad. Sin embargo, un testimonio de su madrina confiesa lo más profundo en Evelyn. Durante mucho tiempo sus dudas y sufrimientos internos se expresaron a través de los sueños. Evelyn soñaba seguido con “una casa muy grande y rejas” y a su madrina le pareció que

esa podía ser la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), sospechando desde hacía un tiempo sobre la identidad de la joven. Fue ella misma quien informó el caso a las Abuelas de Plaza de Mayo, a pesar de que estaba casada con un ex represor y en ese momento, un integrante de la Secretaría de Inteligencia del Estado (SIDE).

Además de eso, se sabe que Evelyn pasaba horas mirando el mar desde la vista de su departamento. Lo hacía en silencio, lo hacía sin moverse y sus lágrimas caían casi sin saber por qué.

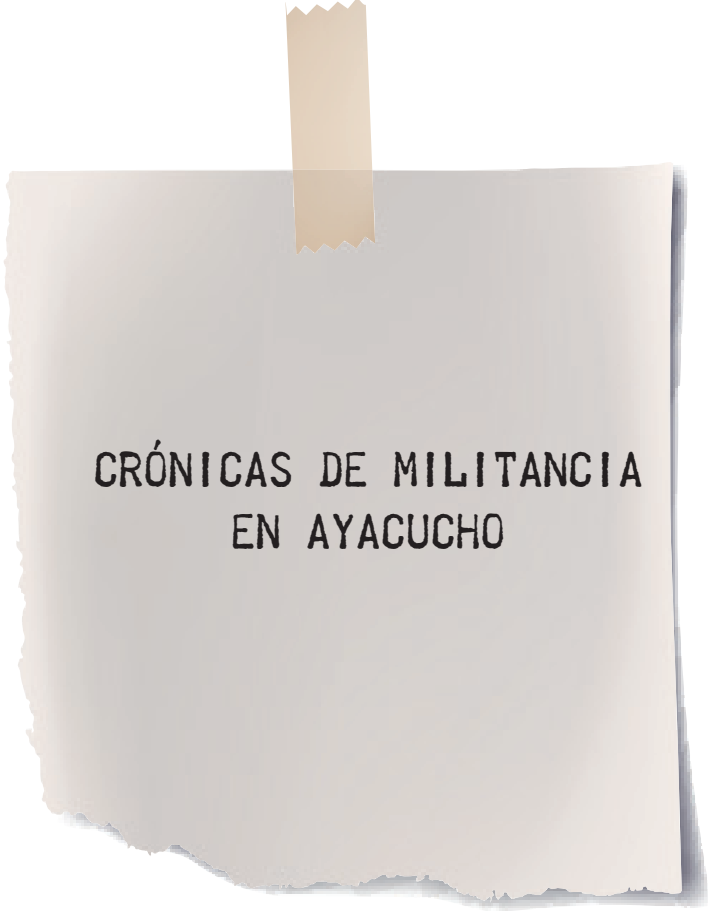
Una de las abuelas que nunca faltan

A Angélica se la pudo homenajear en vida, declarándola ciudadana ilustre y poniendo su nombre en la biblioteca del Centro Cultural Juventud Unida de Ayacucho. Hoy también algunas paredes del pueblo la recuerdan y hay quienes opinan que debería tener su propia calle, como lo tienen varios compañeros en el barrio Villa Aurora.

A metros de lo que fue su casa y la de sus hijos, se construyó un espacio denominado “Paseo Angélica de Bauer”, en donde recientemente la Comisión de Derechos Humanos de la ciudad le agregó un muro con las placas de los desaparecidos de Ayacucho. Ella los cobija.

Angélica Chimeno de Bauer, la “Madre y Abuela de Ayacucho”, como la recordaban sus compañeras de la organización. Una modesta mujer que no se desarmó ante el horror, que vivió con esa incógnita permanente que la acompañó a donde fuera, como una sombra. Una mujer a la que otras madres y abuelas la recuerdan así:

“Angélica es de las Abuelas del interior que nunca faltaban a un acontecimiento institucional. Para cada Asamblea Anual, aniversario, o brindis de fin de año, se tomaba el micro en la madrugada y llegaba tempranito a la sede de Capital, donde la recibíamos con mates y abrazos. Su tarea, solitaria al principio y con apoyo de la comunidad en los últimos años, la hicieron referente única de la filial Ayacucho de Abuelas de Plaza de Mayo (...) La Abuela de Ayacucho siempre fue una mujer aguerrida. En plena dictadura salió a buscar a su hijo y nuera por lugares desconocidos. A pesar de sus escasas salidas del pueblo, ni bien sospechó sobre la desaparición de los chicos no dudó en viajar a dedo, en plena noche, para buscarlos”.



CRÓNICAS DE MILITANCIA
EN AYACUCHO

LA PRIMERA TOMA DE UNA ESCUELA POR MONTONEROS

José, Pascual, Roque, Chumy, un par más también. Entran en patota a la Escuela Nacional de Ayacucho, ubicada hacia exactamente un año en el nuevo edificio de la calle Belgrano.

Algunos se paran en las puertas de ingreso, para que nadie pueda salir. Otros van e intervienen las principales aulas. Uno de ellos lleva un revolver en la cintura: Es José Martínez.

La escuela está formalmente tomada por Montoneros.

—*Entramos, cerramos la puerta y se fue a avisar a cada aula que se tomaba la escuela en estado de asamblea y que se le ponía de nombre Vicente “Chacho” Peñaloza... ¡Y le tapamos la cabeza a Sarmiento!* —recuerda tentado Chumy.

El nombre del caudillo riojano mandado a matar por Sarmiento, era el nombre que la organización creía justo para la escuela. Y porque además ese líder del interior fue uno de los precursores de las montoneras federales, las cuales utilizaban como principal estrategia militar, el ataque sorpresivo y su veloz repliegue. Nombre y estrategia que más tarde utilizaría Montoneros para combatir.

Ocurrió en julio del 73. Fue la primera escuela que la organización política-guerrillera había tomado desde su nacimiento, según los registros que se tienen en cuenta. Ayacucho, un pueblo en donde no pasaba nada, hervía de acontecimientos.

Lo primero que se hizo es imponer algunos temas en las asambleas desarrolladas en cada aula. Se pidió que se discutiera el contenido de aquellas materias que hablaban de la “segunda tiranía”, refiriéndose al gobierno de Perón. Y se finalmente se resolvió abolir dicha materia para dar paso al revisionismo histórico, que mostraba al peronismo y a otros procesos sociales –por ejemplo, el mandato de Irigoyen- como gobiernos populares.

Hubo quien no estuvo de acuerdo y se quiso ir de la escuela, pero los compañeros no lo dejaron salir.

“*Yo no lo vi, pero dice la leyenda que había un par de fierros. Dicen que lo llevaba José, pero que era un 22, que si tiraba se reventaba la mano, era más simbólico que otra cosa*”, clarifica Roque Frayderena, uno de los presentes ese día.

Además Roque cuenta que su amigo Pascual se había metido a un aula muy pesada porque “*estaba lleno de gorilas*”. Para entonces el joven tendría unos 16 años, pero por lo visto nada lo detenía en su decisión de participar.

Ese día pasó a la historia de la militancia local, pero el nombre de “Chacho” Peñaloza duró solo dos meses en la institución, cuando la organización se auto condujo a la clandestinidad. Situación que puso en peligro principalmente a los militantes de base, como aquellos que habían tomado la escuela.

LA NAVIDAD EN LA VILLA

—Ellos se hicieron matar por ideas, nos defendieron a nosotros que no éramos nadie, defendieron a los pobres. Para mí van a ser lo más grande que hubo —expresa desde su más sincero aprecio, “Petengue” Molina.

Hubo una noche en la villa que fue diferente. Una noche buena, donde vecinos y vecinas del barrio la pasaron todos juntos, en la calle. Algo impensado años antes de que los pibes de la JP se metieran a colaborar en las necesidades más básicas del barrio, e intentaran llevar sus ideas políticas al común del pueblo. Pero se logró, porque el espíritu de la unidad estaba realizado. Esa noche fue la consagración de los militantes en la villa.

—Laburábamos para que la gente sepa que nosotros estábamos con ellos. Queríamos demostrarle a la gente que ellos eran iguales que las personas del centro. Buscábamos instalar el concepto de igualdad —manifiesta Juan Martínez.

Juan agrega que esa noche creyó que iba a ser imposible, que “se iban a matar entre todos”, pero no fue así. Los códigos de convivencia entre los vecinos perduraron durante toda la navidad. Igual a como había sucedido en aquel almuerzo que el Partido Justicialista había realizado sin invitar a la Juventud Peronista, y estos enterándose, se fueron con todo el barrio a la sede del Club Independiente. Cuando llegaron les dijeron que podían pasar pero que no hicieran quilombo. “Nos chupamos todo”, asegura Juan, quien cuenta que recién a la vuelta “algunos se venían cagando a palo”. Pero frente al adversario, siempre hubo unidad.

Desde adoquines para las calles, hasta la gestión de la luz para las cuerdas más postergadas, o la propia construcción de viviendas. Los jóvenes que más tarde integrarían la generación de desaparecidos, no solo fueron hombres y mujeres con armas. Fueron ante todo militantes populares con una gran sensibilidad frente al desposeído. Sensibles ante las desigualdades tan obscenamente a la vista, pero hipócritamente callada por aquellos que muchas veces decían no meterse en política.

Tenían un acuerdo con el gobierno municipal, en ese entonces a cargo del radical José Antonio Barbieri, en el cual el gobierno les proveía de materiales y la organización producía block de cementos para la construcción. De estos se quedaban la mitad, con los cuales levantaban las casas en Villa Aurora.

Una de las primeras Unidades Básicas de la JP estuvo instalada en la villa y se llamó “**Juan José Valle**”, en honor al General que se sublevó tras el golpe de estado de 1955 y que posteriormente fue fusilado por el dictador Pedro Aramburu. Los destinos de la historia hicieron que más tarde Montoneros vengara esa muerte, ajusticiando a Aramburu, e instalándose para siempre en la vida política del país.

Pero en la Unidad Básica de la villa no había fusiles, sino una biblioteca. Y en aquel humilde local, la organización le festejaba el cumpleaños a una infinidad de chiquilines que vivían en el barrio.

De hecho, la JP local organizaba numerosas actividades para los más chicos. Algunos presentes recuerdan cuando para un día del niño, la picardía le ganó a la censura de la dictadura previa a la del 76. Cuando hablar

de peronismo estaba prohibido, los militantes llevaron a los chicos en dos carros con guirnaldas y globos, que eran tirados por los tractores del padre de Rubén Bauer. Desde la estación de servicio de Solanet y Brow hasta el barrio La Feria, todos los chicos fueron en el carro con sus deditos en V, desafiando al anti peronismo visceral de algunos vecinos, rompiendo los muros de lo estúpidamente prohibido.

ANTORCHAS PARA UN PUEBLO DE NOCHE

Pero si decimos “*Montoneros*” y también decimos “*Villa Aurora*”, a muchos se les viene a la mente las famosas marchas de antorcha que la organización realizaba junto a un centenar de vecinos por las calles de Ayacucho.

Imaginemos un pueblo con casi la misma cantidad de habitantes que hoy, pero en medio de un revuelto contexto político nacional, en donde la dictadura de Lanusse se caía a pique y en todas partes del país se hablaba de la vuelta de Perón, que hasta vendría en un avión negro, y prometía volver a establecer una Argentina inclusiva y justa. Imaginemos por un rato lo marginal que representaba ser peronista en medio de su proscripción política y su persecución.

Con este panorama, ¿Qué lugar les quedaba a los pobres que se identificaban con el peronismo en medio de un pueblo dominado por un radicalismo conservador?

Bueno, ellos, precisamente los más pobres, salían a la calle de noche, con una antorcha en la mano. Gritaban, cantaban todos juntos algunas canciones, hacían escuchar su voz bajita que hasta ahora solo se escuchaba de “la vía para abajo”. Algunos dicen que llegaban a ser más de 400 personas en cada marcha, un número que incluso para la actualidad representaría una manifestación social extraordinaria.

Las marchas de antorchas eran los fuegos que se desprendían de aquellos cuerpos militantes. Eran una caravana de lucecitas en la oscuridad de las avenidas solitarias del pueblo, una llamarada que proclamaba lo que se venía, una multitud de antorchas que buscaban –esta vez- aparecidos. Para engrosar las filas de la lucha.

SUS NOMBRES EN EL BARRIO

Más de 20 años después, los y las desaparecidas de Ayacucho tuvieron un homenaje en el barrio que los vio nacer: **La Plaza de los Militantes**. Fue organizado y petitionado por los propios vecinos, conocidos y familiares, y fue una realidad durante el primer gobierno de Luis Illarregui.

Además de la Plaza, en la que se encuentra una placa que recuerda a los compañeros, sus nombres posan en una de las calles de Villa Aurora. Calle Rubén Bauer, Calle Cristina Coussement, Calle Martínez, y así con todos.

—*Cuando inauguramos esta plaza se llenó, porque era un sentimiento, viste, era algo que nosotros le debíamos a los chicos, a nuestros compañeros, tener un reconocimiento* —dice con pausas “Muñeco” Membrilla.

Debe mencionarse aquí también el aporte de algunos trabajos de investigación que de alguna forma también contribuyeron en homenajear y fomentar la memoria necesaria sobre los desaparecidos de Ayacucho: “**Archivo de la palabra**”, de Pablo Zubiaurre y “**Cumpas**”, de Pedro y Agustín Benito.

Así como también aportaron algunas investigaciones escolares, como la de “**Jóvenes y Memoria**”, y el siempre sentido recuerdo de las organizaciones sociales y militantes de Ayacucho.

DESDE UN AVIÓN NEGRO, LA MUERTE

Una masa incalculable de personas se dirige hacia el cruce de la autopista Ricchieri con la ruta 205, a 3 kilómetros de Ezeiza. 500 mil personas, un millón, más de un millón de personas. No se pudo calcular aquel suceso, sin embargo nadie se animó a dudar de que se trataba de uno de los actos políticos más multitudinarios de la historia.

Es el 20 de junio de 1973. Ese día el General Juan Domingo Perón finalmente volvería a pisar la tierra argentina, la persona que había desatado el movimiento social y político más grande de la historia del país.

Hacia solo un mes que Héctor Cámpora había triunfado en las elecciones que volvían a instaurar al peronismo en el poder y también el breve fin de las dictaduras que habían azotado al país desde 1955. Sin embargo, la violencia estaba más latente que nunca. Las facciones de izquierda y de derecha dentro del movimiento estaban por llegar a su momento máximo de enfrentamiento.

La disputa se dio desde el poder de movilización: Aquellos que llevaran más gente al acto, tenían más posibilidad de hacerse ver y escuchar por el líder, quien regresaba al país como una incógnita sobre su preferencia ideológica. Frente a esto, los sectores de la derecha coparon los palcos y también los tiros.

—*Con Pascual hicimos dedo hasta las armas para tomarnos otro micro. Me acuerdo que ahí preguntamos: “Dicen que los fachos tienen armas, ¿si nos tiran qué hacemos?”. Y ahí varios se levantaron los ponchos rojos y mostraron sus armas diciendo “no se preocupe compañero”* —indica Roque Frayderena.

El testimonio de Roque indica que Montoneros ya sabía que el acto podía llegar a ser violento. A pesar de eso, la delegación de Ayacucho llena dos micros y parte rumbo a Ezeiza.

Uno, dos disparos, y todo estalla. Una bataola humana desarma las filas, las banderas se caen, los gritos de las mujeres y los chicos hacen más caótico al ambiente. Los muertos no se cuentan en el momento y tampoco se contarán jamás. Hasta ahora no hay registros de cuántos fueron los asesinados por las balas, que en su mayoría provinieron desde las alturas de los palcos. El “enfrentamiento” de Ezeiza tuvo desde su comienzo una imagen de masacre, para ser más justos.

Muñeco Membrilla, uno de los que estuvo presente ese día, cuenta que arrastrándose en el piso, se chocó con un cuerpo: Era el de una viejita que tenía un tiro en la frente. Ella llevaba una naranja a medio comer en la boca. “*O sea que pobrecita nada que ver, tiraban al que venía*”, cuenta.

¿Era esa señora una amenaza para la derecha, que temerosa disparaba contra el avance de los llamados “infiltrados”? La historia por suerte, tuvo un final algo cómico y feliz para los militantes que habían venido desde Ayacucho.

Tuvieron que pasar la noche ahí, porque la salida era un desastre, llena de gente en pánico, ambulancias y el peligro de seguir recibiendo tiros. Así que el grupo se juntó con una delegación de jujeños, que tan natural en ellos, llevaban instrumentos musicales.

—*No me voy a olvidar de esa noche, la pasamos en el puente 12 con una*

delegación de jujeños y tocábamos y bailábamos. No nos dábamos cuenta de la magnitud del hecho —admite Juan Martínez.

La música y el vino alejó al frío y también los recuerdos de la muerte que rondaba todavía por el aire. Pero antes de regresar finalmente al pueblo, tuvieron que pasar una última balacera, un tanto de película.

Estaban tomando mate bajo unos carteles de publicidad que habían bajado para hacerse reparo en la noche, cuando escucharon unos disparos que sonaron muy cerca. De inmediato algunos se levantaron con los fierros en mano y ordenaron al resto que se tiraran al piso.

Pero, según los presentes allí, fue Alfredo Benito quien gritó: “*¡No lo maten, no lo maten, que es de Ayacucho!*”, cuando vio a quién habían capturado. Se trataba de uno de los que había viajado con ellos, el “*Yanqui*” Sonetti, que en plena pos matanza no tuvo mejor idea que disparar unos tiros al aire.

Al “*Yanqui*” le decían así porque se vestía con sombrero, pantalón y botas tejanas.

“*Todavía tenía humo en el cañón con ese revolvito en mano*”, recuerda Membrilla.

CON PALOS, DEFENDIENDO LA DEMOCRACIA LOCAL

Luego de la vuelta de Perón, las esperanzas de una época que destilara cambios sociales profundos, se fue consumiendo lentamente. Primero el asesinato de Rucci, el líder sindical de la CGT cercano a Perón. Después el discurso rasposo en la Plaza de Mayo que alejó aún más al viejo caudillo con la denominada “Tendencia revolucionaria”, conducida por JP-Montoneros. Y finalmente, la muerte de Juan Domingo Perón en julio de 1974.

Así fue como el gobierno había quedado en manos de López Rega, conocido como “*el brujo*”, fiel representante de la derecha peronista y decidido a combatir a todo lo que pudiera oler a izquierda en el país. A pesar de que el mandato había sido transferido a María Estela Martínez de Perón, el poder claramente era del Brujo y sus secuaces. Desde entonces, la persecución y los asesinatos de militantes sociales, se hicieron cada vez más organizados y establecidos desde el Estado.

En ese contexto se vivía cuando en Ayacucho se escuchó rumores de que se estaba preparando un golpe policial hacia el Intendente Municipal. De inmediato, los jóvenes de la JP conducidos por Bauer, decidieron tomar una posición al respecto. Y pese a que el gobierno era radical, creyeron conveniente anteponer la democracia por sobre cualquier diferencia ideológica.

Unos cuarenta jóvenes rodearon la casa del Intendente, ubicada frente al Club Defensores, custodiando el posible intento de golpe. Llevaron varios palos y objetos para defenderse por si caso, a los cuales dejaron convenientemente detrás de un paredón. Los jóvenes pasaron unas cuantas horas aguardando en la calle, pero finalmente la misión desestabilizadora no se dio.

Esa juventud que muchas veces había sido asociada a una imagen violenta y anti democrática, defendió la democracia en su pueblo, en Ayacucho. Y a pesar de eso, el partido radical, que había sido protegido por una militancia ajena a su ideología, continuó gobernando una vez constituido el golpe de Estado de 1976.

LOS ESPÍAS

A través de la Comisión Provincial por la Memoria, esta investigación accedió a documentos desclasificados de la DIPBA (Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires), Dirección que espío y ayudó en la detención de innumerables personas desde mediado de los 50 hasta el año 1998. Dos años después, el gobierno nacional autorizó su desclasificación y uso para los Juicios de la Verdad, así como para investigaciones periodísticas e históricas.

Su papel en la dictadura fue crucial, y entre la inmensa documentación se encuentra información dedicada exclusivamente a la ciudad de Ayacucho. Lo cierto es que los espionajes solo pudieron venir de la propia policía local, o en su defecto, de civiles que colaboraran con la dictadura, debido al grado de información que se transmitía.

Respecto a la inauguración de una Unidad Básica por parte de la Juventud Peronista local, para el aniversario del 17 de octubre de 1974, el informe dice: *“Esta unidad tiene como adherentes a activistas de muy escasa gravitación en el ámbito político local, pero de desenvuelve en los sectores de población de menores recursos donde tratan de captar afiliados, para ello enarbolan las banderas de los grupos disidentes juveniles que recientemente debieron apartarse del peronismo. (...) No utilizan las siglas de Montoneros pero es conocido que participan de sus postulados, aunque no se tiene referencias de que se encuentren empeñados en alguna actitud disolvente en Ayacucho, lo que indudablemente les resultaría problemático al no contar con el apoyo popular”*.

El 8 de noviembre de ese mismo año, detallando exacto lugar y hora, los informantes locales continuaron con su trabajo y alertaron de la conformación de la “Juventud Trabajadora Peronista” (JTP). El documento explica que la organización estaba *“integrada por los mismos elementos que formaron primitivamente la Juventud Peronista”*, la misma que *“a principios de 1973, apareció como integrante del Movimiento Nacional Justicialista”*. Es decir que este grupo de jóvenes de Ayacucho venía siendo investigado desde hacía mucho tiempo atrás.

La documentación recabada para la DIPBA no solo hablaba de la militancia peronista, sino también otros asuntos, como la renuncia de Armando Ledesma, Intendente de la ciudad en 1973. Así como también sobre pedido de información de vecinos particulares, catalogados como sospechosos, por tener ideas “anti militaristas” o tener familiares con “tendencias izquierdistas”, según los términos de la Dirección a cargo de la policía de la Provincia.

Uno de los que muchos afirman que fue espía local en la dictadura, era de frecuentar algunos domicilios particulares del pueblo, tocando el timbre durante la madrugada y buscando sacar datos a las personas que estaban vinculadas en cuestiones sociales durante aquellos años.

Dictadura, espías, movimientos armados, todo en un pueblo como Ayacucho. Aunque sea difícil de imaginarlo.



AYACUCHO, "RINCÓN DE LAS ALMAS"

Son diez los desaparecidos, pero los militantes que pusieron el cuerpo en Ayacucho fueron muchos más.

Villa Aurora era por entonces el barrio más pobre y excluyente de la ciudad. La Juventud Peronista del pueblo estaba distanciada del partido, como en casi todo el país, debido a la fuerte disputa interna entre los peronistas de izquierda y los de derecha. La decisión de instalarse en ese barrio necesitado fue la muestra de que la Juventud tenía ganas y llevaba en las venas las banderas más importantes del peronismo: El deseo por la Justicia social, el anhelo por un país sin divisiones de clases y la dignidad de todos y todas.

Los años 70 transformaron al país y también revolucionaron a una comunidad como la de Ayacucho. El pueblo parió militantes, militantes que se sembraron en otros pueblos, militantes que no superaban los 25 años, militantes que eran conscientes de lo que se vivía, de lo que se luchaba, pero que nunca esperaron la muerte, nunca la desearon.

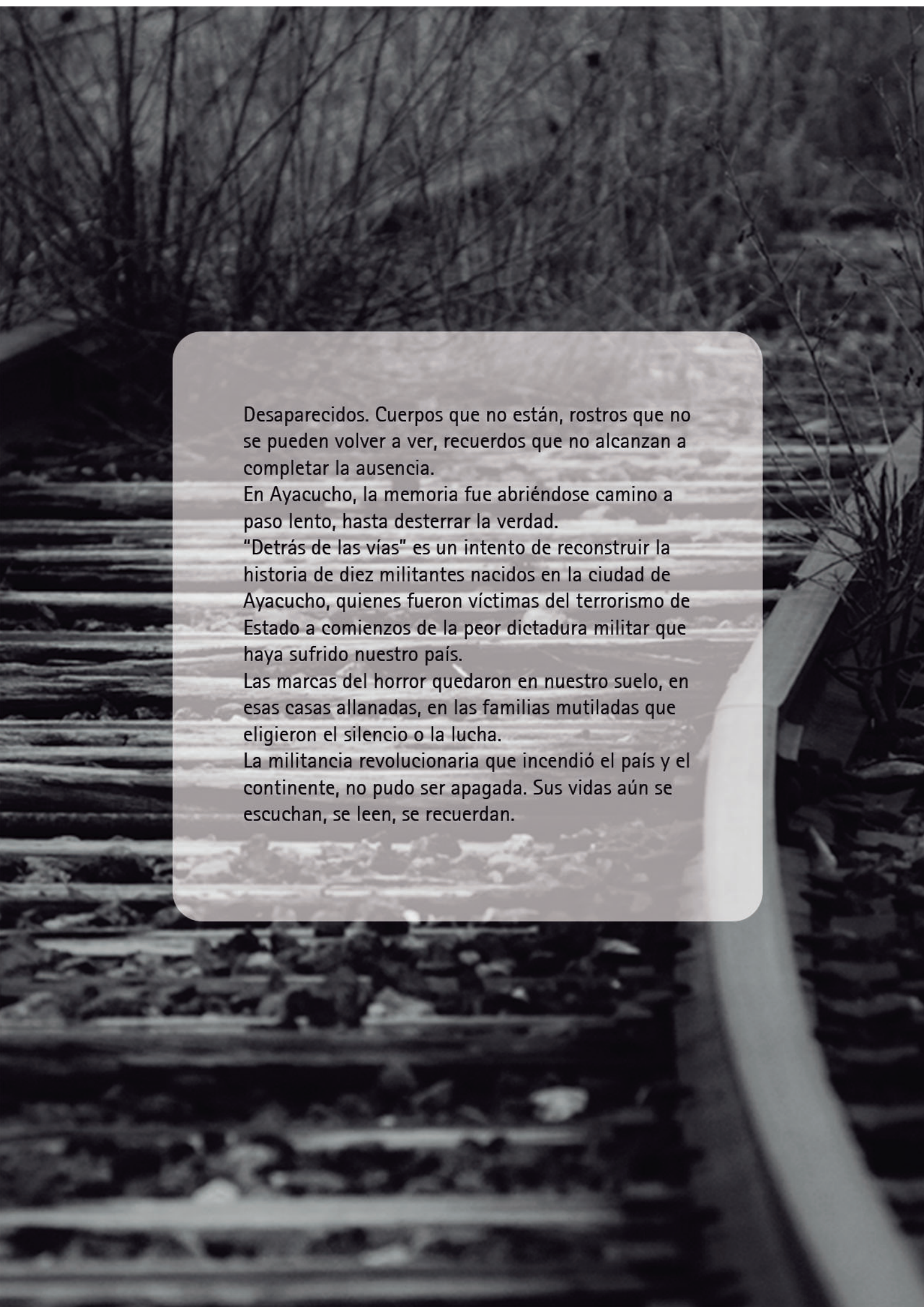
Que tuvieron miedo, que pasaron frío en algún rincón oscuro de la clandestinidad, que se erizaron cuando escucharon alguna frenada de auto en la puerta de su casa, que se emocionaron cuando vieron el rostro de un pueblo olvidado y cada vez más hambriento, que sintieron el impulso de ser millones porque en cada lugarcito del país se estaba peleando por lo mismo.

Que se vieron hermanados aun sin conocerse, que fueron antes que parejas, compañeros y compañeras. Que fueron sangre, amor, lágrimas, en un centro clandestino, padres y madres arrancados de sus hijos. Que fueron mecha, pasión. Que fueron ingenuidad, adolescencia con fierros en la mano, pero también hombres y mujeres con la moralidad más alta, la de ese ser nuevo que pregonaba el Che.

Toda esa historia comenzó acá, en Ayacucho. En la construcción de casas de barro, en la navidad que logró unir a todos los vecinos, en las pintadas con consignas montoneras o en las famosas marchas de antorchas que exclamaban al resto del pueblo: Nosotros también existimos.

Desde esas pequeñas acciones se forjaron los personajes principales de este relato. Desde el vientre de su pueblo, Ayacucho, palabra en quechua que algunos traducen como "*rincón de los muertos*".

Pero que sabemos que los y las militantes hubiesen preferido su segunda traducción: "*Rincón de las almas*".



Desaparecidos. Cuerpos que no están, rostros que no se pueden volver a ver, recuerdos que no alcanzan a completar la ausencia.

En Ayacucho, la memoria fue abriéndose camino a paso lento, hasta desterrar la verdad.

"Detrás de las vías" es un intento de reconstruir la historia de diez militantes nacidos en la ciudad de Ayacucho, quienes fueron víctimas del terrorismo de Estado a comienzos de la peor dictadura militar que haya sufrido nuestro país.

Las marcas del horror quedaron en nuestro suelo, en esas casas allanadas, en las familias mutiladas que eligieron el silencio o la lucha.

La militancia revolucionaria que incendió el país y el continente, no pudo ser apagada. Sus vidas aún se escuchan, se leen, se recuerdan.